





LA CONVERSACION CONSIGO MISMO.

POR

EL MARQUES CARACCIOLO.

TRADUCIDA DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR

Don Francisco Mariano Nifo.

UNDECIMA IMPRESION.

Con privilegio y las licencias necesarias.



MADRID. AÑO DE 1817.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO DE LA PARTE.

Se hallará con las demas obras del autor en la librería de MATUTE, *calle de las Carretas.*

In omni actione interrogate.
Marc. Aurel. Emp. lib. 8.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Comunmente se cree en nuestros dias, que acordarles á los hombres lo que son es hacerlos misantropos, ó aborrecedores de su especie; porque nadie conoce en sí mismo sino un humor ó genio que se toma por el alma. Nuestra metafisica, en consecuencia de esto, solo nos sirve para inventar definiciones inútiles, cuando deberia desprendernos de los objetos materiales, y elevarnos hasta el Ser increado.

Nosotros ya no somos aquel hombre, obra primorosa de Dios, nacido para vivir una vida absolutamente espiritual; somos una especie de animal, cuyos afectos é inclinaciones se limitan en la tierra, y circulan sobre cosas frívolas. Sin embargo de esto, ¿cuantas riquezas hay depositadas en la esencia no mas de este *Yomismo*, de quien vamos á hablar? ¿Cuantos medios de conversar con nosotros, cuando sabemos preguntarnos y examinarnos?

La *Conversacion* supone á lo menos

dos personas que discurren eñtre sí, y que ya se conforman, ya se oponen; de este propio modo experimentando dentro de nosotros mismos un *Yo no sé qué* que ya nos aconseja, ya nos reprende, ya quiere, y ya no quiere, podemos sin dificultad ni contradiccion conversar interiormente.

El hombre, esto es, una criatura por una parte toda espiritual, y toda material por la otra, nos ofrece pensamientos y afectos, ideas y percepciones, deseos y necesidades, virtudes y pasiones, cuya union ó contraste forma en cada uno un mundo abreviado, y la emblema de todas las sociedades.

Inútilmente existen, y se suceden nuestros pensamientos, si no tenemos gran cuidado en coordinarlos, y hacer de ellos un todo que discurra, combine, calcúle y nos guie, segun las varias ocurrencias; esta es la operacion que llamamos *conversacion consigo mismo.*

Todos tenemos tres géneros de virtudes y pasiones: pasiones y virtudes de temperamento, de amor propio y de interes. Este es el grande móvil que pone en movimiento á todos los hom-

bres, que lleva al uno á la corte, y al otro al claustro, que arroja á este en el tumulto del mundo, y fija á aquel en su gabinete ó estudio.

No hemos de creer que las virtudes pierden algo de su mérito y sublimidad en una difinicion, que al parecer las confunde con las pasiones; el amor propio, como amor de sí mismo, nada tiene que no sea bueno, y en este sentido produce virtudes. El interes considerado como deseo de una recompensa eterna, á todos debe animarnos, y bajo de este punto de vista produce virtudes. No hay hombre alguno que no obre con la esperanza del premio, pues el mismo David le dice al Señor, que observa su ley, en confianza del premio que le ha de dar: *propter retributionem.*

Siendo esto asi, todos conocemos, por medio de nuestro temperamento, de nuestros intereses y de nuestro amor propio, aquello que puede ensalzarnos ó abatirnos, ennoblecernos ó degradarnos, alegrarnos ó afligirnos, y aplicarnos ó distraernos: quiero decir, por último, que todo esto es lo que puede formar una verdadera conver-

sacion. Las conversaciones del mundo no tienen otros objetos.

La *Conversacion consigomismo* no es una de aquellas quimeras que se nos figuran reales ó verdaderas, favorecidas por algunas palabras ó términos de metafisica; existe realmente en cada uno de nosotros, cuando queremos consultarnos. Todos los hombres han nacido para la sociedad, de modo que no habria solitario alguno, sino hallásemos en nosotros mismos medios de conversar interiormente, cuando no podemos hacerlo con nuestros iguales. ¿Pero que necesidad hay de probar una conversacion que se ignora solo porque nos disipamos? Los que viven dentro de sí mismos entenderán seguramente este lenguage, y los que se abandonen al torrente tumultuoso del mundo, no leerán ciertamente esta obra, y será sin duda el mayor número.

¡Que sorpresa, aunque mejor dicho seria, qué espanto no causa cuando se considera entre tantas criaturas pensatativas, derramadas por el universo, cuan pocas son las que piensan realmente! El alma, semejante á aquellas

noblezas antiguas que viven desconocidas y en la oscuridad, parece que ha perdido sus títulos, ejecutoria y privilegios. Nuestras ciudades parece que solo contienen en su recinto autómatos que no saben manejar sino naipes, hacer algunos gestos y proferir algunas palabras, ó hacer ciertos sonidos. ¿Que significan efectivamente las conversaciones del mundo? Pero no hablemos de ellas por el honor de la humanidad. Todo lo que yo sé es, que el mundo que forja un espectáculo de sus asambleas, y que se envanece con ellas, deberia tener vergüenza de comprometerse de tal modo.

La Conversacion consigo mismo, muy diferente de aquellas en que solo se habla del malo ó buen tiempo, de la lluvia, de las modas y vanidades, le acuerda al hombre su orígen, y le da á conocer toda su existencia y todas sus facultades. No pretendemos que ninguno se envanezca con un nacimiento quimérico, ó con una dignidad futil, á imitacion de un cierto obispo frances, que exclamaba al morir: ¡*oh Dios mio, tened lástima de mi grandeza*! Al contrario,

deseamos que el alma sea honrada, y goce todos sus privilegios. La elevacion que saca su orígen de las distinciones del mundo es soberbia, y la que nace de nuestra intimidad con Dios es verdadera dignidad. Solo aquel que se conoce conversa bien consigo mismo, y ninguno se conoce sino aquel que se mira en el Ser supremo que nos ha criado.

¡Que idioma tan extraño para los hombres carnales, para esos que no estiman otra gloria que la de abandonarse á las vanidades de la tierra! ¿Como nuestro *Yo mismo* se hace esclavo de nuestras pasiones aquel que debia tenerlas subordinadas, y hacerse respetar de ellas como soberano? En lugar de imitar á un piloto que gobierna un navío, y conoce todas las partes que le componen, para hacer un buen uso de ellas cuando lo necesite, dejamos que vaya errante por todas partes nuestro ser, al arbitrio de las tempestades, y nos arriesgamos riendo á nuestro propio naufragio.

No lo dudemos, todas estas desdichas nacen de que hablamos mucho y pensamos nada, ó muy poco. Nos difundimos

ó derramamos en una estéril copia de palabras, y no hacemos caso de la primera, y mas noble funcion de nuestra vida, que consiste en pensar. Cuan en vano solicita continuamente nuestra alma instruirnos, la sofocamos, y obramos como si no tuvieramos mayores enemigos que nosotros mismos.

Unicamente para curar á los hombres de esta preocupacion epidémica he emprendido esta obra. ¡Que prodigio tan grande haria si lograse reconciliarnos con nosotros mismos, y convencernos de que el alma desprendida de las pasiones y de los sentidos es nuestro mejor amigo! Solo mirada por este lado la consideramos cuando hacemos su elogio.

La materia que yo trato requeria sin duda mas perspicacia y extension; pero yo creo que en un siglo tan disipado como el nuestro es preciso ofrecer al público obras metafisicas ó moralidades con mucha precaucion y discernimiento. En esta suposicion me he acomodado al tiempo, y he debido hacerlo; porque de otro modo seria preciso ir á buscar lectores al otro mundo.

Suplico que el título de *Conversacion consigo mismo* no exaspere á los hombres disipados. He preferido la utilidad de ser entendido, al honor de pasar por docto. Dejo á los metafísicos el grande arte de sondear el alma, y hacerla ver (tan espiritual como es) mas sensible que los mismos sentidos. He querido que leyendo esta obra, piensen todos, sin advertir que piensan. Los hombres del dia estan en continua centinela contra todo lo que les parece demasiado serio, á menos que la seriedad no los lleve al materialismo, y tras de esto á la incredulidad.

De esto tenemos un ejemplo en la obra intitulada: *el Espíritu*. Este libro, aunque es absolutamente abstracto, no se ha derramado por todas partes sino porque contiene los principios mas erróneos, pues nos confunde con las bestias, y supone que todas las virtudes son un interes abominable. En ningun siglo se ha abusado tanto de la metafisica como en el nuestro: se la ha *despiritualizado*, permítaseme decirlo asi, y de ella no se han conservado sino los términos para honrar con ellos los cuerpos. Y

asi la verdadera metafisica ha desaparecido, y no ha quedado mas que una jerga ó guirigai.

La Conversacion consigo mismo, aunque traducida en italiano, é impresa tambien en Roma hace algunos años, logrará en muchas partes el mérito de libro nuevo. Esta obra se imprimió tan mal por culpa del librero, no menos ignorante que bribon, que se ha quedado sepultada en Italia. No se podian leer algunas páginas sin indignacion; el papel, los caractéres y las erratas concurrieron todos acordes para hacer monstruoso este libro.

Fuera de esto, la Italia está demasiado entregada á las leyes y antigüedades, y gusta muy poco de obras que traten del alma y de sus atributos. Alli no se sabe otra metafisica que la Escolástica, cuyas cuestiones son verdaderamente ridículas. Malebranche, colocado alli en el *Indice*, es una buena prueba de lo que decimos, aquel célebre metafisico que sacó de San Agustin su sistema.

Esto no obstante debo decir, que la *Conversacion consigo mismo* ha sido

aprobada por el padre Orsi, Maestro del sacro palacio, y aplaudida por el padre Fabrici, lector de Teología, como que era *una obra docta, juiciosa y llena de una filosofia sublime y cristiana.*

Ahora que este libro va á hacerse público podrá agregarse á la *posesion de sí mismo*, que ya se imprimió. Estos dos tratados, que forman un cuerpo de metafisica práctica, se sirven uno á otro de apoyo para acordarle al hombre quien es., y nos hacen ver que es preciso comenzar conversando consigo mismo para poseerse.

Los que leyeren esta obra la harán mucho favor, y no la honrarán menos los que no la lean; porque asi probarán que es verdad lo que yo he dicho cuando afirmé que los libros serios no se buscan ya, y que nuestro siglo es la estacion de la disipacion y del libertinage.

Muchos jóvenes irán en tropa á la librería y verán muy por encima el título del libro, y luego lo arrojarán sobre el mostrador. ¡Ah, insensatos! ¿que teneis miedo de ver á vuestra alma, y creeis hallar vuestra dicha en lecturas viciosas y frívolas? Sabed que no hay

paz para los hombres disipados, y que solo aquel es feliz que se conoce. Estudiémonos, pues, á nosotros mismos: este estudio supera á todas las ciencias, y á todos los placeres.

Ademas de esto, por muchas luces que tenga el hombre, si se ignora á sí mismo, no será mas que una nube sin agua, y un conjunto de conocimientos inútiles. Ninguno sabe mas que el que se somete á la autoridad de la Religion, que reside dentro de nosotros mismos, y no el que hace estudio de aprender todas las opiniones filosóficas esparcidas por el universo.

Efectivamente, supongamos por un instante que Espinosa, que lo materializó todo, y Ber Keley, que todo lo espiritualizó, hubiesen vivido mil años, y que asociados con Pascal, que lleva el medio entre estos dos filósofos extravagantes, hubiesen empleado todos los mil años en querer profundizar la Religion, y penetrar los designios de Dios; pero ¡ay! tan ignorantes y tan poco adelantados como el primer dia, despues de tan dilatado tiempo no habrian producido otra co-

sa que sus propios sueños ó delirios, y nos habrian precisado á inferir que una filosofia que dura, no es mas que un lazo trampa que debemos evitar para no caer.

Adorar, someterse, callar y sufrir es el partido del sabio, y la conclusion que el autor del poema de la Religion natural se vió precisado á sacar, no obstante todo lo que se atrevió á decir contra el cristianismo. Asi es como la verdad no pierde sus derechos, y pone en contradiccion consigo mismo á todos los escritores que se atreven á impugnarla.

No se hallarán en este libro semejantes consecuencias: todo está enlazado, porque todo es verdadero, y todas las verdades encadenadas unas con otras forman una escala maravillosa desde nosotros hasta el mismo Dios. Se trata de hallar el primer anillo ó eslabon, y se halla seguramente luego que cada uno se examina ó analiza á sí mismo, lejos del mundo y de las pasiones. Se pasa de las sensaciones á las ideas, y de lo finito á infinito; de modo que el hombre que me-

dita, divisa su individuo en la inmensidad del mismo Dios, en quien respiramos, nos movemos, y somos *in ipso vivimus movemur & sumus.*

No mereció Platon el sobrenombre de Divino, y no se hizo tan célebre su filosofia, sino porque sacaba de sí mismo principios luminosos que le aproximaban al Ser supremo universal. Toda filosofia que nos aparta de él, no es sino una ciencia ilusoria, y ésta es la razon por qué en el número infinito de escritores que conocemos hay tan pocos sabios.

Cada uno de ellos, enardecido en querer reformar el mundo, no ha pensado en trabajar sobre el alma, fondo inagotable de afectos é ideas. Por esto no hemos visto sino hombres que solo se aplicaban á barnizar su mismo exterior, de modo que sus bellas máximas no son sino un baño de yeso que se cae casi en el mismo instante que se pone. Es necesario algo mas que palabras, axiomas y definiciones para corregirnos; pero se cree hoy dia que un libro es un primor, cuando se ha-

llan en él definiciones absolutamente nuevas.

Esta es la razon por qué nuestros metafisicos y moralistas deben hacerse de moda, teniendo particular cuidado de no hablar como Malebranche ó Nicolé; de otro modo se les tendrá por chochos ó vegestorios del tiempo de antaño. ¡Que vergonzoso es para la naturaleza humana el ver cómo huimos de la verdad, y como proferimos frases cadentes que nada significan, y que por lo comun la disfiguran y contradicen!

Despues de haber recorrido muchos siglos, que son como otros tantos libros en blanco, en los que no se halla letra alguna, vemos el nuestro abrumado de palabras útiles solo para confundir nuestras ideas. No vemos otra cosa por todas partes que escritos que se impugnan unos á otros, y que solo van de acuerdo en un punto, que es el del error. Volvamos á la *Conversacion con nosotros mismos*, y estudiemos en sentir y conocer nuestra alma, mas bien que en definirla.

LA CONVERSACION

CONSIGO MISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuán superior á todas las conversaciones es la conversacion consigo mismo.

El título mas apreciable del hombre es ser hombre. ¡Cuantas maravillas tenemos dentro de nosotros mismos! Todos los filósofos se asombran al contemplarlas. Los que no conocian sino lo sensible intentaron persuadir que eramos formados de un quinto elemento mas sutil y mas suelto; otros pretendieron hacer creer que nosotros eramos dioses. ¡Que insensatos! los unos solo consultaban objetos palpables para definir lo que no podian en-

tender ni tocar: los otros entendian por su alma su propia vanidad. Y asi la misma alma se reía de los retratos extravagantes que el mayor número de los filósofos hacian de su esencia y propiedades. Por mas que la alma ponga su atencion de siglo en siglo sobre las varias pinturas que al parecer nos la representan, ella misma al mirarse apenas puede conocerse, y las mejores copias de su ser que se hallan en manos de los metafisicos modernos, tambien le parecen llenas de imperfecciones.

No creamos traslucir lo que es nuestra alma en los sistemas filosóficos: huye de nosotros aun cercada de tan varias opiniones. ¿Queremos hallar nuestra alma? Pues busquémosla en el alma misma; pero se ha de hacer esta pesquisa ó inquisicion despojándonos enteramente de los objetos corpóreos, y con una abstraccion general de las pasiones y presupuestos. El menor grano de la materia que se atraviese, aunque sea mas sutil que el aire ó el fuego, debe desviarse á un la-

do; porque podria suceder que se confundiera con la sustancia puramente intelectual, esto es nuestra alma, que no es otra cosa que aliento del mismo Dios, y es preciso persuadirse que nuestra alma aunque unida al cuerpo, no tiene mas relacion con esta porcion de materia, que con la que está en el mas oculto seno de la tierra. Nosotros mismos experimentamos ser esto verdad. ¿Cuantas veces hemos notado como abandonado nuestro cuerpo en un lugar y aislado, interin que nuestro ser pensativo, nuestra alma, se elevaba rápidamente á la contemplacion del Ser infinito, ó á recorrer todo este vasto emisferio? Hay algunas situaciones é instantes dichosos que nos separan de todos los objetos exteriores, y que nos llevan mucho mas allá de las nubes y los astros. El espíritu entonces no lleva consigo nuestros sentidos, bien que conserva sus ideas y afectos, porque no puede desprenderse de ellos.

¡Cuantas circunstancias concurren en nuestra vida! ¡Cuantas experien-

cias en que el hombre no siente frio ni calor, y sí solo una sorda impresion de su existencia! Si por ejemplo, nada alguno en un rio, se olvida fácilmente de toda sensacion ó palpabilidad: parece que el cuerpo abandonado al hilo de la agua, no forma sino un mismo todo con el fluido que le lleva: el alma no mas al parecer, es la que se pasea sobre la superficie de las ondas, y solo contempla en sí misma.

Nunca sentimos mejor su espiritualidad, que en un desfallecimiento ó desmayo. Ya entonces no hay materia que nos afecte ó llame. Entre el placer y el dolor se experimenta un no sé qué indefinible, pero que incesantemente nos advierte que existimos.

Si admiramos la hermosura de las flores, si respiramos el olor de los perfumes, y si escuchamos la armonía de los sonidos, solo es por amor á nuestro cuerpo. El alma que es lo mas íntimo de nosotros mismos, no necesita de estos socorros exteriores, ni del alimento ó del sueño: deja que la materia se renueve y conserve me-

diante los alimentos: no siendo asi, seria preciso decir que las partículas del pan, mezcladas por la digestion con la sangre, se hacian parte de nuestra alma, y que por consiguiente discurrian, inventaban proyectos y dictaban leyes.

Cuán en vano los hombres, juguetes y burlas de sus propias pasiones, han afectado ofrecer á nuestros ojos animales ingeniosos como rivales nuestros, capaces de disputarle al alma los respetos y homenages que le son debidos. Esos animales como masas organizadas de tierra, no han podido sostener la comparacion. Inmediatamente la falta de reflexion y de libertad ha desmentido á sus alabadores ó panegiristas, y ha ensalzado al alma sobre las ruinas de una opinion tan extravagante como ridícula. Aunque se reuna toda la rapidez de los movimientos, y la delicadeza de los muelles mas sutiles, jamas se formará aquel pensamiento que ve y no es visto, que penetra y no es penetrado. La prueba se ve en esos autómatos fa-

mosos que solo han servido para demostrar cuán admirable es el alma en lo que obra. ¿Mas para que salimos de nuestro propio cuerpo para convencernos? Apenas es formado nuestro cuerpo, cuando viene el alma á dar agilidad á sus resortes, y á desatar sus órganos. Si no le abre repentinamente los ojos y los oidos, si no pone al corazon en estado de ser agradecido, y no hace al cerebro capaz de conservar ideas, es por miramiento y en beneficio del mismo cuerpo, pequeño, débil y delicado de quien pende. El alma solo obra sucesivamente temerosa de alterar en un instante membranas y fibras que han de durar muchos años. Entonces pues, se ve que el alma se desenvuelve poco á poco; á proporcion de lo que se extiende y fortalece el cuerpo. Consultándola incesantemente notamos que juega en la infancia, en la juventud estudia, en la virilidad reflexiona, y en la vejez descansa.

Pero sin embargo de todas estas condescendencias, zelosa siempre de

sus derechos y prerogativas, obra de modo que no se puede confundir con el cuerpo. Ella nos hace sensible el hábito que tiene de ver y juzgar de su talla y peso, y en fin el poder que tiene de ponerle en movimiento á la primera insinuacion de su voluntad. Si la cabeza y el corazon nos parecen capaces de conocimiento y aficion, no es sino porque la una es la única parte de nuestro cuerpo, donde estan reunidos todos los sentidos, y el otro el centro de la circulacion de la sangre.

El alma, esto supuesto, está en medio de nosotros en calidad de soberana, á quien todo debe obedecer. Nuestros sentidos son sus ministros, constituidos siempre en la obligacion de ejecutar sus órdenes, y contribuir á su tranquilidad: deben custodiar las avenidas para evitar el tumulto de los apetitos, y la confusa tropelía de las preocupaciones. Si los sentidos no cumplen con su obligacion es porque el alma experimenta la misma suerte desgraciada de los soberanos que al-

guna vez tienen vasallos tan infieles como ingratos.

La superioridad del alma no se hace sentir solo en el imperio que ejerce sobre el cuerpo. Todas las ciencias y las leyes dimanadas de su tribunal, anuncian y declaran sus derechos sobre lo pasado, lo presente y venidero. El universo todo, aunque tan hermoso y dilatado, no tiene en sí mismo cosa que pueda cautivar esta sustancia puramente espiritual que sabe figurarse espacios infinitos, y á quien no es capaz de asombrar la eternidad misma. En vano esa sucesion del ser á quien llamamos tiempo, intentará imprimir ó extender sus rigores en nuestra alma. En medio de la general destruccion de las criaturas que nos rodean, y que á cada instante se marchitan, hace alarde nuestra alma de su inmortalidad. No se han hecho para ella los meses, los años, ni los siglos; jamas los hubiera conocido si no se los hubieran mostrado los cuerpos. Todas las generaciones envejecen, todas corren presurosas á volver á la

tierra de donde salieron, pero nuestra alma siempre nueva no teme aniquilarse. Que la naturaleza se desplome, que nuestro cuerpo se reduzca á ceniza ó en vapor, nada le importa á esta inteligencia realmente incapaz de disolverse.

Estas son sin duda verdades de convincion, sí; y á pesar de las pasiones que nos asedian, y de los objetos sensibles ó palpables que nos ocupan, no puede el hombre dejar de reconocer interiormente la excelencia de su espíritu. No hay instante en que no confiesen su dignidad aquellos mismos que se atreven á materializarla. Siempre que hacen el elogio de una obra hermosa, ó que admiran una accion heróica, ensalzan y confiesan, aunque sin querer, la superioridad de nuestra alma.

Los mismos argumentos sutiles é ingeniosos que emplean para contradecir su espiritualidad solo sirven para probarla. Ellos solo hacen ver que son ingratos, y esta es toda su demostracion.

Tenemos, dice Pascal, una idea tan grande del alma, que no podemos sufrir ser despreciados. Aunque tenga gloria y riquezas el hombre en este mundo se cree desgraciado, si no está tan feliz y gloriosamente en el concepto de los demas: este es el mejor lugar en tanto grado, que los mismos que mas desprecian á los hombres igualándolos con las bestias, quieren ser admirados de ellos, y de este modo con su propio sentimiento se contradicen á sí mismos. El hallarse el alma unida á la materia, es porque colocado el hombre en medio de un mundo corpóreo ha de tener una inteligencia capaz de elevarle al Ser supremo, y un cuerpo al mismo tiempo propio para palpar y ver todo lo que le rodea. Sin cuerpo seria ciego y mudo en este vasto universo, y sin alma tendria la misma suerte de los animales que no conocen su principio ni su fin, y cuyas operaciones mecánicas no deberian causar mayor admiracion que los movimientos revulsivos de la planta llamada *sensitiva*.

La íntima y admirable union de estas dos sustancias, concede al hombre la facultad de preguntarse á sí mismo, y preguntar á todas las criaturas de juzgar, decidir, combinar y ejecutar. ¡Noble ejercicio! ¡dichoso trabajo que se debe preferir á cualquiera otro estudio ó tarea! ¿Que nos puede importar tener ó no una definicion precisa del alma? ¿Hemos de emplear toda la vida en una especulacion estéril sobre un objeto que siempre será oculto para nosotros? Mucho mas vale sentir que tenemos alma que no definirla. No damos á conocer su excelencia y espiritualidad, sino para empeñar á los mortales á que hallen gusto en las preciosas ventajas de su conversacion. Es cosa muy natural empezar un trato ó correspondencia, conociendo aquellos con quienes se ha de formar un íntimo enlace. Pronto se hallará en esta materia con que elevarse sobre los pensamientos ordinarios, y tambien con que sostener toda la dignidad de una criatura racional.

Por útil y agradable que sea la so-

ciedad pública, por lo comun recae sobre conocimientos temporales, y sobre afectos meramente terrestres, y últimamente sobre frioleras y nonadas. La conversacion interior nos trae objetos mucho mas admirables. Colocada el alma entre el Criador y las criaturas, y no viendo sobre sí sino al Ser supremo, y nada debajo de sí sino cuerpos, se vuelve naturalmente á su Hacedor dejando las criaturas. Es hacerle violencia inclinarla á otra parte.

No lo extrañemos. El Criador no formó los espíritus sino con el designio de conocerle y amarle, quiere que se asocien con él, que le hablen, que le pregunten, y si alguna vez no responde, es en castigo de haberse adherido demasiado á las criaturas. Observando este órden establecido, el alma adquiere en lo mas secreto de su razon una ciencia que desconocen las pasiones y los sentidos: reforma tantas opiniones extravagantes, que se agitan vigorosamente para ganar su consentimiento: desarrolla con silen-

cio ideas que se hicieron disformes por su confusion. Si tuvieremos gran cuidado de conversar interiormente aprenderemos á cuanto se extienden nuestras obligaciones, y hallaremos por fin el medio de fijar una felicidad que nunca han podido ni podrán determinar nuestros caprichos, ni nuestra disipacion.

Yo no comprendo con que especie de hechizo algunas personas, por lo comun las mas terrestres, nos obligan á preferir su sociedad á la de nosotros mismos. ¿Será acaso porque es preciso de cuando en cuando entregarnos á la soledad, y tememos su arrivo? ¿Pero no tenemos dentro de nosotros mismos la mas excelente compañía? ¿No tenemos una imaginacion fecunda que nos arrebata mas allá de este mundo material? ¿un entendimiento que se dilata y extiende segun se va acercando á lo infinito? ¿una voluntad que se conduce con impetuosidad hácia el soberano bien? ¿y una memoria que nos entretiene con todos los sucesos pasados?

Yo hallo en mí mismo, cuando acierto á entrar dentro, medios admirables de ocuparme dignamente. El mundo entero se manifiesta á los ojos de mi espíritu: corro inmediatamente todos los reinos y provincias, todos los tiempos, los muertos mismos sepultados mas hace de millares de años, parece que salen de sus moradas tenebrosas, y vienen como en tropa á sentarse á mi lado. Yo veo á Aristóteles y Platon, á Alejandro y Cesar, y de sus hechos que me acuerdo haber leido, paso hasta sus retratos que me los represento como animados. Me faltaria vida si quisiera describir la multitud de objetos que saben producir repentinamente mi memoria y mi imaginacion. No hay hermosura en el universo que no sea inferior á nuestras ideas. Siempre son las maravillas de algun pais mayores que las que nos figuramos antes de verlas. Juzguemos ahora de los tesoros que poseemos dentro de nosotros mismos.

Es superior sin duda alguna, *la conversacion con nosotros mismos*, á cual-

quiera otra conversacion, y su preeminencia determinó á tantos hombres venerables á desterrarse de la comun sociedad, y á no conocer otra que la que formaban en su interior. Caton hacia gloria suya el repetir muchas veces que nunca estaba mas acompañado que cuando estaba solo. Diógenes encerrado en su cuba ó tinaja creia hallar en sí mismo recursos que no se encuentran comunmente en otras partes. Un célebre filósofo confesaba ingenuamente, que siempre que habia estado entre hombres habia vuelto sobre sí menos hombres. Mortales mucho mas superiores que estos se abrieron sociedades en medio de las rocas, no teniendo otro libro que el firmamento, ni otro relox que el curso del sol, y pensaron que su alma podia suplir cualquiera otra sociedad.

Efectivamente, ¿que se halla por lo comun en el comercio del mundo? Hombres que al parecer se citan todos los dias sin otro fin que para apocar su espíritu ó deshonrarle. No le aplican sino á vanidades ó errores: es-

ta es toda su conversacion. Lo vereis correr de aqui para alli: amontonar todas las pasiones, y producir por último despues de innumerables fatigas y cuidados aquello que llamamos un baile, una comedia ó una tertulia. ¡Estupendo esfuerzo y heroismo del espíritu humano! ¿Se hallarán por ventura semejantes bagatelas dentro de nosotros mismos? ¿Y el alma entregada á sus propias reflexiones no protesta con razon contra diversiones tan pueriles? Si alguna vez disculpa á los que se entregan á ellas, no por eso deja de lastimarse seriamente de los hombres que se emplean en su estudio.

¡Cuan en vano las que el mundo llama *novedades*, van á zumbar al oido del hombre que sabe conversar consigo mismo! Aunque haya aprendido á considerarse como ciudadano del universo, y como amigo del género humano, no cree haya novedades mas importantes que el descubrimiento de alguna verdad, ó la reforma de algun error: deja á sus vecinos el cui-

dado de hablar y discurrir de mil acaecimientos triviales que suceden cada dia, reservando para sí la ventaja y gloria de meditar sobre los puntos fijos de la eternidad y del infinito.

De este modo forma el alma una conversacion mucho mas sublime y mucho mas provechosa. El sabio naturalmente se deja llevar por un noble vuelo á gozar de estas riquezas: todo lo demas es frívola diversion del vulgo. ¡ Dichoso aquel que sabe hacer de su propio corazon una lámina, y pintar dentro de sí mismo verdaderas virtudes, en vez de tener en cuadros y paredes pintadas varias imágenes!

Nosotros no meditamos suficientemente sobre asuntos tan importantes, y si lo hacemos alguna vez es como por sorpresa. Muchas veces, por ejemplo, vamos á buscar lejos de nosotros un consejo ó dictámen que nos determine sobre algun caso, teniéndole dentro de nosotros. Basta mandar que callen nuestras pasiones y nuestros antojos, y al instante oiremos proferir al alma lo mas justo y equitativo.

Este oráculo interior nos hablará puede ser, mucho mejor que el sabio que no da sino respuestas de vanidad.

¡Eh! ¿por que hemos de vivir siempre de prestado, teniendo cada uno de nosotros dentro de sí mismo un depósito inagotable de exquisitas riquezas? Esto es confesarnos pobres y necesitados, y publicar nuestro disgusto, y derramándonos por todas partes damos á entender que no pensamos sino en los otros.

Por dignos que sean de estimacion los que siempre consultan y siempre leen; yo no podré, dice Bosuet, perdonarles algunas destemplanzas de lectura; y una cierta avidez ó ansia de tener las decisiones de los otros. Aprendan á hacer un buen uso de su alma, á mirarla como la mejor y primera biblioteca que han de hojear, y como el mas excelente consejo que deben seguir. Con esta aplicacion se elevarán sobre los límites de un mundo terrestre; contemplarán el Ser simple, inmenso y eterno, y verán anonadarse á su vista los colosos de

grandeza que ha levantado la vanidad humana, y hallarán en su interior una paz que no puede dar el comercio de los hombres.

Parece pues que se pasa de un mundo á otro, y que desciende uno desde las estrellas á lo mas bajo de la tierra cuando se abandona á la conversacion de los sentidos huyendo de la del alma. ¿A donde fue á buscar Pascal, siendo aun muy niño, la proposicion treinta y dos de Euclides, sino dentro de sí mismo? Yo me lo represento de edad de doce años metido en medio de definiciones, axiomas y demostraciones, sin otro maestro que todo el esfuerzo de su genio, que le hacia ya como otro inventor de las matemáticas. Tycho-brahe se escapaba todas las noches del sueño y de su ayo para viajar incesantemente por los astros, no teniendo otro apoyo que el esfuerzo de su alma, á la que únicamente debemos un sistema de la tierra y de los cielos. ¡Oh que diferencia hay tan grande entre las observaciones que se hacen

en medio de la multitud, á las que se hacen dentro de sí mismo! El espíritu pierde siempre algo de su energía, disipándose de una á otra parte.

Pero aun cuando la conversacion con los hombres nos acarrease el mayor agrado y utilidad; su interrupcion dejaria siempre un vacío que llenar. Los débiles mortales reducidos á fatales urgencias no siempre pueden conversar. Una disipacion continua, agregada á sus intereses, los dispersa y separa de aqui para alli, y no les permite juntarse sino en ciertos instantes. No hay ninguno de estos inconvenientes en la *conversacion consigo mismo*; aunque esta se da á conocer mucho mejor en la soledad, no deja de instruirnos á pesar del tumulto, de las concurrencias y negocios. Es de la esencia del alma el pensar siempre del propio modo que de la luz el alumbrar. No hay intervalo alguno en sus pensamientos, y si nos parece que alguna vez le hay, es porque no queremos distinguir los pensamientos vagos de los reflexivos:

estos son un punto de vista que cautiva y encanta nuestra atencion, y aquellos una perspectiva que se nos escapa. Raras veces sucede que tengamos pensamientos vagos con nosotros mismos, ó no hacen sino pasar.

Hemos sido criados de tal modo para meditar, que sin embargo de nuestra disipacion, nos sucede de cuando en cuando envidiar la suerte de los que viven en la soledad. Las florestas dilatadas nos inspiran casi siempre el designio de quedarnos en ellas, aun en el mismo punto que su denso follage excita en nosotros un secreto horror. Las amamos, y en ellas se halla nuestra alma con mas libertad que en otras partes, y hay pocos hombres que en el curso de su vida no hayan formado el deseo de construir una ermita para fijarse en ella: testimonio auténtico de un espíritu que conoce toda su dignidad, y que busca naturalmente desasirse de las pasiones y sentidos, cuyo imperio es mucho mas fuerte, y aun tirano en medio del mundo. Alli,

cualquiera que sea el lugar que ocupe, se ve un hombre sujeto al método comun de conversar: allí es preciso depender de las materias que se tratan, de las cuestiones que se proponen, y de las disputas que se suscitan: ¡Miserables necesidades, motivos de impaciencia ó enojo que nos forzais, ya á disfrazar los pensamientos, y ya á sofocarlos; pero no sois de temer en la conversacion con nosotros mismos! Aqui todo hombre es rey; sentencia y calla: dueño absoluto de los asuntos que quiere tratar determina su conversacion, y la interrumpe ó alarga como quiere. Despues de haber mandado á la memoria que le ocupe ordena á la imaginacion que le divierta, y es obedecido.
Hay en esto algo mas: el comercio con nuestra alma nos anticipa aquel feliz instante, en el que lejos del mundo y de su frivolidad contemplaremos el Ser por excelencia; y reconoceremos la abundancia de tesoros que poseemos dentro de nosotros mismos. La conversacion interior es como una

secrecion de la materia y del espíritu; se envía al uno á su centro, esto es, á lo eterno é infinito, y al otro se le deja en su lugar en medio de tinieblas y corrupcion.

No era posible hallar entre los mortales descubrimientos mas dichosos que los que se encuentran en nuestro corazon. Este laberinto inexplicable para el mayor número de los hombres, se manifiesta á proporcion de lo que cada uno conversa consigo mismo: se descubren todas las salidas, y se conocen todas las sinosidades. El hombre es bastante grande por sí mismo para calcular sus inclinaciones, sus humores, y aun sus deseos: este cálculo se igualaria prontamente con la evidencia de las demostraciones políticas si tuvieramos el cuidado de elegir al alma por nuestra guia. ¿No se ha visto que los verdaderos filósofos han llegado á saber hasta qué grado tenia predominio sobre ellos su temperamento, y á conocer á punto fijo las propiedades y el contrapeso de sus humores? La conversacion inte-

rior nos enseña en qué todos los hombres se parecen, y en qué se diferencian, y qué imperio tienen sobre ellos el clima, la constitucion y la educacion. Entonces se juzga fácilmente lo que fulano puede hacer en esta ú otra circunstancia, se preveen los sucesos, y se combinan las casualidades.

¡Oh, cuan digno es de nuestros deseos que esta conversacion interior estuviera mas en uso entre los hombres! En tal caso tendriamos demostraciones maravillosas que servirian para formar presagios políticos: nos aprovechariamos de proyectos magníficos é importantes, manantiales preciosos del restablecimiento de los imperios y de la felicidad de los pueblos; veriamos unos héroes confrontar lo presente con lo pasado, internarse en lo venidero, y ejecutar las mayores hazañas; admirariamos unos sublimes delirantes y soñadores, que vaticinarian cosas remotas, asi como Tácito previó las desgracias que arruinarian la Europa: por último, hallariamos nuevos Arquimedes, que

construyendo esferas de vidrio descubririan al traves los objetos mas confusos, y el mundo finalmente tal cual es.

La conversacion interior, como se puede ver, eleva y mantiene al hombre en un amor de sí mismo que le es natural. Nosotros venimos á hacernos unos centros pequeños, en los que no echamos menos cosa alguna, bastándonos á nosotros mismos en cuanto nos acercamos á Dios, centro universal. Puede afirmarse que quien gusta vivir dentro de sí mismo se halla en una eminencia, desde dònde ve todo el universo debajo de sus pies. Esta situacion no es lo que llamamos orgullo sino una noble altivez, digna de la excelencia de nuestra alma.

CAPÍTULO II.

En qué consiste la Conversacion consigo mismo.

La tierra que habitamos es verdaderamente un teatro donde todos los objetos estan disfrazados. Nuestros

sentidos por una parte y nuestras preocupaciones por otra, han disfrazado al universo. Por mas que toquemos á las criaturas que nos rodean no hallamos sino una superficie impenetrable. En vano ha venido en nuestro auxilio el microscopio: éste, engrosando los objetos, hace mayores nuestras dudas: el alambique extrae un jugo mucho mas desconocido que la planta que le produce. Las preocupaciones llaman todos los dias avaricia á una prudente economía, libertinage á una simple fragilidad. ¡Que contradiccion! Ve aqui pues cómo nos vemos reducidos á no formar sino juicios casuales y aun arriesgados, y á quedarnos mudos y ciegos en un mundo únicamente criado para nosotros. Esta seria sin duda nuestra condicion, si el alma, emanacion de la verdad, no viniera á instruirnos, y asi se restablece como maestra que nos da lecciones, que nos ilustra, y nos aconseja que nos correspondamos y tratemos con los verdaderos sabios.

La conversacion interior está muy

distante de temer una honesta sociedad; ella conoce muy bien sus provechos. El alma entre personas que sabe elegir, nada pierde de sus reflexiones. Con tanta tranquilidad como si estuviera sola, se aprovecha con utilidad de los avisos agenos. Los entendimientos cuando recíprocamente se comunican se electrizan, y despiden de sí vivas centellas. Un profundo retiro acaso podria ofuscar las ideas, y poner al hombre á riesgo de entregarse al desórden de una imaginacion petulante ó temeraria, y hacerle enemigo del género humano. ¡Cuantas personas hay que en la soledad no conversan consigo, y cuantas que saben conversar solas aun cuando estan mas acompañadas! Pero no deja de ser verdad, esto no obstante, que es necesario huir las sociedades ó concurrencias tumultuosas, y tener todos los dias algunas horas de recogimiento. Todas las dudas, mediante esta disposicion, desaparecen: cada uno se hace objeciones á sí mismo, y los demas le dan las respuestas.

No hay un solo insecto en el universo que no contenga innumerables maravillas, y que no nos precise á meditar, y alguna vez á consultar. Aquel que nos parece mas despreciable tiene derecho para exigir que demos la razon por qué le despreciamos. Nosotros no podemos dar un paso por el campo sin andar sobre milagros. La yerba que pisamos tiene bellezas encantadoras; pero aunque son tan admirables estos objetos se escapan de nuestra vista si el alma no nos advierte que los contemplemos. A nada que le prestemos nuestro oido la escuchamos hacer anatomía de un simple gusanillo. Inmediatamente descubrimos en él un corazon, centro de la circulacion de la sangre, y unos anillos que sirven de traquearteria. En una flor notamos una semilla en innumerables granitos y matices, unos mas bellos que otros: vamos á su orígen, á la fecunda tierra, que ya se transforma en boton y ya en fruto: Estamos contemplando con admiracion el placer que tuvo el Criador en

divertirse al formar este universo, y cómo este juego forma un todo regular, cómo y con cuanto arte estan dispuestos los puntos de vista, cómo el color mas amigo de los ojos tapiza los prados y la selvas, y cómo el animal que parece mas odioso y aborrecible, es perfecto en sí mismo y proporcionado en todas sus partes.

El hombre sin duda que no hace sino leer superficialmente estas descripciones, no conoce mas que la exterioridad: el hombre al contrario, que conversa consigo mismo, toma á la naturaleza sobre el lecho de sus mas secretas operaciones: sondea la profundidad de la cavernas, sube afanoso los montes, y quiere saber el *cómo* y el *por qué*.

En vano se intentará persuadirle que la corrupcion puede engendrar: comprende que todo debe tener su principio y su fin, y que la nada no puede ser criadora. En vano se harán esfuerzos para que crea que la luna influye sobre las plantas y las flores, que desmorona las piedras, re-

gula la salud de los hombres y animales; el hombre hábil sabe y cree que este planeta es muy otro de lo que se le atribuye, y muy ageno de la malignidad con que se le ofende.

Las criaturas inanimadas son verdaderamente muertas para los ojos de los que no reflexionan. Un árbol, por ejemplo, no es mas que un árbol para el mayor número de los hombres: saben sus nombres, ven sus hojas, mas no ven otra cosa; ¿pero que será este mismo árbol para mis ojos si yo tengo cuidado de conversar conmigo mismo? Entonces descubriré en un tronco una savia ó jugo admirable, que al modo de nuestra sangre cuela de conducto en conducto, va á nutrir las raices, humedecerlas y dilatarlas, y que de rama en rama esparce un vigor y verdor maravilloso. Yo creeré que veo venir todos los cuerpos á ordenarse á mi lado, y á despojarse de su corteza: creeré oirles hablar con una voz que me declara su esencia y propiedades. Mis ojos filosóficos me harán palpables

unos objetos que antes me parecian imperceptibles.

Con estos principios ya no me pasearé por un mundo estúpido y mudo, sino por medio de un mundo que habla y me instruye. Las flores me dirán que son tan pasageras y momentáneas como los honores: los rios me advertirán con su rapidez la de mis dias; los frutos silvestres me reprenderán la delicadeza de mi gusto: las estatuas y pinturas me gritarán en alta voz: míranos aqui solas y tristes reliquias de tantos héroes que creian no habian de perecer jamas. En vista de esto es preciso confesar que la alma que reflexiona esparce sobre todos los objetos una luz que los hace trasparentes, y que presta á todas las criaturas un lenguage el mas elocuente.

¡Que sentimientos no produce nuestra alma en nuestro interior cuando aprovechándonos de una noche estrellada, contemplamos los astros! Diriamos entonces que se abre á nuestros ojos el firmamento como si fue-

ra un libro: que nos hace leer en él en caractéres de luz la magnificencia y sabiduría del Ser Criador. Somos entonces llevados á las orillas de aquel formidable elemento, al que un solo grano de arena reprime al oir la voz del Omnipotente: leemos sobre sus ondas la desgraciada historia de una vida agitada y el reino enfurecido de las pasiones; hallamos estando solos en medio de los desiertos un mundo que subsiste dentro de nosotros mismos, y suple la falta del que ya no vemos.

El alma, siempre alma, nos precede, y parece que escribe sus avisos sobre los objetos que deben admirar nuestros sentidos; se vale de esta precaucion, recelosa de que apreciemos como oro fino el oropel: sin pasiones ni preocupacion, por todas partes oimos á nuestra alma que anima y personiza todo lo que ofrece á nuestra atencion. ¿Que es la materia, cuando reflexionamos sobre ella, sino una transformacion continua de sustancias diferentes, que pasando

de unas en otras, hoy son arena y mañana vidrio? Cada parte de este universo es para los ojos del sabio un mundo entero en el órden fisico, y todo este mismo universo no es sino un punto en el órden moral.

El hombre evidentemente está hecho para pensar, dice el ingenioso Pascal; esto es todo su mérito, y toda su dignidad; pero su obligacion es pensar como se debe, y el órden del pensamiento es comenzar por las criaturas inanimadas para llegar á nosotros, y despues elevarnos hasta el mismo Dios. Pensamos en nosotros mismos cuando atribuimos á nuestra alma el conocimiento de los entes corpóreos. Las consecuencias que sacamos de su corta duracion, reverberan en la inmortalidad de nuestro espíritu. De este modo conseguimos desocupar el corazon de todo afecto terrestre, conociendo bien las vanidades de la tierra.

Es cosa admirable ver al hombre contemplando su esencia, y multiplicando, digámoslo asi, en medio de

sus ideas y afectos, y formar con ellas una sociedad que le instruye y divierte.

Nuestros sentidos no perciben la extremada pequeñez, ni la verdadera magnitud: tienen al hombre limitado en un círculo, que dando vueltas incesantemente nos estorba el ver tanto el centro, como la circunferencia. Estamos únicamente ocupados en ver esta rápida rotacion que cubre en fin nuestra vista, y no nos permite ver otra cosa. Esto es lo que oprime extraordinariamente nuestros conocimientos. Siendo nosotros incapaces de saberlo todo, y sí bien de ignorarlo, deseamos ardientemente profundizar todas las cosas, y no hacemos mas que desflorarlas. La conversacion con nosotros mismos junta en algun modo estas extremidades. En este caso comenzamos á sentir un temperamento misto de fuerza y debilidad. Obramos como si lo pudieramos hacer todo, y confesamos que nada podemos.

El conversar pues, interiormente, no es entregarse á vanas expeculacio-

nes; síguese de este ejercicio una reforma de nuestras ideas y de nuestras propensiones.

¡Que utilidad y adelantamiento no sacan los mortales del fondo de su esencia, cuando saben habitar consigo mismos! Purifican su alma como el oro en el crisol, la separan de la materia que la rodea, y ya no ven sino lo que ella es en sí misma: su libertad, su espiritualidad, su inmortalidad, se dejan ver perfectamente de nuestros ojos, hasta que los varios acaecimientos de la vida vengan á ocuparlos. La decadencia de los unos, la elevacion de los otros son juguetes de la fortuna, de los que el sabio sabe sacar su provecho. Lejos de envidiar como el bajo pueblo la suerte del poderoso que va públicamente como en triunfo, el discreto no se ocupa en ese mismo instante sino en pensar en el dia lúgubre y tenebroso en que la muerte, con una cruel metamórfosis, cambiará las flores brillantes del mundo en melancólicos cipreses del sepulcro. Dejo á los insen-

satos el necio cuidado de contemplar á los ricos y ambiciosos, mientras considero que el sabio no mira los proyectos de los hombres sino como los esfuerzos débiles de algunas hormigas que asaltan una arista, ó cuando mas un grano de trigo. Las agitaciones de este pequeño pueblo levantan la arena, abren venas en la tierra, hasta que pasando un hombre por encima destruye de una vez toda su obra, y esta verdaderamente es la imágen del mundo.

Habrá quien piense que la lectura no mas basta para conducirnos á estas reflexiones. Sin duda la lectura es necesaria, es preciso conversar con los muertos para librarse de la malignidad de los vivos; pero los hombres mas necesitan ojearse á sí mismos que ojear los libros. Bien se puede, dice Fontenelle, saber los pensamientos de todos los filósofos, y no pensar en sí mismo. Un hombre, segun refiere Loke, no es hábil porque haya leido mucho, sino porque ha meditado lo que ha leido. Frecuentemente sucede que uno

se pierde á sí mismo de vista, y no se halla por mas que se busca, confundido en medio de tantos sentimientos diversos que hay derramados en los libros. ¡Cuantos sofismas y paradojas encubre la corteza de un estilo encantador! La eleccion que debe hacerse de una obra, pertenece únicamente al alma, y nunca será excesiva cualquiera consulta que se haga sobre tan importante materia.

Supongamos en fin, que todas estas precauciones han precedido al estudio de lo que se lee, que se haya hecho ningun aprecio de tantas novelas y disparates como hay esparcidos en las obras, y que solo se han elegido los buenos autores: ¿que fruto se sacará de su lectura, si no la acompañan frecuentes reflexiones? El autor las hizo, ¿pero hizo todas las que hay que hacer? ¿No han quedado aun las que son propias á cada uno, relativas á nuestras urgencias y á nuestras propensiones? La conversacion interior pues, ocupa aqui su lugar, y en aquel mismo instante que recorremos los li-

bros mas instructivos. De otro modo va cualquiera arriesgado á descaminarse aun en medio de las mas preciosas bibliotecas. Si por ejemplo, al mirar las conquistas de los romanos, no me hace ver mi alma la vanidad de tantos triunfos, me expongo á malgastar mi incienso en obsequio de quien solo merece el vituperio, y en tal caso yo honraria victorias, que solo fueron unas brillantes rapiñas. ¿Que socorro, al contrario, no se saca de una lectura acompañada de reflexiones? Uno enlaza sus propios pensamientos con los del autor, cuando habla verdad y se opone á ellos cuando propone el error. Asi reconocemos que ha producido mas libros la opinion que la verdad, y que si es peligroso creerlo todo, lo es mucho mas no creer lo bastante, y que por lo comun la impostura disfrazada con el nombre de ciencia, puede mas que la ciencia misma.

Es preciso en esta suposicion, apelar de los libros que leemos, al sentido ó juicio íntimo que debe guiarnos.

Hay una cierta precision ó exactitud de espíritu que sabe apreciar las cosas segun su valor, y que no se adquiere sino con la lectura: tócale al alma el conocerla. Nosotros nos servimos de esta para distinguir lo verdadero de lo falso y el bien del mal. Nadie puede comprender cuan necesaria y exquisita es esta exactitud. Hay muy pocos hombres en el mundo de estos que se llaman bellos decidores que no se salgan de tono, tomando lo mas alto ó mas bajo del sentido comun: llámase este sentido asi porque deberia ser el patrimonio de todos; pero esto no obstante, ¡cuantas personas hay en el dia que se desapropian del juicio en favor del ingenio! El uno es intempestivo, y el otro de moda. De tal modo queremos sutilizar las cosas que todo se evapora y desvanece, y no le queda al mayor número de los hombres, ni ciencia, ni virtud. Siempre desconfiaré del juicio de un gran lector, que formando de su cabeza una biblioteca desordenada, no tiene otro talento que el de los otros, que

él produce á diestro y siniestro.

A proporcion que conversamos interiormente, sentimos ó notamos dentro de nosotros mismos un otro mundo muy parecido al que habitamos. Hay en este placeres, y alguna vez proyectos y pesares. Este es como un estado despótico, en el que el alma manda á las pasiones y sentidos, y tiene absoluta autoridad sobre ellos, y sin embargo sucede que ellos logran mudar el gobierno en aristocracia. Entonces usurpan la autoridad, é introducen el desórden en el regazo mismo de la paz. Sentimos en nuestro interior una facultad que quiere y no quiere, y en fin, que determina y resuelve. La conversacion interior á veces es tranquila, y á veces agitada. Cuando el alma se esparce por fuera y se comunica con los sentidos, apenas puede conservar el recogimiento. Ya hace una experiencia, ya una descomposicion de las partes, y al querer examinarlas, el espíritu no permite que se escape cosa alguna á su observacion cuando solicita cono-

cer un objeto. En este caso se apodera de la menor partícula de la materia, se esfuerza en penetrar toda la esencia, y en conocer todas las propiedades: llama á sí las proporciones y combinaciones que estan siempre á sus órdenes, y despues de esto obra y resuelve.

Esto supuesto, no consiste la *conversacion consigo mismo* en el simple pensamiento: todos los hombres piensan, pero son muy raros los que conversan interiormente: consiste pues en un raciocinio seguido de justas consecuencias, en un exámen escrupuloso de nosotros mismos, y de cada objeto que nos rodea, y en una prudente prevision de acciones y sucesos. Nos acaece un negocio espinoso, ó un disgusto doméstico, y al instante nos separamos de nuestra disipacion, é inmediatamente aprendemos que es conversar consigo, pero el grande arte de esta conversacion es conciliarla con el corazon y con el espíritu. Hay un gran puente de una á otra parte, decia el inmortal Masillon, y solo

consultando sus luces, y sus pensamientos se consigue llegar al extremo.

A pesar de todo lo que puede decirse sobre este asunto, seria debilitar nuestra idea el querer definir con toda exactitud la conversacion de nuestra alma; las cosas de sentimiento solo puede explicarlas el corazon. Es preciso responder á los que nos pregunten sobre esta materia; entrad en vuestro propio interior y alli leereis sin el socorro del alfabeto los grandes principios sobre que debeis meditar: alli hallareis la definicion de vuestro propio ser, y la razon de tantas contrariedades aparentes que ofuscan vuestra vista: alli reconocereis que la naturaleza está corrompida, que el cuerpo obra con demasiada fortaleza sobre el alma, que este mundo envilecido por el pecado, no es mas que un débil fracmento de otro mundo mas perfecto, que ha sido preciso que la irregularidad de las estaciones abreviase la vida de los que solo piensan en obrar mal, que la tier-

ra arruinada y sumergida haya de llevar la vergonzosa insignia de una venganza absolutamente celestial, y que en fin los hombres esclavos de una vida toda sensualidad, hayan de ser en castigo de sus delitos atormentados por fieras, y hasta por viles insectos.

En vista de esto á ninguno debe causar admiracion el ver montes inaccesibles, tierras estériles, y paises inhabitables. Solo el que juzga de las cosas por la superficie, es el que decide y sentencia á salga lo que saliere: como toda su ciencia ordinariamente es su primera vista, nunca pasa mas adelante; el alma protesta y se subleva contra juicios tan inmaturos y temerarios, y apela á sí misma de las decisiones de nuestros ojos y oidos.

Del comercio con nosotros mismos nace una multitud de reflexiones útiles y agradables, de modo que apenas puede comprenderse como hay tantas personas que se ignoren á sí mismas. ¿Quien les da á los poetas el sublime talento de personizar las plan-

tas, de divinizar las fuentes, y de atribuir sensibilidad á las mismas piedras, sino la conversacion consigo? Yo los veo separarse del tumulto de las compañías, y correr á la márgen de un arroyuelo, ó á lo enmarañado y denso de un bosque, y producir allí un mundo nuevo; véolos asimismo con el hechizo de su arte introducirse hasta en el seno de las flores, y sacar de ellas riquezas superiores á la mejor miel de las abejas, y componer idilios encantadores:

Pregúntese á todos los sabios, á todos los políticos, y á todos los negociadores qué entienden por la *conversacion consigo mismo*, y al instante darán por respuesta sus obras, sus proyectos y sus consecuciones. Ved aqui nos dirán, las riquezas que ha sabido recoger de lo interior nuestra alma.

No faltan asuntos en que emplear la meditacion cuando queremos reflexionar: cada instante de la vida ofrece una multitud de acontecimientos, de los que debemos aprovecharnos,

hasta de las imperfecciones de nuestro prójimo, y hasta de las faltas contrarias al espíritu de sociedad pueden provenir avisos importantes. Las tertulias ó concurrencias, las comidas, las visitas y los paseos, no son un vano espectáculo de curiosidad, sino una perpetua escuela en la que se puede aprender el comercio de la urbanidad y de la dulzura.

¿Con cuanta lástima deberemos mirar al que se atreva á hacer esta confesion: *yo me enojo é impaciento, yo no sé qué pensar*? ¡Como! ¿En medio de nosotros mismos, que todos somos un cúmulo de maravillas en medio de un universo, en el que hasta la mas leve partícula puede dividirse infinitamente, en medio de los conocimientos que tenemos de nuestro orígen y de nuestro destino, podemos ignorar el modo de ocuparnos, y el arte de reflexionar? Eh! Basta poner, aunque sea pasageramente, los ojos sobre nuestro cuerpo, sobre el lugar que habitamos, y sobre el mismo instante que respiramos para producir innumera-

bles reflexiones, y para arrebatarnos á espacios inmensos, y hasta los dias eternos.

Pero cree el mayor número de los hombres que la filosofia es un estado violento, y las locuras del siglo una verdadera felicidad: sin embargo, lo cierto es que todos hemos nacido para ser filósofos, esto es, prudentes y advertidos, y asi nos desnaturalizamos cuando seguimos las máximas del mundo. Este mundo es un torrente rapidísimo, lleno de pequeños torbellinos que nos llevan de uno á otro, en un trastorno continuo, hasta el abismo enorme que se traga, por último, nuestros proyectos, nuestros placeres, nuestras esperanzas, y hasta nuestras personas: esta es la vida y el fin de casi todos los hombres.

CAPÍTULO III.

Cuales son los provechos de la conversacion consigo mismo.

Causa vergüenza el ver los pocos progresos que en tantos siglos han hecho los hombres en la investigacion de la verdad. Construyense edificios sobre un monton pomposo de opiniones que no tienen otro fundamento que la credulidad de un público engañado y aun corrompido. Las conjeturas ocupan el lugar de las realidades: solo con el auxilio de la *conversacion consigo mismo*, se ha podido salir del caos de dudas, é incertidumbres en que estaba sepultado el universo. Fue preciso queel hombre trasluciese su ser pensativo para conocer los entes ó criaturas que le rodeaban, y para elevarse despues por grados hasta aquel que es el orígen y perfeccion de todos.

Si hasta Descartes, el mayor número de los filósofos no sabia sino du-

dar errante, es porque los filósofos sus antecesores argumentaron mucho y meditaron poco: ellos creyeron que á fuerza de pelear con sus antagonistas ó adversarios, llegarian al conocimiento de los cuerpos: empresa verdaderamente imposible no consultando antes los espíritus, y aprendiendo en su escuela la esencia y propiedades de los entes materiales. Fue sin duda un fenómeno para el universo el ver que Descartes trastornaba toda la filosofia antigua, y daba un solemne mentís á todos los que le precedieron. Solo meditaciones profundas pudieron conseguir tal maravilla: cualquiera otro medio hubiera sido absolutamente infructuoso, y veriamos todavía á Aristóteles, no obstante sus sofismas y oscuridades, ser el ídolo de las universidades, y el oráculo de los doctores.

El gran Pitágoras y el ilustre Platon, aquellos genios vastísimos y sublimes, habrian hecho seguramente mayores progresos conversando consigo mismos, que consultando con los

pretendidos sabios de la Grecia y de la Siria. Todos se fastidian cuando al leer sus obras no se notan sino unos débiles vislumbres de verdad. Sócrates, que parece se acercó á ella, no fue mas dichoso: en vez de prestar oidos á su alma interpuso entre ella y Dios miserables preocupaciones. En el mismo instante de morir, por no haber confesado sino un solo Ser, desmintió esa bella confesion con un sacrificio idólatra.

Si subimos de siglo en siglo sobre los vestigios de los errores, conoceremos que el orígen del mal fue casi siempre el haber sustituido las pasiones al oráculo que incesantemente está hablando dentro de nosotros. Cuando sus respuestas son falsas ó ambiguas debemos acusar de ellas á la perversidad de nuestro propio corazon. Este desgraciado rival le disputa á nuestra alma la preeminencia, y hace todos sus esfuerzos para subyugarla. Si queda victorioso, las virtudes ceden su lugar á los vicios, y de este desórden nacen todos los errores.

Seria sin duda demasiado vergonzoso para la humanidad recapitular aqui todos los delirios que se derramaron por la tierra: como cada pasion tiene un engaño ó impostura que le es propia, cada pais y cada edad vieron nacer infinitas sectas, hijas de la mentira. El alma dichosamente se reservó algunos hombres zelosos de su honor y de sus derechos, que atentos á consultarla, vieron sin nubes ni celages la verdad, y se fatigaron para darla á conocer. Con frecuentes conversaciones consigo mismo y con profundas meditaciones conocieron el intervalo inmenso que hay entre la materia y el espíritu: la una y el otro fueron el objeto de su estudio. ¡Ah, cuanta utilidad les resultó de esto!

La metafisica, que es lo mas selecto de las ciencias, comenzó desde entonces á despojar al hombre de su propio cuerpo, y á no dejarle sino los ojos del espíritu para que se elevara hasta el Ser increado. La moral inmediatamente aclaró las ideas del

bien y del mal, que comenzaban á confundirse, restableció el órden en todas las acciones, y procuró que el corazon fuese el centro de la virtud. La crítica luego purgó el universo de innumerables fábulas, honradas como verdades, y les quitó á ciertos autores una reputacion y buena fama que no merecian. La fisica citó al mundo material á que compareciese en su tribunal, y le mandó que le diera cuenta exacta de sus propiedades: en vista de esto sentenció que todos los cuerpos no eran sino unos meros conjuntos de los elementos. Las matemáticas nivelaron los cielos, midieron los montes, y pesaron el agua de los rios y los mares. La astronomía predijo los eclipses, descubrió los satélites, hasta entonces desconocidos, y explicó los cometas. La geografia trazó la tierra, y nos pintó todas sus faces al mismo tiempo. La química traslució que la sal y el sol son los dos grandes móviles de las operaciones terrestres. La anatomía conoció el mecanismo admira-

ble del cuerpo, y siguió los pasos ó huellas de los espíritus animales. El médico, no obstante la incertidumbre de una ciencia que procede de lo mas conocido á lo menos conocido, extrajo remedios soberanos contra las enfermedades mas incurables. El artesano en fin, formó un segundo universo á imitacion del primero.

La electricidad, que hasta ahora no es mas para los ojos de los mortales que un espectáculo de curiosidad, vendrá á ser sin duda con el tiempo un manantial de utilidades, luego que se haya reflexionado suficientemente sobre una materia tan importante. Ya por medio de sus auxilios se ha probado imponer silencio al mismo trueno, y dividir unas partes, cuya union forma el rumor espantoso que oimos en el aire. ¡Cuantos útiles secretos que todavía estan por nacer, descubrirá poco á poco la *Conversacion consigo mismo*! No hay hombre alguno que no halle en esta escuela instrucciones proporcionadas á sus necesidades, y alguna

vez superiores á las lecciones de todos los maestros. Miraos á vosotros mismos, dice Marco Aurelio, y si os profundizais y sondeais bien, hallareis en vuestro interior un manantial inagotable de bienes: *fons boni qui perenniter scatebit.*

Todos tenemos una geometría natural, dice el gran Bossuet, que no es otra cosa que una ciencia de proporciones y combinaciones. El punto consiste en aplicarnos á ella y tomar lecciones de nuestra alma, á quien debemos preferir á cualquiera otro preceptor. El que no conversa con ella se hace traidor á sí mismo: se priva de una multitud de conocimientos que adornarian su entendimiento ó reformarian sus costumbres. Las semillas de verdad y de virtud que se hallan en nuestro interior se asemejan á las de las plantas y las flores: éstas no echan sólidas raices sino en cuanto han estado sepultadas algun tiempo.

El mundo, aunque tan viejo, sin el auxilio de esta conversacion inte-

rior estaria aun en su infancia: no habria producido aquellos genios criadores que lo produjeron todo de sí mismos, y nada tomaron prestado de otros: no nos ofreceria aun sino palabras, etimologías, fechas, hechos, cuestiones vanas y especulaciones infructuosas, y los hombres, lo mismo que estátuas ó ecos, no podrian citarnos sino épocas, ni repetir sino lo que habian oido. La imaginacion, la brillante porcion de nosotros mismos, que saca de la nada innumerables mundos nuevos, se hubiera extinguido sumergida en un monton de compilaciones insulsas. Seducidos de nuestros propios sentidos hubieramos tomado el disfraz de la naturaleza por la naturaleza misma, y habriamos fundado toda nuestra filosofia sobre la fe de un embustero ó de un ignorante.

Pero quiere Dios que haya una ciencia mucho mas útil para el hombre; ciencia que le impide el compararse si bruto ó igualarse á Dios; ciencia que nos hace sentir la violen-

cia de las pasiones que nos humillan y abaten, y la sublimidad de la razon que nos ensalza. El alma ilustrada con los rayos de la divinidad nos conduce á este conocimiento: ¡dichosa situacion, en la que uno se estudia á sí mismo mucho mejor que las costumbres de las naciones, y en la que no se combaten los sistemas del espíritu sino despues de haber arreglado las inclinaciones del corazon! Esta es la ciencia con la que se adquiere el grande arte de obedecer cuando uno es esclavo, de reinar cuando es rey, y el arte en fin de conocerse.

San Agustin tenia tan alta idea de esta ciencia, que la preconizaba como el mayor y aun todo el mérito del hombre. Sin duda alguna podia hablar de ella mejor que otro, aquel que se pintó á los ojos del universo tan naturalmente como se conocia. Habia aprendido como nos lo enseña, que por mas que ahuequemos nuestros conceptos no producimos sino átomos á precio de la realidad de las cosas, que lo que vemos en el mun-

do no es mas que un rasgo imperceptible en el dilatado ámbito de la naturaleza, que el corto espacio que ocupamos (en otro espacio que en sí mismo esinfinitamente pequeño) debe humillar á nuestro orgullo, y que el hombre mas agigantado no es mas que un punto mirado desde cierta distancia.

Todas estas ideas se escapan del conocimiento del hombre porque no se familiariza consigo mismo. El mayor número de los hombres se refieren á los sentidos, y consultan solo al mundo, y ve aquí el orígen de sus desgracias. ¿El mundo alaba otra cosa que lo que merece desprecio? Nicole, moralista por excelencia, llama, y con razon, al mundo *predicador perpetuo de la mentira y vanidad*, y aun creo que no ha dicho bastante. El mundo, haciéndonos halagos, se declara nuestro mayor enemigo: parece que su profesion es establecer el imperio de los cuerpos sobre las ruinas de los espíritus, y que ha hecho un pacto solemne de usurparle al alma todo el derecho que tiene de ilus-

trarnos y dirigirnos. El alma nos advierte que meditemos, y el mundo nos aconseja que nos distraigamos; el alma nos arrebata de la materia y aun de nuestros sentidos, y el mundo nos hace sus esclavos.

Una de las mayores utilidades y provechos de la *conversacion consigo mismo* es librarnos de tantas inconsecuencias, que forman el tejido de nuestra vida, y que nos hacen verdaderamente ridículos. ¡Oh cuantas contradicciones hay en nuestras costumbres y en nuestra fe! Adoramos por ejemplo un Dios que se humilló hasta querer nacer en un pesebre, y vivir pobre hasta no tener lugar alguno donde recostar la cabeza, y nosotros queremos habitar en palacios, poseer tesoros y gozar de todos los gustos. Nosotros vamos en pomposos equipages magníficamente galoneados á postrarnos delante de la imágen de algun Santo, que pasó toda la vida bien lejos de los espectáculos y asambleas mundanas, que solo vistió una miserable túnica, y

que en fin vivió de tal modo en este mundo, que nos habriamos avergonzado de su compañía y le habriamos despreciado como un original ridículo ó como una persona de lo mas ínfimo del pueblo. ¡Qué contradiccion!

En medio de este trastorno, ¿que hace el hombre que reflexiona? aprende en su conversacion interior á conciliar sus acciones con sus pensamientos y á vivir consecuentemente: reconoce que es burlarse de la religion cuando tiene la osadía de sujetarse á sus inclinaciones y al gusto del siglo: tiene particular cuidado de recogerse en sí mismo y huir con precaucion las compañías peligrosas: no entra en el mundo sino temblando, y retrocede aceleradamente á buscar dentro de sí las verdades que parece se han perdido en el resto de los hombres, y hace de su meditacion sus mayores delicias, cubriéndose con su propia virtud, digna de preferirse al mando ó púrpura de los reyes. Vive como quien ha abandonado el universo á las revoluciones

de la suerte, mas contento de habitar consigo mismo, que con vecinos por lo regular inquietos y peligrosos. Este recogimiento le libra de un yugo abrumador, y le coloca en el verdadero punto de vista que conviene para observar los objetos.

Entonces ya no le ofrecen las historias ciudades destruidas, tronos trastornados, pueblos exterminados, ni héroes sepultados en la nada de donde salieron. Entonces las poesías del mayor número de los modernos y aun de los antiguos, no le parecen sino unos lucidos juguetes de las pasiones y un monton pomposo de insulseces, ó cuando mas locas vanidades. Desde el atrincheramiento que él se ha formado á sí mismo recoge el precioso rayo de luz que sale de su entendimiento. Los objetos se le manifiestan tales como son, el mundo entero como un punto, los siglos como instantes, y los placeres como sombra. Del propio modo que vemos todos los dias una confusion de átomos que revolotean alrededor de aque-

llas columnas de luz que forma la refraccion del sol, y luego se reducen á nada.

Luego no es fácil engañarnos cuando tenemos la prudente precaucion de conversar con nosotros mismos, y valuar las cosas por su justo precio. ¡Cuan en vano intentará el orgullo de los hombres hacer que desaparezca de nuestros ojos el príncipe confundido por la muerte con su mas humilde vasallo! Olvidamos el mausoleo ostentoso, y no vemos sino una miserable ceniza, á la que se reducen todos los héroes. Miramos los torbellinos de polvo con que el viento juega en el aire, como las tristes reliquias ó fracmentos de los famosos conquistadores y de sus numerosos ejércitos; no vemos en los mármoles de los mas suntuosos palacios y en el oro mas acendrado sino una materia de otro modo configurada que el barro y el estiércol: tenemos la misma idea de los honores, que de aquellas pequeñas bolitas de agua y jabon formadas por el soplo de un niño: esos

ricos, adornados de todos colores, no nos parecen mas que unas mariposas, de las que unas tienen las alas azules y las otras doradas, y todas las acciones brillantes que tanto se alâban vienen á ser una chispa que se apaga tan pronto como nace.

Cuando juzgamos asi de las cosas aplicamos estos juicios á nosotros mismos, nos ponen en estado de comparar, combinar y elegir. Los hombres que meditan jamas quieren decidir antes de tener justos motivos y sólidas razones que justifiquen su decision: asi como tienen mucho cuidado en no emprender jamas cosa alguna sin calcular primero sus fuerzas. La conversacion interior es una especie de trabajo, en el que cada uno se ensaya y examina cuando se trata de componer una obra ó de poner en práctica algun proyecto. De este modo se evitan las faltas de precipitacion y de ligereza.

Comunmente se da el nombre de filosofia á estas operaciones, y es con mucha razon, supuesto que ellas con-

ducen al alcázar de la prudencia. Todavía, por fortuna nuestra, hay algunos filósofos que, en medio de un siglo tan disipado como el nuestro, llevan por todas partes consigo una soledad y feliz recogimiento. Inútilmente hace rumor á sus oidos el tumulto estrepitoso del mundo: ellos no oyen otras voces que las de su alma, ni otro grito que el de su corazon. Nadie les ve consumirse en investigaciones para descubrir la piedra filosofal, que nunca existirá, ni para hallar la cuadratura del círculo, tan inútil para los humanos. Sus verdaderas riquezas las tienen dentro de sí mismos, y creen haber transformado el cobre en oro siempre que producen un pensamiento sublime con el motivo de algun objeto material.

De la elevacion de los sentimientos se sacan, sin que valga contradiccion alguna, grandes socorros contra las miserias de esta vida. Todo se convierte en utilidad del que conversa interiormente: de las lecturas, cuyo provecho suele impedir la disipa-

cion, forma el reflexivo una biblioteca, que el polvo ni la polilla pueden destruir. El cerebro retiene los hechos y el corazon los sentimientos.

No debe causar admiracion que tantos conocimientos adquiridos esten allí como en depósito, y siempre prontos para producirse á la menor insinuacion. *Yo tengo imágenes distintas de todo lo que he leido*, dice el elegante Fenelon, *y creo verlo todo aun cuando ya no existe. El cerebro es el gabinete de los pintores, cuyas pinturas se remueven y ordenan á gusto del alma, que es la señora y el árbitro de todo el edificio. Yo hallo dentro de mí mismo una coleccion de innumerables imágenes, sin haber pensado jamas en gravarlas ni coordinarlas. Todas estas imágenes se retiran, y se presentan como yo quiero sin alguna confusion. Las llamo de nuevo, y al instante vienen; las despido, y luego se retiran, y yo no sé á donde, y las tengo siempre á mi disposicion. ¡Que extension tan vasta y dilatada hallo en mí mismo! Cuando me paseo por ella hallo mas es-*

pacio que en todo este universo expuesto á mis ojos. ¿No seria yo pues enemigo de mi propio ser y felicidad si no tuviera cuidado de habitar con una alma, cuya comunicacion me procura tan grandes utilidades?

Estos provechos, como ya la hemos visto, no se limitan en nosotros mismos. Nuestras meditaciones sobre los entes espirituales y corporales con que enriquecemos despues al público sirven para apartar á los hombres de sus nonadas y frioleras. Y asi el alma, siempre amiga de la sociedad, por lo comun no se aleja de ella sino para servirla mejor, y trabaja solo en formar discípulos. Siempre se halla alguno, que penetrado de su solidez se separa de la multitud, y prefiere el honor de darse á conocer á la posteridad, al de tener correspondencia y fama entre sus contemporaneos.

La conversacion interior nos hace hombres de todos los siglos, y la exterior hombres solo de algunos dias. La primera nos hace independientes de un festin, de un espectáculo y de

un juego, y la segunda nos sujeta á ellos, de modo que nos consumimos cuando no podemos disfrutarlos. ¿No es un gran bien ignorar esa multitud de necesidades imaginarias que se contraen en el comercio de la vida, y que por consiguiente son otros tantos tiranos que nos reducen á una infeliz cautividad? Nosotros tenemos demasiadas urgencias y necesidades reales sin que inventemos otras, y nuestros sentidos han usurpado demasiado terreno. Solo al alma le pertenece decidir y resolver como soberana sobre las necesidades de la vida: su decision nos enseñará á no mirar nuestro cuerpo sino como un esclavo, y la muerte que ha de separarse de él como una verdadera libertad. Entonces perderemos todas aquellas formidables ideas que tenemos del sepulcro, y no le miraremos ya sino como el lugar afortunado, en el que hemos de depositar algun dia los lazos que nos tenian atados á la tierra.

No hemos de apreciar como una pequeña victoria, la de elevar á los

hombres sobre los horrores de la muerte, y convencerlos de que ella es una verdadera ganancia. La memoria de nuestro último fin ha sido casi siempre el escollo de la firmeza y valor de los héroes. Uno que desafiaba á todo el universo, é insultaba á la muerte á la frente de ejércitos, tiembla á la vista de un secreto peligro. La constancia del mayor número de los héroes es una virtud de máquina que se desmonta y desarma por el desórden del menor de sus muelles. Necesitamos cuando menos las lecciones de un Ser inmortal para hallar consuelo en nuestra mortalidad. Los hombres siempre adheridos á este torbellino de polvo que nos circunda, y que bien pronto se reunirá al que pisamos, se forman lazos y fuertes ligaduras de sus honras y riquezas. Engruesan su propio ser, incorporando consigo mismos los palacios que habitan; los criados que los sirven, y los equipages que, mas que los llevan, los arrastran. Estos tales dicen, *mi castillo*, *mi quinta*, *mi coche*, *mis criados*, con

mucha mas complacencia que nombrarian á su alma.

Una dignidad ocupa el entendimiento de aquellos que tenemos por mas sabios, y una comedia ó baile divierte á los mas insensatos. El alma no logra cortar estas ataduras, sino porque insensiblemente se coloca en lugar de las riquezas y de los honores que hemos dicho. Ella suplanta, digámoslo asi, aquellos entes corpóreos, asegurada de que tiene poder para desagraviar ampliamente á cualquiera que la busca y se aconseja con ella. ¡Cuanto no se gana en semejante permuta! Se pierden unos placeres imaginarios, y se consiguen otros reales, y mucho mas sólidos: nos separamos del comercio de la mentira, y logramos el de la verdad: dejamos una tierra que se traga á sus moradores, y pasamos á habitar un lugar lleno de delicias. Alli, superior el hombre al rumor de los chismes, y á la fealdad de las calumnias, solo se ocupa en la consideracion de sí mismo, y deja al mayor número de los humanos

en medio de su malicia y frivolidad.

Todos debemos representarnos aqui aquellos círculos ó corros fastidiosos en donde una tropa de mugeres con el auxilio de *sí*, *pues*, *mas*, *cómo*, *por qué*, vierten nonadas, fatigan á los circunstantes, desuellan á los ausentes, y asi pasan los dias en chicoleos, embustes y chismes. Hoy os acusan y mañana os justifican. Ve aqui como viven muchos mortales víctimas de la indiscrecion y de la curiosidad de un sexo que aunque es respetable, lo seria mucho mas si hablara mucho menos. Pero confesemos de buena fe: ¡Eh! ¿y por que hemos de avergonzarnos de decirlo? ¡Cuantos hombres hay que parecen mugeres!

Si la conversacion del alma nos ahorra estos contratiempos, tambien nos quita el conocer algunas personas amables que alguna vez suelen ser un gran beneficio. No hay quien contradiga que no hay cosa mas dura que la inevitable necesidad de separarnos, ó por ausencia, ó por la muerte de aquellos á quienes amamos. La sole-

dad interior nos pone al abrigo de estas penas que todos los dias encuentran las dulzuras de la vida. ¡Cuantas personas hay que solo se ocupan en extender y aumentar una cadena de desastres y contratiempos, agregando los de los otros á los que ellos se tienen! Porque por grande que sea la satisfaccion que se experimente en asociarse á los amigos, nadie puede ignorar que entonces entramos en una sociedad de penas é inquietudes, y en una carrera de disipacion. Si ellos padecen, padecemos, si lloran, lloramos, y ve aqui nuevos dolores, nuevas lágrimas y nuevos engorros que por lo comun son la única recompensa de nuestra aceleracion en conocer y cultivar el amor de los otros. El que vive menos consigo, gusta menos del reposo, no siendo el mundo entero sino una asamblea tumultuosa de negocios, solicitudes y trastornos, en los que al parecer ninguno respira sino para suspirar.

Ademas de esto, es respetar á los hombres usar de su comercio con so-

briedad. Hay muy pocos entre ellos que no pierdan mucho en ser observados. Frecuentemente una simple entrevista hace que se desvanezcan todas las ideas favorables que se tenian de algunas personas muy bien conceptuadas. Caese la máscara, dice Roseau, el hombre queda y el héroe desaparece. ¿Cuanto mérito no añade el intervalo de los tiempos y de los lugares á aquellos mismos que se nos proponen por modelos? Juzguemos de los hombres del propio modo que de las perspectivas; es preciso verlas á una distancia proporcionada: sin esta precaucion aborreceremos al género humano, y nos veremos precisados á cada instante á retractar los respetos y obsequios que tributamos á los unos y á los otros, y á sustituir menosprecios en vez de la estimacion que hicimos de ellos.

Hay una situacion del alma que nos hace adustos y melancólicos, y que parece mas bien aniquilamiento que existencia, á lo que damos el nombre de enojo; pero este enojo se disipa, ó

por mejor decir jamas tiene lugar cuando conversamos con nosotros mismos. El alma, pasando sucesivamente de una idea á otra, sabe mezclar lo agradable con lo útil, y hace que sucedan á las reflexiones profundas las graciosas que nos alegran, y nós desagravian de la privacion de las sociedades ó concurrencias.

¿Que será de nosotros en la vejez si no hemos hecho nuestra delicia el estar con nosotros á solas? ¡Ay de mí! Entonces como sombras lloronas, y sepulcros movedizos nos veremos abandonados de todos, y esta soledad será un preludio de la del sepulcro. El hombre al contrario, que desde la juventud halló gusto en habitar con su alma, y conversar con ella, la halla entonces como una amiga anciana que ocupa el lugar de todas las sociedades: ella se le hace mas sensible y mas amada, conforme va perdiendo alguno de sus sentidos. ¡Este es el feliz socorro que nos agencia la *conversacion con nosotros mismos*! En medio de nuestros mayores males sus-

pende nuestros dolores, aparta nuestra atencion de una llaga ó de un tumor para aplicarnos tenazmente á cosas que ella inventa, ó de las que conserva la idea. ¡Cuantas veces nuestra imaginacion ha amortiguado una sensacion penosa!

Ahora viene al caso el hablar de un estudio por desgracia ignorado, y sin embargo muy útil: esto es, el estudio de nuestro propio temperamento. ¡Yo no sé como vivimos sin saber cuál es la constitucion de nuestro cuerpo y cuantas sus fuerzas! El hombre que discurre consigo mismo debe hallarse en estado desde la edad de veinte y cinco años, de remediar muchas dolencias regulares que se suceden unas á otras. Respeta al médico ahorrando pasos, y no se atreve á llamarle para su socorro, sino en situaciones críticas y peligrosas en que la razon no tiene ya libertad. ¿Puede un piloto, cumpliendo con su obligacion, abandonar el timon de su bajel cuando está con todo su juicio? ¿Cuantas personas tienen habilidad para hacer

de unas niñerías enfermedades muy serias por el aparato con que han querido curarse? La tierra está cubierta de simples maravillosos; el sabio nos remite á ellos como al manantial de los remedios y secretos; estudiemos en conocerlos en vez de entregarnos á la ciencia agena: de este modo le excusaremos á nuestra alma aquella opresion cruel, á que la reducen la multiplicidad de los remedios, y no dependeremos de un socorro extrangero.

Estas son otras nuevas utilidades de la conversacion interior: utilidades que hacen tolerable el instante mas crítico de la adversidad. ¿Nos separan con violencia de nuestros placeres y de nuestros bienes? pues en tal caso no tenemos ya sino nuestra alma que se ofrezca á nosotros por todas partes. ¡Ah, y que alma! Entonces nos parece que la palpamos, y que se transforma en mil objetos mucho mas excelentes que los que hemos perdido. Hagan espantosos estruendos las tempestados sobre la cabeza de un hombre disipado ó mal entretenido: véa-

se abandonado de sus deudos ó amigos, y despojado de sus bienes, vele ahí perdido y sin socorro. La desesperacion será entonces su único recurso; le faltan las fuerzas para soportar sus contratiempos; pero desplómense todas estas tempestades repentinamente sobre el hombre interior, y en él no se verá sino la superficie de sí mismo afligida; pero la firmeza de su espíritu estará siempre ilesa.

No, no quiero yo otra escuela para instruir bien al hombre sobre sus urgencias y deberes sino una *conversacion consigo mismo*, regularmente entretenida ó conservada. El militar aprenderá en ella, que nunca la afeminacion fue cuna conveniente para los héroes, y que vanamente chispea la sangre, y busca ocasiones de darse á conocer, si la obligacion no está señalada, y la voz del príncipe no lo ordena. El ministro se considerará digno de lástima desde el instante mismo que se perdió á sí propio de vista para cuidar de los otros. El soberano mirará á su propio corazon

como el asilo de sus vasallos, y que todos tienen derecho de hallar su morada en él. El filósofo conocerá que debe desconfiar de su ciencia, y temer la suerte de aquel animal desgraciado que no se aprovecha de la luz sino para abrarse en ella. El crítico sacará aquella urbanidad verdaderamente enemiga de toda disputa, y aquella equidad que tiene siempre en el fiel la balanza. El poeta y el orador adquirirán aquel gusto delicado que con razon debe llamarse la armonía de las palabras y de los pensamientos. El hombre en fin, cualquiera que sea, se hace un prudente y un sabio luego que despojado de sus pasiones y sentidos, se entrega totalmente á su alma y á sus reflexiones.

¡Ay de mí! sin vos, alma querida, obra maestra del Criador, el universo seria como si no existiese; sin vos no habria deleite alguno en los sonidos, ni hermosura en las flores; se ignoraria sin vos hasta el nombre de las ciencias y las artes: pedazos de piedra ocuparian el sitio de nuestras sun-

tuosas ciudades: abrojos y espinos ofuscarian nuestros jardines, y los hombres confundidos entre todo género de animales, roerian la yerba con la cabra, y andarian arrastrando con la culebra.

Te sine, nullus bonos rebus.

Cuan vanamente un autor temerario que acaba de salir al teatro, y de asociarse á los bellos ingenios de nuestros dias, pretende honrar nuestras manos, concediéndoles la preeminencia sobre los animales: nosotros sentimos interiormente una inteligencia que dirige nuestras manos, y que nos aplica á una obra mas bien que á otra. Seria muy conveniente que los que escriben semejantes simplezas y necedades fuesen realmente gansos: entonces estarian nuestras bibliotecas mejor surtidas, y nuestros incrédulos no se ofrecerian á la vergüenza del público para ser la irrision y mofa de la posteridad, que este y no otro será su destino.

CAPÍTULO IV.

De los placeres que se disfrutan en la conversacion consigo mismo.

Los placeres con que se nutren ó paladean casi todos los mortales, no son mas que unos atractivos engañosos, propios para alucinar los sentidos, pero incapaces de llenar nuestro corazon. No hay objeto en el mundo que deje de instruirnos, ó con su vacío, ó con su nada. Si gustamos el placer sin moderacion, dice el autor del Anti-Lucrecio, no podemos contenernos, y si templamos su actividad lo disfrutamos sin deleite.

Verdaderamente es locura que el hombre se entregue á esas alegrías pasageras que le sacan de sus casillas, cuando tiene en el fondo de su alma una felicidad verdadera. Puede sacar de este manantial ó depósito fuerzas con que afirmarse contra las revoluciones de esta vida, y con que contrarestar los apetitos y preocupacio-

nes. El mundo está tan lleno de amarguras que uno de los mayores placeres consiste en no tener inquietudes. Si el mas rico de los mortales intentara calcular sus pesares, excederia con mucho el número de estos al de las mayores riquezas y tesoros: los que vieran, si fuera posible, al nacer la pintura de toda su vida, no pensarian sino en volver inmediatamente á la nada de donde venian.

Con mucha razon dijo un poeta, que los cuidados revoloteaban al rededor de los techos dorados, y que se paseaban en soberbios equipages y carrozas. A un objeto agradable que regocija la vista, suelen desbaratarlo otros muchos que la maltratan. Abranse las cartas del mayor número de los hombres, descúbranse sus pensamientos, y examínense hasta sus mismos sueños, y por todas partes se hallarán rasgos de algun pesar que los roe y aun devora. Si no consultamos al alma antes de escuchar á los sentidos, creeremos voluntariamente á la primera vista que ellos no pretenden

sino nuestra felicidad: pero son como las avejas que guardan siempre el aguijon en medio de la dulzura de la miel y de las flores. De aqui es, que no debemos esperar verdadera paz, si por desgracia seguimos el dictámen de nuestros sentidos como ministros de nuestros placeres. En tal caso nos verémos abandonados al desalumbramiento de las riquezas y de los honores, y á toda la disipacion de las compañías.

Por mas que los hombres refinen sus placeres y llamen en su auxilio la delicadeza de la sensualidad, nunca se verán satisfechos mientras consideren la sociedad de su alma como lo mas enojoso. Hay mil ocasiones en que uno se ve precisado á volver sobre sí, aunque con disgusto. ¡Con que aceleracion no retrocedieramos á nuestro propio corazon, si hicieramos de él la morada de nuestras delicias! Entonces no dependeria nuestra felicidad de la complacencia ó capricho de nuestros vecinos. ¡Que huyan de nosotros, ó que nos busquen, qué impor-

ta! Nos reiriamos de aquellas personas que van y vienen como volcanes, que hoy nos acarician y mañana hacen la vista gorda.

La desdicha está en que la fuerza de las pasiones embota el placer puro y verdadero que el alma alimenta en nosotros. Las pasiones tienen el poder de persuadirnos que la reflexion nos hace desgraciados: de aqui resulta que en medio de los disgustos querriamos alguna vez volver sobre nosotros y no tenemos valor para ejecutarlo: solo formamos veleidades incapaces de inspirarnos valor; pero cuanto es mas dificil esta tentativa, mas debe aplaudirse cuando se logra. No se tarda mucho en conocer la infinita distancia que hay entre las satisfacciones y gustos del mundo, y las que tenemos dentro de nosotros mismos. El corazon como descargado de un peso enorme, se dilata con toda satisfaccion, y la imaginacion en medio de una calma dichosa explaya agradable sus ideas.

Todos los hombres tienen dentro

de sí tres medios oportunos para hacer su dicha; el pensamiento actual, la reminiscencia de lo pasado y la esperanza de lo venidero. Si lo uno les turba pueden de ello sacar su diversion, retroceder á la otra, ó volver la cara á lo que puede venir mañana mas favorable. Conduzcámonos mas allá de lo presente cuando sintamos algun pesar ó disgusto; anticipemos el juicio que formaremos entonces, y nos parecerán nuestras penas quiméricas ó muy llevaderas.

Hay personas que estan muy sobre sí, y saben dominarse para ahuyentar pensamientos morosos que podrian afligirlas, y solo eligen las que han de alegrar al alma. Si las ideas corporales intentan sobresaltarles, la idea de la eternidad las afirma contra los rigores de un contratiempo que inmediatamente se desvanece; la idea de la inmensidad los hace absolutamente insensibles á las censuras ó juicios siniestros de un mundo, que no es mas que un grano de arena para sus ojos: la idea de lo infinito aparta

de su presencia tantas grandezas que no son sino sombra. De este modo se aprende á descomponer el universo, y á no retener sino lo que puede contribuir á nuestra felicidad.

Es preciso persuadirnos que si la imaginacion no forma á lo menos la mitad de todo lo que llamamos placeres, no hallaremos sino disgustos en el regazo mismo de las delicias. Sin contar la multitud de proyectos que perpetuamente nos traen agitados, y que comunmente nos acompañan hasta el sepulcro, jamas los gozamos ni en el tiempo ni del modo que los hemos deseado. Si, por ejemplo, llegamos á alguna dignidad que nuestra ardiente ambicion solicitaba, viene á ser despues de haber muerto nuestros parientes ó amigos, á quienes quisieramos tener por testigos de nuestra elevacion, y con quien deseabamos repartir nuestra fortuna. La idea de lo venidero, en la que siempre vamos errados, casi sin llegar jamas á ella, nos impide fijarnos en lo presente, que es lo que únicamente podria ser el

instante de placer. De este modo nos disponemos á ser dichosos y no lo conseguimos; solo en la conversacion consigo mismo se aprende á congregar bien unidos todos los tiempos, á fin de retener de ellos lo que únicamente pueda consolarnos. Debe considerarse el pesar como absolutamente incapaz de remediar el menor mal; pero asi como oportuno para exasperarlo.

Muchas veces reflexiono yo, (y esta reflexion es para mí mucho mas agradable que todas las riquezas y los honores) que dentro de muy pocos dias no quedará rastro alguno de las cosas que me atraen y enamoran acá en la tierra, y que, prontamente separado de esta vida y ya enterrado, tendré la misma suerte que los mayores monarcas, y que no habrá otra diferencia de ellos á mí, cuando mas y mucho, que un vano é inútil mausoleo. El espíritu que reflexiona va idealmente al sepulcro de un grande á quien acaban de enterrar, y alli le dice como con burla: ¿que haces

ahí? dame, dame ahora alguna señal de tu grandeza. No es necesario para nuestro consuelo sino esperar algunos dias, y nos veremos vengados del necio orgullo que nos importunaba.

¡Ay de mí! ¿Que es la vida mas larga y la mas brillante? Acaso diez ó doce mil dias, si cercenamos la infancia, el sueño y las inutilidades, y aun mas, estos mismos dias son continuamente atravesados por engorros, disgustos, achaques y sobresaltos.

No hay hombre en el mundo por desgraciado que sea, que sobre veinte y cuatro horas que tiene la noche y el dia, no goce, durante diez y ocho á lo menos, la misma dicha que el soberano. El cielo le ofrece el mismo espectáculo, y la tierra las mismas riquezas, si no con tanta abundancia, con mas tranquilidad. Él duerme, come, y se pasea como el potentado, que cree que el mundo se ha hecho para él solo. Es cierto que el pobre no tiene guardias que le ro-

deen, ni cortesanos que le adulen, ni palacios que le embelesen: de este modo les cercenamos de las diez y ocho referidas, seis horas para saborearse en esta fingida felicidad. Puede ser que juzgándolo todo con equidad hallemos que la suerte del potentado es mucho mas miserable que la del pobre: estaba por afirmarlo; pero es preciso concederle algo á la preocupacion en un mundo que no acierta á persuadirse que un monarça nó puede ser desgraciado.

Sin embargo, no será fuera de propósito traer aqui las palabras dignas de memoria de la reina cristiana de Suecia, que para vivir consigo mismo renunció generosamente su corona de edad de veinte y siete años: de este modo se explicó: *Yo he poseido sin ostentacion, y me desapropio con facilidad: no tengais cuidado de mí: porque mi bien no está en manos de la fortuna... Jamas me arrepentiré de haber comprado el reposo que dìsfruto á precio de una corona y un cetro: no temais que ultraje con un cobarde arre-*

pentimiento una accion que me ha parecido tan bella. Ciertamente yo no habria dejado los bienes que me habia dado la fortuna, si los hubiera creido necesarios para mi felicidad.

¿Cuantos reyes tenemos en la historia que hicieron sus delicias el confundirse con sencillos pastores? Estos tales corrian presurosos á buscar en las cabañas un placer que se ignora en los palacios. Es preciso persuadirse, que esos bienes y esos honores que creemos hacen la felicidad de los príncipes, no les merecen el mayor afecto. Cualquiera se acostumbra á vivir en medio de las delicias sin gusto y sin contento.

Hay una compensacion admirable en esta vida de bienes y de males, de penas y placeres. Los hombres que gozan riquezas y honores no tienen por lo comun ni la satisfaccion del corazon, ni los sentimientos que éste inspira: los otros que viven sin dignidades y sin tesoros, hallan dentro de sí mismos lo que por fuera les falta: sienten una alma, que por su no-

bleza, y con su tranquilidad los desagravia ampliamente. Examinemos de este modo el universo como dividido en dos partes: veamos por cada lado la balanza, é inmediatamente decidiremos y preferiremos la paz y el buen corazon sin fortuna, á la fortuna sin buen corazon ni paz.

Basta, suele decirse, darle á este ó al otro dinero para hacerle dichoso; pero basta tambien darlo á otros muchos para hacerlos desgraciados. El dinero no tiene fuerzas por sí mismo para hacer la dicha de los humanos: el daño está en que siendo un alivio de sus necesidades, los hombres han agregado á su posesion una felicidad que deben buscar en otra parte. ¿Cuantos ricos hay que querrian á precio de todo su oro comprar la alegría que disfruta un pobre paisano? Procederiamos mucho mejor en aplicar nuestra aritmética natural á este cálculo de placeres y pesares que á números estériles que por lo comun solo sirven para fatigarnos; este es el verdadero medio de poner en libertad á nuestra alma.

¿Puede hallarse una libertad mas digna de nosotros que usar de los objetos que nos rodean como si no usaramos de ellos? Título precioso que nos distingue enteramente de los irracionales. La conversacion con nosotros mismos nos concede el privilegio de librarnos hasta un cierto punto de las miserables necesidades de esta vida, del propio modo que de una compañía de quien podemos disponer á nuestro arbitrio. ¿Nos importuna el temor? entretengámonos con la esperanza: ¿se fatiga el entendimiento en la investigacion de alguna verdad profunda? consultemos con nuestra imaginacion, y encarguémosle que nos divierta. Inmediatamente dócil á nuestros deseos, finge mil agrados que todos distraen y todos encantan. Como sus derechos se extienden hasta los muertos, ella nos los trae á la memoria al instante, mucho mejor que todo el arte de los pintores y escultores: aparecen sus mismas personas animadas, las que nos causan particular gusto al volver á verlas.

¿De que socorro no es la memoria en la amable conversacion con nosotros mismos? La lectura de una obra que nos arrebató hará como unos diez años, hasta los juegos que usabamos cuando niños, todo se renueva y renace: nos saboreamos tambien hasta con aquellos primeros placeres inocentes. De este modo nuestra alma siempre ingeniosa en ocuparnos, reune lo venidero con lo pasado, dos extremidades tan diferentes, para hacernos lo presente mas agradable, cuando no tiene en sí mismo con que satisfacernos.

Fuentes deliciosas, prados floridos, cuestas llenas de verdor hermoso, no sacamos de vosotras nuestra dicha: flores que se marchitan, aguas que se agotan, no puede fijar nuestra felicidad; pero esto no obstante, ¡que placeres no hallamos entre vosotras cuando solo el hombre consigo mismo va por vuestros senderos, ó se pasea por vuestras márgenes! ¿La conversacion con los hombres valdrá tanto como el libro de la naturaleza donde todo se

instruye y todo encanta? ¿Que motivo tendria en otro tiempo un célebre personage para llamar á las hayas y encinas sus maestros, sino porque hallaba entre ellas causa para profundas meditaciones? Pudiera decirse que del seno de las ondas y del horror, y denso follage de los bosques, sale una voz secreta que nos habla y nos convida á la contemplacion de semejantes objetos. Uno se siente como transportado repentinamente á aquellos tiempos dichosos en que los primeros hombres, sin otros techos que las ramas de los árboles, y sin otras cortinas que la sombra de los arrayanes ó bojes disfrutaban las delicias de una vida absolutamente campestre. Uno relee sobre el tapiz del cesped y sobre lechos de conchas y flores las magníficas églogas de Virgilio que jamas perecerán.

De esta conversacion con las plantas y arroyuelos nacieron tantas historias naturales tan dignas de nuestra admiracion, como lo son las perspectivas de bosques, prados y selvas que

forman las maravillosas pinturas verdaderos primores del arte. No es dudable que un silencio profundo interrumpido solamente por el murmullo de los zéfiros y fuentes, favorece mucho á la conversacion interior. Todos amamos la paz, y no podemos dejar de alegrarnos donde quiera que habita. Entre todos los ejemplos que podemos dar de los placeres que cada uno goza en sí mismo, ve aqui uno capaz de hacérnoslos desear.

Dos mancebos extrangeros extraviados en otro tiempo por medio de unos bosques, llegaron á una especie de castillo ó fortaleza, cuyas colinas y peñascos, al parecer defendian la entrada: esta era la ermita ó morada de un dichoso filósofo, que disgustado del mundo desde sus tiernos años, no se habia acompañado sino con las aves y los ecos de los montes: al mirar su barba ya blanca, su talla magestuosa, pero ya encorbada, infundia no menos admiracion que respeto. *Oh amables extrangeros*, exclamó el filósofo; *ochenta años hace que vivo*

desterrado en este ángulo de la tierra, (tenia ya mas de ciento) *vosotros sois los primeros mortales que he visto en todo este tiempo. ¿Que fortuna os ha traido aqui? ¿Como venis á visitar un anciano, á quien sus parientes cuentan ya en el número de los muertos, y á quien ellos mismos no conocen sino por lo que atestiguaron personas que ya quizá no existen?* ¿Preguntóles qué costumbres andaban por el mundo, si amaban todavía tenazmente los hombres las riquezas, y si corrian tambien ansiosos tras la fantasma de los placeres? El tono de la voz y el movimiento de los ojos eran tan felizmente expresivos, que se hacia escuchar como si fuera un oráculo de los antiguos. Apoyado sobre un baston de marfil, condujo á sus nuevos huéspedes al jardin que él cultivaba.

¡Que no pueda yo trasladar á esta descripcion toda la amenidad de aquel lugar! Los frutos al parecer disputaban la hermosura de las flores: la púrpura de las violetas la cedia á las uvas; los mirtos se enlazaban con los

naranjos, y formaban asilos impenetrables del sol. De una gruta rústica, en la que el arte no se atrevió á prestarle nada á la naturaleza, salia una agua limpia, cuyo cristal se derramaba en un canal revestido de piedras simples y sin adorno. La cima de la gruta estaba cubierta de arbustos verdes, que la hacian sombra, y el canal guarnecido de árboles bien poblados.

Ved aqui, dijo el anciano, *el teatro de mis placeres inocentes: estos son mis espectáculos, mis fiestas y mis tertulias. Yo me ocupo en cortar estos tejos y estos pinos que yo mismo he plantado mas hace de sesenta años: yo los amo como si fueran mis hijos. De mi propia alma saco á cada instante el caudal de mis placeres. Yo no tengo tinta ni papel, no tengo mas que mi propio corazon, en el que yo he grabado las dulzuras de mi soledad. Mirad esa tierna encina, amables extrangeros, ella es depositaria de mi epitafio, ayer mismo le esculpí yo en su tronco como un convite que le hago á la muerte que espe-*

ro y como la solemne despedida de mi vida, de esta fuente y de este jardin.

Nihil mi rapuit mors.
Opimus tamen afluxi;
¿Unde tam bona sors?
Mecum vixi.

TRADUCCION.

Nada usurpó la muerte,
Fui siempre opulento y rico:
¿De donde vino tal dicha?
De haber vivido conmigo.

Cada mañana luego que despierto me doy la enhorabuena de haberme apartado de los mortales: me los represento á todos sepultados en un profundo sueño, cuando yo estoy contemplando la aurora y todo su esplendor. Ese brillante espectáculo, formado solo para los humanos, y sin embargo, ignorado del mayor número de ellos, me arrebata y me hechiza. Yo me lastimo al considerar que van corriendo con tanta aceleracion á las decoraciones teatrales, vanos simulacros de su orgullo, y

de que nunca admiran las hermosuras de la naturaleza, verdaderas obras del Criador.

Cuando hubo ya llegado el instante de su despedida, *idos*, dijo él, *de aqui, amables extrangeros, partid, y volved á ver las vanidades del mundo, mientras yo voy á cavar mi sepulcro en medio de estos tiernos álamos. Alli, separándome antes de mucho de las criaturas, espiraré en el regazo de la paz que siempre he disfrutado: y con la dulce memoria de haber preferido la conversacion de mi alma á la de todos los humanos. ¡Ay de mí! ¿Que habria hallado yo entre ellos? Vicios incensados, virtudes menospreciadas, vanidades ostentosas y mentiras brillantes. Habria pasado mis dias sumergido en un abismo de embarazos y negocios, y aqui no se há interrumpido mi silencio sino con el zumbido de las abejas y el dulce gorgeo de las aves.*

No hay lector de este pasage que al pronto no quisiera estar en el lugar de este dichoso anciano. Todos los hombres no han nacido para desterrarse

de este modo de la sociedad; pero es muy cierto que todos si quieren ser felices, deben vivir dentro de sí mismos. Cuando el hombre se entrega á esta conversacion la vida parece un solo instante. ¿No vemos á un matemático ponerse pálido contemplando una línea ó un punto, y hallar mas deleite en esta aplicacion que en las fiestas y espectáculos? ¿El profundo Malebranche no hizo sus delicias de renunciar, digámoslo asi, la luz del sol para buscar mas cómodamente la de la verdad? Sin otro libro, y sin otro socorro que él mismo, supo disfrutar el deleite mas perfecto y mas puro. En vano intentaron apartarle de sus reflexiones y de su amada soledad para llevarle á los placeres y á los honores: embriagada su alma con el placer de estar consigo, ni aun creia que pudiera haber otro en el mundo. ¿Que satisfaccion, por ejemplo, no tiene un autor que arrojando al público sus propias tareas, las sigue igualmente por las ciudades y aldeas, en donde alguna vez fijan la

atencion de un jóven, y tambien se hacen la diversion de un sabio?

Si acompañaramos á un poeta al pasearse por los senderos de algun prado ó floresta, le veriamos derramar sus pensamientos sobre todas las hojas y las flores; se cree mas dichoso en haber hallado un consonante ó una ficcion, que si hubiera encontrado un tesoro. El célebre autor del Anti-Lucrecio no halló mas seguro medio para mitigar el enojo de sus viages que trabajar el excelente poema con que nos ha enriquecido. La felicidad de cada hombre es relativa á sus inclinaciones y á su estado: hay quien la cifra en una estátua y pintura, haciéndose ellos mismos pinturas y estátuas á fuerza de contemplarlas: hay otros que la fundan en una parte de placer. Pero por agradable que sea la vida de los voluptuosos, jamas se librará de una cierta melancolía que se experimenta despues de la disipacion.

Un espectáculo no puede durar siempre; el juego mas entretenido se

acaba; la fiesta mas lucida se concluye. Ve aqui el instante crítico para el hombre de placer: entonces, ó poco satisfecho ó cansado, huye de sí mismo, y solicita recaer sobre algun otro objeto; pero la conversacion con nosotros mismos siempre tranquila, y siempre uniforme, ignora aquella cruel alternativa de contentos y disgustos. Con el arte y maña con que sabe representar todo lo que le agrada, goza de la armonía de los conciertos, y de la magnificencia de las decoraciones sin sentir desagrado alguno. Vanamente intentarán disimular su disgusto los placenteros, pues se sabe que no hay fiesta sin enojo: los preparativos son admírables en cualquiera funcion, y el usufruto es insípido. Si por casualidad el espíritu se halla satisfecho, el cuerpo sale fatigado. En cuanto á los placeres del alma, bien lejos de engañar á los que los aprecian, dan todavía mucho mas gusto del que prometian, y su moderacion conserva la salud.

No se crea que es llevar los hombres á la *misantropía*, el llevarlos á que entren en sí mismos. La conversacion interior nada tiene que no sea dulce y hechicero. ¿No han sido sus satisfacciones y gustos los que han concedido á tantos oradores y poetas las flores inmortales que han derramado en sus escritos? ¿Aquellas gracias sencillas, aquellas agradables ficciones, y aquellas sales y agudezas que hay sembradas en tantas églogas, elegías y cartas, dan á entender que el comercio del alma es un comercio de enojo y tristeza? La soledad no exaspera el genio sino á aquellos que se apartan de las compañías, y del trato solo por enfado ó por mal humor: no es su alma la que los inquieta, sino la melancolía que llevan consigo.

¿Cuantas personas hay que en medio de las mas risueñas y festivas concurrencias tienen unas caras tristes y macilentas? La dependencia en que vivimos con nuestro cuerpo desgraciado, influye hasta en nuestras ideas

estas son lucidas ó sombrías, conforme la salud que gozamos, de modó que el espíritu viene á ser burla, y aun esclavo de la materia, si no tenemos la precaucion de resistir á innumerables impresiones sensibles. Pero por mas que busquemos medio ó arbitrios para librarnos, no hallaremos otros mas eficaces que los que nos procure la conversacion con nosotros mismos: esta es la que nos hace superiores á nuestro propio cuerpo, y la que nos desprende por una privacion anticipada de todo objeto material.

Cuando habito conmigo, conforme al consejo del sabio, me hago mayor que todas las cosas que al parecer pueden abatirme: no reconozco otros bienes que los eternos: hallo á mis amigos ya muertos dentro de mi propio corazon donde ellos viven, casi otro tanto como vivian en sí mismos: miro á sangre fria y con suma indiferencia los engorros y molestias de un mundo casi siempre inquieto y alborotado: considero cada herida que

recibe mi cuerpo como una correspondencia de la inmortalidad que espero: desprecio las calumnias como indignas de llamar la atencion de una alma nacida para la verdad, y huyo los honores como una esclavitud terrible.

Oh! vosotros que os fatigais en busca del verdadero placer, que consumis inútilmente vuestra juventud sumergidos en juegos y espectáculos, volved, volved sobre vosotros mismos, y asid la dicha que se os huye. Ella está dentro de vosotros. No siempre puede el hombre lograr los placeres exteriores; pero no puede desprenderse de la imaginacion la esperanza y el deseo. ¡Que diferencia tan grande entre una felicidad fundada sobre estas facultades, y unas satisfacciones dependientes del capricho ageno ó de una fiesta, y de un concierto que pueden desbaratar mil contratiempos! No, no hay otra dicha que aquella que siempre adherida al alma nos acompaña por todas partes.

Un placer que se deja y se vuelve

á tomar, que se pierde y vuelve á hallarse, deja grandes vacíos en nuestro corazon, que el pesar, ó cuando menos el enojo no pueden reemplazar.

No me hableis, decia en otro tiempo Menagio, *de la pretendida felicidad de los ricos y de los grandes, ¿por ventura puede hermanarse la verdadera dicha con la quietud y el fausto? Llevar un vestido de color de muralla, no ocupar puesto alguno, no apropiarse sino imaginariamente esos palacios y esos jardines de quienes el extrangero goza mucho mejor que su propio dueño; no conocer antecámaras ni cortes, este es el único medio de vivir contento.*

Sin duda el comercio del mundo no permite á todos los hombres seguir este plan; pero aquel que no pueda conformarse con él, confiese á lo menos su servidumbre y sus embarazos. Cuantos mas criados tenemos manifestamos mas y mas que somos débiles y necesitados: cuanto mas grandes son nuestros palacios, preciso es parezcamos mas pequeños. Un espacio

de seis pies es toda la inmensidad de un príncipe, de un héroe, lo mismo que la del pastor mas pobre y humilde.

¿Estas reflexiones no ensanchan y dilatan al corazon? Ellas excitan en nuestro interior un placer puro y sólido, del que acabamos de hablar, y que debe ser el mejor patrimonio de todo hombre que sabe pensar.

CAPÍTULO V.

El alma está mas presente á nosotros que cualquiera otro objeto.

Nosotros, digámoslo asi, hablamos antes de pensar; tan inclinados somos á vestir nuestra alma de alguna cosa material ó corpórea. Las palabras que se apresuran para ocultar nuestro pensamiento nos mueven, y nos agradan mas que el pensamiento mismo: de aqui resulta que no acabamos de persuadirnos que el niño piensa en el vientre de su madre, que necesitamos el auxilio de las comparaciones

terrestres: siempre que discurrimos de la esencia de los espíritus, que en fin, se mira hoy á Malebranche como á un bello delirante ó soñador, aquel hombre sin igual que en el siglo pasado nos juntaba perfectamente con nosotros mismos del propio modo que al Ser increado. La aprobacion que le dieron al principio las escuelas fue el primer grito del alma que aplaudia al vengador de sus derechos.

La idea de la muerte deberia á lo menos hacer que perdieramos la idea de la materia; pero esto no es fácil. Nos figuramos espacios groseros aun mas allá del sepulcro; parece que conocemos mejor los cuerpos que los espíritus: con todo esto, por poco que usemos de la reflexion sentiremos mas cerca de nosotros al alma que á todo cuanto nos rodea.

¿No es mi alma la que dirige el movimiento de mis manos y de mis pies? la que traza la multitud de figuras que describe el cuerpo con tanta agilidad, ¿que me aplica ahora á la composicion de esta pequeña obra? ¿que

somete mis dedos á su voluntad para delinear sus pensamientos, y hablar á los ojos de los demas que me leen? Lo que muchas veces nos parece un juguete frívolo, un simple efecto de la casualidad, encierra un sin número de maravillas que son otras tantas operaciones de nuestra alma. ¿Que seria de las negociaciones y negocios importantes? Todos estos no tendrian vida, si no les asistiera la comunicacion de las ideas, y por consiguiente no anunciaran estas á nuestra alma como señora en algun modo de las leyes, de los estados y proyectos.

Ya nos valgamos del auxilio del pincel para dar vida á un lienzo, ya empleemos el cincel para hacer respirar al mármol ó al bronce, nada hacemos en esto sino explicar nuestros pensamientos. Las estátuas y los retratos no son mas que contornos ó rasgos del artífice: se conoce inmediatamente el genio de éste en la obra que admiramos. El hombre que pinta á otros se pinta mucho mejor á sí propio: él no da á los retratos sino una forma ex-

terior que todos conocen, y manifiesta su propio interior derramando rasgos de su alma en todas las partes de la pintura.

Examínese bien cada accion, paséese nuestra vista con atencion por entre tantas criaturas corpóreas esparcidas por acá y por acullá, y por todas partes se reconocerán las impresiones de nuestra inteligencia. Aqui despoja á ciertos objetos el inútil explendor: alli les presta gracias á los que no las tenian: ya retrocede á tiempos que ya no existen, y ya anticipa los que aun no han venido. Siempre admirable y siempre oficiosa, nos advierte que pensamos aun en aquel mismo instante que creemos no pensamos cosa alguna.

¿Pero donde mejor puede sentirse el alma que en medio de la noche mas profunda? No hallando entonces objetos que la incomoden nos habla á su satisfaccion á menos que el rastro de un dia demasiado perdido no interrumpa su conversacion. En tal caso no es mas que una voz entre oida que

confundida con las ilusiones del sueño forma una absoluta disonancia. Y asi á nadie hemos de acusar sino á nosotros mismos, ó á la circulacion mas ó menos fácil de los espíritus animales, si alguna vez nuestros delirios no tienen consecuencia, y se asemejan á aquellas pinturas todavía informes, en las que no percibe la vista sino leves partículas de un cuerpo sin enlace ni union. Pero siempre es constante que el alma es la única que obra entonces. Cuando soñais, dice S. Agustin (*), os representais alguna vez vuestro cuerpo; pero es vuestra alma. El cuerpo yace, la alma se pasea; la lengua calla, y ella habla; los ojos estan cerrados y el alma ve.

¡Cuantas personas han debido á sus sueños la reforma de su corazon, y entendieron entonces el verdadero

(*) In somnis enim tibi velut corporeus apparebit, neque id corpus tuum, sed anima tua: jacebit corpus, ambulavit ipsa: silebit lingua, loquetur illa; clausi erunt oculi tui, videbit illa. *Ep. ad Egnad.*

idioma de la razon! Si fuera esta ocasion oportuna para examinar el sueño y sus visiones, diriamos que el sueño no es mas que una copia de nuestros hábitos, y aun de nuestros humores; que la noche por lo comun es la representacion del dia: que las visiones, por último, dependen mucho de los alimentos que tomamos, y de la postura en que está el cuerpo; pero dejemos este asunto para los que tienen ciencia y tiempo para tratarlo.

Luego si los hombres fueran menos disipados, y se ocuparan menos en los entes materiales, sentirian su alma á cada instante, y la percibirian como á la parte de afuera. Nuestro gran mal consiste en que el objeto del pensamiento nos ocupa siempre mucho mas que el pensamiento mismo. Cuando por ejemplo, pensamos en el firmamento, nuestra principal atencion se dirige repentinamente á la imágen de un cielo estrellado, y nos detenemos poco ó nada en el pensamiento que se ha revestido de dicha imágen. Esto proviene de que todos

nos dejamos tocar siempre mas de la novedad. Nada ès mas comun en el espíritu que pensar, pero no le es tan comun pensar en tal ó tàl objeto.

No se puede contradecir racionalmente que rodeados de pensamientos, de sensaciones y afectos, vemos nuestra alma en todos los objetos. Amar, sentir y conocer, son las únicas facultades que pueden hacernos gozar del universo. El sonido que yo oigo fuera de mí, está dentro de mí mismo; un cierto sonido encierra un sentimiento de placer; ¿y en donde podrá estar este sentimiento sino en nuestra alma? Todos convienen en que los objetos que nos parecen pintados no tienen colores. Si la púrpura de las flores que admiramos, y que excede á la de los reyes en magnificencia; el verdor y el ornato de nuestros jardines, y el brillante azul, soberbia decoracion de los cielos, salen en algun modo de nuestro espíritu, él es quien por gozar de un espectáculo mas hermoso los viste de tanto explendor. ¿No será suficiente el prisma

para convencernos de esta verdad? Causa sencilla lo mismo que las flores, de los varios matices que nos hace ver, él se atribuiria en vano tan rica variedad.

¿Atreverase alguno hoy dia á afirmar que el calor está unido á la llama? Este mismo sentimiento deberia entonces ser comun á otro cuerpo extrangero lo mismo que á nosotros. Por su medio y por el de los sentidos, que lo palpan, es por quien el alma recibe tales impresiones; pero ella misma es la verdadera causa. Su pensamiento puede llamarse un original, cuyos objetos no son sino copias. El espíritu no se traslada alli donde se hallan los entes corpóreos, como para ir á buscarlos. ¿Le convendria á un soberano tan grande como él es olvidarse de su dignidad, derramarse entre torbellinos de materia que comparados con él son tan viles? No sin duda. Y asi siempre zeloso de sus derechos se sirve de los sentidos para llamar á las criaturas que le rodean, y para prestarles segun le parece diferentes mo-

dificaciones. Esto no es porque el alma tenga alguna figura; ella no es mas colorada que el Ser soberano de quien ella emana: como medianera entre él y los cuerpos, recibe una reflexion de luz que comunica despues á los objetos: su claridad es prestada, pero jamas interrumpida sino por la interposicion de nuestras pasiones que por lo regular forman su eclipse. Al modo de la luna entre tinieblas, no envia los vislumbres que ella saca del sol, hasta que la tierra colocándose entre los dos, nos priva de ellos repentinamente.

Sucede con mi alma, decia en otro tiempo San Agustin, *lo que con un tesoro descuidado y muy poco conocido, de donde salen todos los grados de la luz, todas las armonías, todos los perfumes, todos los colores y todos los gustos.* El alma es depositaria de estas riquezas hasta el instante en que es preciso servirse de ellas: entonces las derrama con profusion, las explaya con magnificencia, y descubrimos un universo útil y agradable. Acordémonos

ahora cuantas veces ha prestado nuestra imaginacion hermosuras y primores que no tenian á innumerables objetos. Esto supuesto, ¿solos con nosotros mismos no podremos representarnos repentinamente prados floridos, árboles verdes, arroyos azulados y doradas arenas? ¿Donde estarian estos colores si nuestra alma no los representara? Esta es una prueba convincente de las maravillas que ella encierra. Abramos los ojos, contemplemos un objeto, y sentiremos á un mismo tiempo que hay alguna cosa en nosotros mas interior que el ojo que mira y examina. Por mas que nos hieran los glóbulos de la luz, no distinguiremos objeto alguno si el espíritu no pone en él la atencion.

Luego las operaciones de nuestra vida no son sino nuestra alma, que parece se varía ó diversifica de mil modos, asi como todas las artes no son sino la naturaleza misma diferentemente configurada. Los sentidos no hacen sino juntar objetos que la alma hermosea: los artífices no hacen otra

cosa sino dar alguna gracia á partes que la naturaleza ha formado, y los unos y las otras son ingratos si desconocen el orígen de donde sacan sus bellezas.

Síguese de todas estas verdades el conocer mucho mejor nuestra alma que nuestro cuerpo, y que es mucho mas fácil demostrar su existencia que la de los entes materiales, porque aunque quisieramos disimularlo no se puede sofocar este sentimiento íntimo: *yo pienso, luego soy*, que no dejaria de advertirlo. Fuera de que el hombre circundado de errores, conoce íntimamente que ha nacido para la verdad; admira la virtud en su mayor enemigo, y desea el soberano bien. ¿De donde le vendria este conocimiento y el gusto por el bien en general, si su alma no tomara á su cargo el ilustrarlo.

¿No podriamos ver en otra parte sino en nosotros mismos la prudencia, la sinceridad y la mansedumbre: estas virtudes no tienen color ni sabor: no son cilíndricas, ni triangulares, y

asi no podrian percibirse por los sentidos: esto mismo sucede con una duda ó una persuasion que no puede decirse redonda ni cuadrada. Hágase lo que se hiciere, es preciso hacer regreso á la alma aunque sea á pesar nuestro. Cuanto mas huimos de ella mas se nos aproxima. Hasta los mismos disgustos y pesares nos declaran su existencia, y desmienten formalmente aquel axïoma, ó mas bien paradoja demasiado acreditada: *nada hay en el entendimiento, que primero no haya estado en el sentido.* El enojo efectivamente no depende ni de los ojos, ni de los oidos, últimamente no es excitado por alguno de los sentidos.

¡Alma querida! si tantos mortales hay que no descubren vuestra espiritualidad, no es porque vos misma no les dais pruebas á cada instante. No hay hombre alguno que no os toque como con la mano, pero las pasiones, y los sentidos oscurecen toda reflexion. Sí, alma toda espiritual, vos os mostrais por todas partes, y por todas partes los hombres distraidos ha-

cen ningun aprecio de veros. Todos los objetos que nos rodean son una refraccion de vos misma, un eco de vuestra espiritualidad, asi como vos lo sois del Ser criador; pero estos objetos hablan á sordos. Vos estais cerca de ellos, dentro de ellos; pero ellos son fugitivos y errantes fuera de sí mismos: ellos viven por vos, brillan á vuestra costa, y viven y mueren sin pensar en vos: ellos se duermen en vuestro regazo maternal, llenos de sueños que los agitan, y que deberian acordarse de vos, y con todo esto ellos no sienten una inteligencia tan superior á su cuerpo. Si vos, alma mia, fuerais una flor que se marchita, un fruto que se corrompe, ó un vil insecto que se pisa, pasarian toda su vida en estudiaros y conoceros. Estos mismos hombres no hablarian sino de vos; pero porque vos estais demasiado dentro de ellos á donde nunca entra su reflexion, sois para ellos un ser oculto, y es que el fondo íntimo de ellos mismos es el lugar mas apartado de su vista. En el extravío en que

viven prefieren la materia mas vil á vuestra belleza. Con todo, esos objetos tan amados de los hombres perecerán, y vos sola triunfareis del fin de los tiempos.

Todo hombre puede conocerse á sí mismo mirando este retrato, y convenir de buena fe, que si el alma no se nos presenta á cada instante; á nadie debemos acusar sino á nuestra disipacion. ¿Cuantas veces nos sucede en el discurso del dia, hallarnos lejos de nuestro propio cuerpo, por la rapidez con que nuestra alma nos lleva á mares muy remotos ó á ciudades y campiñas?. Se cree haber dicho una gran cosa cuando se responde; es la memoria, es la imaginacion; como si esta memoria y esta imaginacion no formasen la esencia de lo que llamamos alma que es el pensamiento. Abramos por Dios los ojos, y veremos nuestra alma hasta en nuestras distracciones.

Yo no sé, dice San Agustin, *como es que alguna vez estoy distraido, y aun privado de mí mismo; ¿y como es que poco despues me hallo como restituido á*

mí mismo? Yo me hallo como otro hombre, y trasladado á otra parte, cuando busco por ejemplo, lo que habia fiado á mi memoria, y no lo hallo. Entonces no podemos llegar hasta nosotros, somos como unos extrangeros muy distantes de nosotros, y no llegamos sino cuando hallamos lo que buscamos; ¿pero donde está lo que buscamos, si no está dentro de nosotros? ¿Y que es lo que buscamos, sino es á nosotros mismos? Esto no tiene otra respuesta que avergonzarnos de nuestra ignorancia.

CAPITULO VI.

Cuanto debemos amar á nuestra alma.

Lejos de aqui esos enemigos de sí mismos que pretenden que para ser el hombre dichoso es preciso que salga fuera de sí. El órden que hemos recibido de aborrecernos, en nada contradice al bello precepto de amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos. El alma no seria imágen de Dios si hubieramos de temer su vista. Desnu-

démosla de las nubes con que la confunden nuestras pasiones, y al instante la hallaremos digna de todo nuestro amor.

Por estrechos y sagrados que sean los vínculos de la carne y de la sangre, esto es, el parentesco, nunca serán tan fuertes como los del alma con el cuerpo. Unida desde el vientre de nuestras madres á esta masa organizada, vive con ella con la mas perfecta intimidad. Hay tal relacion entre el uno y la otra, que muchos filósofos han confundido estas dos sustancias. Asi es, y no obstante el intervalo que se nota entre la materia y el espíritu han creido que podian identificarla.

¿No seria una gran desdicha para los hombres si debiendo vivir siempre por medio de la alma, la consideraran al mismo tiempo como irreconciliable enemiga? ¿No tenemos bastantes combates por la parte de afuera sin fomentar una guerra intestina? No solo es necesario conservar la paz interior que no puede darnos el mun-

do, sino que debemos amar al alma con un amor de predileccion. Seria cosa bien extraña aborrecer aquel mismo ser á quien debemos la facultad de amar. Sobre el amor de nosotros mismos está fundado este admirable principio: *no hagas á otro lo que no quieres se haga contigo*: en este amor estriva el deseo que todos tenemos de ser dichosos; y en fin, con relacion á este amor, nos entregamos á los estudios y trabajos.

Dícese todos los dias que ya no se hallan verdaderos amigos sino en las jácaras y novelas: que ya no podemos fiarnos de persona alguna, y que es preciso chocar con innumerables insensatos antes de hallar un juicioso. ¿Pero por que salimos fuera de nosotros para hallar este fiel amigo? Este vive dentro de nosotros. ¿Pues que nuestra alma no nos apartará de nuestros desvarros, y no nos procurará placeres infinitamente superiores á los de los sentidos? ¿Podemos desear mas de nuestros amigos?

Cuán en vano congregarian los

hombres á todas las naciones para elegir un confidente de sus placeres y sinsabores: jamas hallarán uno mas seguro, ni mas útil que su alma. No hay adversidad que la aleje de nosotros: este es el instante preciso en el que experimentamos mucho mas sus consolaciones. ¡Que elocuencia no usa entonces para darnos á conocer el vacío de lo que hemos perdido, ó de lo que no podemos poseer! Si es un amigo que nos ha robado la muerte, ella sabe persuadirnos que la muerte no ha destruido cosa alguna, que no ha hecho mas que apartar de nosotros una perspectiva á la que nos acercaremos en breve: si es un empleo que no hemos podido conseguir, ella nos convence que no hay otro alguno mas ventajoso que aquel en el que se trabaja para conocerse cada uno á sí mismo. ¿Hemos visto jamas que nos haya faltado el alma en nuestras necesidades ó aflicciones, y no la hallamos siempre pronta á respondernos? Aqui con ideas risueñas y agradables regocija á nuestra imaginacion: allá

con sólidas reflexiones satisface á nuestra curiosidad. Por todas partes cumple con la obligacion de excelente maestro y fiel amigo. Los remordimientos son un eco con que envia hasta nuestros oidos su dolor cuando hemos pecado: ellos arrojan entre nosotros un grito capaz de interrumpir el juego de nuestras pasiones y consternarnos. ¿Somos insensibles á sus avisos? entonces el alma, al parecer se retira, procediendo como un padre enojado con un hijo desobediente; ¿pero queremos enmendar nuestro yerro? entonces la sentimos llegarse á nosotros, comunicándonos su luz y sacándonos del peligro.

Este es sin duda uno de los mayores servicios de la amistad, lo mismo que la confianza es la mayor de sus dulzuras. Nuevo título por el que debe ser el alma el bien mas precioso de los humanos. Dejaria de ser la que es si pudieramos adivinar lo que piensa, y hariamos muy mal en amarla y respetarlar si llegara ella á descubrir nuestros secretos; pero en lo mas ín-

timo de nosotros tiene depositados misterios ocultos, que alguna vez se perderian si se revelaran. En presencia de aquellos hombres que mas respetamos ó tememos, pensamos á costa suya todo lo que se nos antoja sin que ellos puedan formar la mas leve sospecha. Yo me burlo interiormente delante de un falso docto de su hipocresía, delante de un ambicioso de su extravagancia, y delante de un rico de su vanidad. Mis sentidos humillados tributan respetos á su clase ó empleo, y mi alma me desagravia en mi interior de esta especie de obsequio que me es preciso tributar exteriormente. Ella se gloría de no tener tantas riquezas y honores, y de pensar con mas solidez.

Si por casualidad me enojo ó fastidio en medio de una concurrencia de personas escogidas, por lo comun grandes relatores de nonadas, mi alma viene en mi auxilio; lleva á otra parte toda mi atencion, no dejando sino mis labios, y el mecanismo de mi cuerpo en aquella conversacion.

Ninguno dirá que yo no lo oigo todo, que respondo á todo, y yo viajo entonces ó por los astros, ó por la orilla de los mares.

¡Que gran fortuna seria si los hombres supieran apreciar el tener dentro de sí mismos un amigo tan vigilante! El alma es este oculto tesoro, mucho mas precioso que todos los del mundo. Es preciso cerrar los ojos de la vanidad, y no abrir sino los de la verdad, para conocer el inestimable valor de esta alma incomparable. Ella es la que nos desvía de esos placeres, enemigos del reposo y de la prudencia; la que nos hace ver el vicio en toda su fealdad; la que sujeta á un mancebo voltario bajo el yugo del estudio y de las leyes, y la que hace que una pluma y unos libros sean para él mas agradables que todas las compañías. Nuestra alma es la que se constituye como patrimonio de innumerables autores que no hallarian socorros para subsistir sino en la fecundidad de su espíritu. Esta alma sola los desagravia de los caprichos de una

suerte extravagante, y de la dureza de una patria, muchas veces ingrata para ellos.

Si nuestros sentidos trabajan cuanto pueden en alejarnos de nosotros mismos, y trasladar fuera de lo debido nuestro afecto, inmediatamente el alma toma á su cargo el recogerlos y servirse de ellos para nuestro beneficio: con su asistencia y patrocinio merecemos el título decoroso de buenos ciudadanos, buenos parientes, y buenos amigos: por órden suya se derraman las lágrimas por intérpretes de nuestro dolor, y la risa como indicio de nuestro gozo: breve arbitrio, pero al mismo tiempo eficaz para manifestar á nuestros hermanos nuestra sensibilidad, ó por sus bienes, ó por sus males.

El alma sabe pintar con suma destreza en nuestro exterior sus mas íntimos afectos, y desvanecer cuando bien le parece toda idea de los cuerpos para no tratar sino de sus propios encantos. Todos los que los han considerado bien se han absortado con

tanto extremo, que ya no podian tolerar la vista de este universo, sino en cuanto veían copias de su alma. En todas partes la hallaban como un amigo fiel á quien se cree verle y hablarle siempre.

¿No es cosa muy exquisita poder uno decirse á sí mismo, mi alma es un bien todo mio? No hay revolucion ó trastorno alguno en la naturaleza que pueda usurpármele: yo solo le disfruto si quiero para mí solo, y cuando me parece le comunico con otros. Es preciso de cuando en cuando separarme de mis amigos mas amados: hoy los veo, y mañana será preciso dejarlos: un viage me roba las dulzuras de su presencia; la muerte me arrebata sus personas; pero mi alma permanece eternamente mi compañera la mas íntima y la mas fiel. En medio de las naciones bárbaras tengo el dulce consuelo de su amable trato: en medio de los mares tempestuosos tengo el San Telmo de su esperanza: ella me acompaña en las prisiones, y me aconseja en los peligros. Todo ha de

dejarnos: hasta el cuerpo que nos circunda, dentro de poco tiempo se ha de convertir en polvo: solo nuestro espíritu conservará siempre la intimidad: la muerte misma es la que nos hará mas sensible y mas amable su presencia.

¡Eh! ¿como los hombres que tanto aman la inmortalidad, y que por adquirir una débil sombra de ella acá en el mundo, arriesgan todos los dias su propia vida, no aman con mas intension al alma, esta sustancia verdaderamente inmortal? si en ellos hay algun heroismo deben saber que á ella se lo deben; mucho mas grande que todo el universo, concibe proyectos dignos de su orígen y destino. La vemos triunfar en todos tiempos bajo los nombres de innumerables conquistadores, de los suplicios mas formidables, y de los peligros mas temibles, hasta el extremo de hacer los cuerpos casi impasibles. Si todos estos héroes que en otros tiempos consiguieron victorias asombrosas, no dieron el debido honor á su alma, y no la esti-

maron como su consejo y escudo, fueron verdaderamente ingratos. Sin duda sus primeros hacimientos de gracias debieron tributarse al Ser supremo; pero siendo el alma el órgano y viva imágen suya, mereció parte de su reconocimiento.

Todos los bienes que podemos recibir por cualquiera otro conducto que el del espíritu, no merecen el nombre de bienes; solo la sabiduría, la prudencia, la sinceridad, y finalmente las virtudes deben hallar cavida en nuestro corazon: y sì se aman los amigos solo es en razon de las cualidades de su alma. Son muy vanas una brillante figura, y una fortuna soberbia para determinar la eleccion de un amigo: la hermosura se aja, las riquezas se disipan, y en tal caso solo queda la vergüenza de haber puesto su afecto en una arena movediza.

Es sin duda, que si hallamos verdaderos amigos, de ningun modo podemos negar que un hallazgo tan dichoso, y un servicio tan importante se lo debemos á nuestra alma. Ella

nos ha dado la simpatía de los humores con la persona que amamos, la que nos ha inspirado estimacion de sus buenas cualidades, y la que conserva la dulce sociedad que ambos formamos. Sin las luces y consejo de nuestra alma, no nos alistariamos bajo los estandartes de la amistad, con mucha mas facilidad que el soldado que vende su libertad, entregando nuestro corazon al que por lo comun no merece una ojeada. Nuestra alma sola quiso sondear á nuestro nuevo amigo, y no ha permitido que nuestros ojos, ni nuestros oidos preocupasen su juicio. Si los hombres no se determinaran en hecho de amistades sino por este medio, ¿cuantos fieles amigos habria? Ignorariamos esas crueles alternativas de enredos y reuniones tan comunes en el comercio de la vida.

¡Oh dichosos todos aquellos que han sabido dar á su alma la preferencia sobre cualquiera otro confidente, y que saben gozar de las delicias de su conversacion! No hay lágrimas

que ella no nos enjugue, nubes que no disipe, ni socorros que no invente: ella nos hace sentir, hasta en nuestros mismos pesares, un placer secreto para confortarnos, y un placer que contrapesa el esfuerzo del dolor. Desterremos de nosotros el amor á las bagatelas, y luego veremos que eclipsa nuestra alma esos fingidos honores que con tanta ansia solicitamos, y que son otros tantos robos hechos á su propia sustancia.

¡Cuantos amigos hay á quienes vivamente nos adherimos, que solo serian dignos del mayor desprecio, si fueran transparentes sus corazones! Reina en el mundo una hipocresía universal: casi los mas hacen cuanto pueden para que diga la lengua lo que no siente el corazon: de modo que no se puede distinguir el hombre sincero del impostor. ¿Se permitirá por ventura el alma á estos pesares y sospechas? No podemos ignorar lo que ella piensa: todos conocemos sus mas íntimas relaciones, y sus inclinaciones las mas secretas.

¿Pues por qué el mayor número de los hombres no aman á su alma? porque no estiman los talentos, ni las virtudes. Ellos se arrojan fuera de sí, y aprecian viles objetos que tienen el secreto de desalumbrar sus ojos. Un hombre rico oculta su mal corazon bajo de un brillante monton de galones dorados, tapicerías, espejos y otras alhajas; sus defectos se confunden en la profundidad de una magnífica galería; ya no se ve en él sino el soberbio equipage que le arrastra, los lacayos que le acompañan, y el grande pero engañoso obsequio que goza; el pobre al contrario, se deja ver sobre la tierra al parecer desnudo de todas las virtudes: la soledad que va con él, y el aire lúgubre que le rodea, encubre todo su mérito, y asi es despreciado y desatendido cuando el rico aparece una deidad á quien se aplaude y se inciensa.

¿Hasta cuando hombres ingratos habeis de serviros de la facultad de amar, que debeis á vuestra alma para apreciar solo fruslerías y quimeras?

¿Hasta cuando habeis de sacrificar vuestros afectos y pensamientos á un metal hijo de la tierra, sujeto al orin y á la carcoma? Aprended del verdadero filósofo que conversa consigo mismo, á abstraer esos mármoles y pórfidos que circundan al hombre soberbio para no mirar en él sino los sentimientos que le animan. Vuestra alma, si amais la elevacion, os ensalzará mucho mas arriba que esos vanos palacios que os encantan y os embelesan; ella os llevará hasta en medio de las estrellas, desde donde vereis todo el mundo como un pequeño grano de arena que se prendió á vuestros pies. Si el nacimiento os deslumbra, ¿donde hallareis uno mas ilustre que el orígen de vuestro espíritu, de quien el mismo Dios fue el principio, asi como es su fin? ¡Oh cuantos motivos para amar nuestro propio conocimiento!

¿Y que estos motivos no son bastante poderosos? Nuestros propios intereses que se agregan á todo esto deben determinarnos: no se puede obrar,

como tampoco amar, sin buscarse á sí mismo. El quietismo no es mas que una preciosa quimera hija de las travesuras de la imaginacion, á quien arruinan las propensiones del corazon: sus panegiristas los mas sutiles y refinados, miraban su estado especulativo como una recompensa, en el mismo instante que afectaban despreciar todo galardon. Hay un cierto interes que adopta con gusto la misma generosidad, y es aquel que se halla en respetar al alma y amarla; y bien lejos de ser esto un defecto, no puede dejar de ser una verdadera virtud. ¿Deberé yo mostrarme frio ó indiferente respecto de lo que infaliblemente ha de hacer mi felicidad ó mi desventura? No temamos á los que pueden ofender á los cuerpos; pero sí á los que pueden hacer daño á la alma: la Sabiduría eterna cuando menos lo ha dicho con estas admirables palabras: *¿de que nos servirá haber ganado el universo entero, si perdemos el alma?*

CAPÍTULO VII.

De la violencia que hacemos al alma cuando no conversamos con nosotros mismos.

Todos los hombres hallan en este vasto universo el modelo de un órden invariable que deben observar en sí mismos. El sol que jamas interrumpe su curso, las estaciones que se suceden unas á otras con tanta armonía, la tierra que brota y florece á sus tiempos, el mar que nunca quebranta sus límites, instruyen á todos los mortales como deben regularse. Todas estas criaturas tienen su lenguage que predica el amor del órden, y que da á conocer su necesidad. Hasta los mismos insectos formando pequeñas repúblicas entre ellos, le trazan al hombre un plan de conducta regular.

¿Que seria el mundo á nuestros ojos sin este enlace de las partes, y sin esta union que constituye la belleza? Un solo monstruo nos causa horror;

no se puede ver con gusto un jardin plantado confusamente; temblamos al leer la historia de alguna anarquía, y tememos las funestas resultas. En consecuencia de esto, ¡que cuidados para elegir un soberano, ó para conservarlo! Este es un angel de paz, que por el órden que mantiene, merece todo nuestro reconocimiento y amor.

¿Como conciliaremos ahora el desórden interior en que vivimos casi siempre con el violento deseo de ver y conservar fuera de nosotros una justa armonía? ¿Cada hombre, sin embargo, no es un verdadero compendio del universo? ¿No encierra dentro de sí montes que es preciso allanar, desigualdades que se han de componer, y límites que se deben fijar? Suceden en el órden moral las mismas revoluciones que en el órden fisico: en una parte hay oscuridades formadas por las pasiones que denotan los eclipses: en otras sublevaciones de una voluntad rebelde que se parecen á los terremotos: ya nuestra imaginacion se enciende y apaga como un vol-

can, y ya nuestros deseos, al modo de vientos impetuosos se desenfrenan con furor. Se pueden comparar nuestras prontitudes á verdaderos relámpagos: se forma una especie de vegetacion en los espíritus. La vejez es su invierno, la juventud su primavera, y parece se hacen estériles despues de haber dado frutos. Hállanse en unos minas de excelente oro, y metales muy comunes en otros. El hombre ardiente parece que habita en la zona tórrida, y el flemático en la zona helada. El sabio goza del sol en todo su mediodia, el ignorante solo le ve al ponerse.

Esta pintura movediza es sin duda digna de toda nuestra atencion, pero cuando no reina en ella el órden ¡cuan formidable se ofrece! nos representa un caos informe, tal como era el mundo en su primer dia, y tal como lo será en el último. Sin duda, nos asustariamos en extremo, y no podriamos tolerarnos á nosotros mismos, si entráramos entonces en nuestro interior. Veriamos á nuestra alma desti-

nada para mandar como soberana, tratada ignominiosamente por nuestras pasiones, y como esclavizada á un miserable cuerpo que no es sino su vasallo. Apenas puede comprenderse el estrago que produce en nuestro propio corazon la disipacion que nos lleva ó arrastra de aqui para alli. Nubes densas ofuscan la luz interior, de modo que ya no se anda sino á la aventura; la memoria se pierde, ó no se dedica sino á frioleras: el cerebro no recibe sino malas impresiones: el corazon se fija indiferentemente sobre el bien y el mal; los pensamientos vagan errantes sin conexion alguna; las sensaciones se hacen nuestras señoras; el cuerpo nuestro ídolo y el alma, en fin, un tirano que queremos exterminar, ó una quimera de quien no nos atrevemos á hablar.

Luego que el hombre comienza á perderse de vista, y á abandonarse enteramente al imperio de los sentidos de imágen de Dios desciende por grados á la condicion de los brutos, ya no le queda entonces mas porcion

de su ser que un simple mecanismo, un juego de resortes que se doblan por hábito y no por reflexion, y una circulacion de la sangre que le es comun con el reptil: seria en vano preguntarle cuál era su término, y cuál su orígen. El solo sabe que tiene pies y manos, que bebe y come, y nada mas. La ciudad que habita es toda su inmensidad, el dia que vive toda su eternidad, y por último honra á su cuerpo con todos sus conocimientos y sensaciones.

Nuestra alma, criada para conocer los objetos tales cuales son, luego que la guian los sentidos no ve otra cosa que esqueletos y fantasmas: la sucede al mediodia lo mismo que á todos los hombres en una noche profunda: una hoja que mueve el viento le parece el rumor de un ejército, y un gusanillo de luz todo un sol. ¡Que no parecerá un espíritu nacido para la verdad, rodeado, como se mira de falsos sobresaltos, fingidas alegrías y siniestros juicios! En vano se lamenta, sus quejas son inmediatamente sofo-

cadas por las voces roncas de un mundo tumultuoso y turbulento: asi como la armonía de un melodioso ruiseñor es por lo comun interrumpida por el canto lúgubre de una ave nocturna. Es, sin duda, cruel violencia solicitar perpetuamente la luz entre nubes densas y opacas, y ver aumentarse cada vez mas y mas la oscuridad.

La materia fue criada para obedecer y para doblarse á gusto del pensamiento. Tócale al alma sostener su dignidad, dirigir un cuerpo á quien ella debe mandar, y tratarle con aspereza cuando sea desobediente. Esta fue siempre su funcion entre aquellos que tuvieron una vida regulada, y que observaron una conducta uniforme. Con la prudencia y cordura de su gobierno les ofreció modelos que admiramos, cuya feliz memoria se transmitirá á la posteridad mas remota.

Estos de quienes hablamos, le permitian pocas horas al sueño, considerándole como un tirano que les impe-

dia el vivir para sí mismos. Las comidas las tomaban como remedios contra la muerte, de las que era preciso usar como verdaderos enfermos. Algunas conversaciones importantes, y algunos paseos eran toda su recreacion. Lejos de atravesar mares en busca de tesoros, ellos no estimaban del mundo sino el caudal que llevaban consigo. Entraban á todas horas en el santuario de su corazon, y no en los palacios de los grandes. Aqui hacian una continua corte á su alma, á esta respetable soberana, y la admiraban como retrato del mismo Ser increado, abandonando a los hombres frívolos la contemplacion de innumerables copias que solo representan los cuerpos. La idea de la muerte los sostenia en medio de las enfermedades de esta vida: todos los dias practicaban su aprendizage, perdiendo de vista sucesivamente alguna parte de este vasto emisferio; finalmente hacian todos sus esfuerzos para quitarle alguna porcion al tiempo que suele usurparnos todo lo mas precioso.

Comparemos esta conducta con la de los hombres totalmente disipados. ¡Oh, que enorme diferencia! Los unos parecen puros espíritus, y los otros viles animales: en aquellos brilla el alma con todo su explendor, y goza ampliamente de todos sus derechos, y en los otros está enteramente oscurecida, y verdaderamente degradada. El hombre que vive fuera de sí, es un hombre que se expatria, y abandona el mas precioso de sus bienes á sus enemigos, y desnaturaliza en fin sus buena cualidades, por naturalizar en sí mismo las mas viles pasiones.

De ningun modo podemos vivir sin conversar, cuando no con nosotros mismos, con nuestros sentidos. ¡A cuantas miserias no precipita á innumerables jóvenes la demasiada familiaridad de los sentidos! Vemos marchitos sus rostros, y en ellos los tristes surcos de una conducta enteramente desarreglada. Viven de priesa, y se fatigan en poner en manos de los discípulos de Hipócrates un cuerpo extenuado. Una juventud sonrosada y

vigorosa es un fenómeno en nuestros dias; ¿y que sucede del desórden? Despues de haber dado los primeros años al desarreglo, es preciso dar el resto de sus dias al tormento de los achaques, y al martirio de las curaciones. El alma puesta en medio de dolores, engorros y arrepentimientos se ve combatida por todas partes, y ya no tiene lugar de volver sobre sí, y de entregarse á la reflexion. Un cuerpo lánguido y abrumado de necesidades la tiraniza entonces, y le impide pensar con libertad.

Cierto sugeto nació para ser un grande hombre: tenia en sí bien descubierta la semilla de todos los conocimientos, y de todas las artes: su alma le servia muy bien: dichosas ocurrencias nacian á propósito: una memoria fácil retenia los hechos mas importantes, y una elocuencia viva y natural los producia perfectamente. Penetraba en un instante las mayores dificultades: desde la primera palabra de un discurso inferia la conclusion: sacaba mejor que el mismo

autor de una obra las consecuencias. Y al mismo tiempo que iba á producir maravillas, y hacerse admirar de todos se entregó al juego, y de aqui al furor. Ahora tiene pegada sobre un naipe, y sobre un tanto un alma que nació para elevarse sobre los astros. El la trató al principio como á su soberana, y ahora la maltrata como á la mas vil esclava.

Tantas profesiones tan contrarias á nuestro gusto, y en las que comunmente un enfado, ó una temeridad nos empeñan, son otras tantas violencias que hacemos á nuestra alma. ¿Como, por ejemplo, ha de conservar el espíritu su libertad en medio del tumulto de las armas, si este mismo espíritu no desea sino el silencio y el estudio? Hay hombres, convengo en ello, que necesitan la agitacion; pero hay otros que quieren la tranquilidad. Pues cada uno debe sondearse á sí mismo antes de determinar su eleccion entre tan varios estados en que se divide la vida de los mortales: ¿y que ha de ser preciso que las pasio-

nes y los sentidos hayan de decidir un asunto tan importante, antes que el alma haya formado el mas leve pensamiento? ¿Pues no se advierte que es hacerle el mas cruel ultrage? ¿y que es considerarla como indigna de nuestra atencion, y exponerla á vivir como esclava todo el resto de nuestra vida?

De este modo el mayor número de los hombres hacen á su alma víctima de una cabala formada por los sentidos, y corroborada por las pasiones, y asi la obligan á vivir reconcentrada en sí misma, y por último á existir como si no existiera.

Por deplorable que sea esta desgracia, aun no habria llegado á su colmo, si el alma acertase siempre á conservar esta soledad impenetrable; pero son los asaltos demasiado violentos, y las sacudidas muy fuertes. La voluntad se abandona al arbitrio de las pasiones; desde entonces se hace criminal, y cae en el precipicio, del cual debia sacarnos. En vano procura apartarse de este mundo enemigo

que le arrastra: los sentidos le han usurpado el imperio, y saben bien prevalecerse con él. Una alma entregada de este modo á la impetuosidad de los placeres se hace un espectáculo digno de compasion. Se siente, sin embargo, que en medio de la misma turbulencia y confusion, conserva siempre algunas reliquias de su sabiduría y dignidad. Ella es como un rey que arrojado en la confusion, conserva algun rasgo de la magestad. Los remordimientos manifiestan demasiado la violencia que se le hace al alma: ellos nos advierten que su situacion natural es un poder absoluto sobre las pasiones, y sobre los sentidos.

Solo un desórden formidable era capaz de interrumpir el admirable comercio de nuestras dos sustancias. Este habia de ser siempre tranquilo, y siempre igual, conforme á los designios del sabio instaurador; pero las pasiones se aceleran á poner al espíritu en contradiccion con el cuerpo; este trayendo á su partido toda la materia que puede, procura hacer mas

fuerte su ejército, y darle crueles batallas al alma, á quien falta tan desgraciado socorro. Los sentidos siempre fugitivos la sirven cuanto pueden: corren acá y acullá á juntar pequeños entes desalumbradores: amontonan objetos sobre objetos, y se forman vínculos á los que se atan estrechísimamente.

Esta guerra dura muchas veces hasta la muerte, en la que el cuerpo se hace tan débil, como era esforzado antes. No teniendo ya entonces otro apoyo que tinieblas y gusanos, padece la justa pena de su rebelion. Un triste, y solo féretro ocupa ya el lugar de aquella muchedumbre de entes materiales que los sentidos extragados amaban como su último fin. Ya no hay riquezas, proyectos, ni honores, todo se hundió en una noche eterna; corrióse el telon, y desapareció el espectáculo del universo, no quedando de él sino una simple idea. *Este es el fin de un hermoso sueño*, decia un héroe tocando ya la márgen del sepulcro, y al concluir la mas bri-

llante carrera que se vió jamas.

De este modo desagravia la muerte al espíritu de los insultos que le hizo su infeliz competidor. Inmediatamente que esta sustancia espiritual conoce que se interrumpe el círculo de la sangre, infiere que dió ya fin su comision, y que ya no tendrá comercio con un huesped que vuelve á su principio, que es el polvo, y asi es preciso persuadirse que solo el desmoronamiento de nuestra máquina nos causa la muerte, y no la separacion del alma del cuerpo, como todos lo creen. Jamas el alma se retira sino cuando cesa el juego de nuestros músculos y nervios: de otro modo seria forzoso confesar, contra toda evidencia, que las bestias tienen alma supuesto que ellas mueren como nosotros.

Pero volviendo á nuestro espíritu, este pierde absolutamente todo afecto terrestre luego que la muerte le restituye á sí mismo. Entonces ya no hay ideas divididas entre el pensamiento y la materia: se estableció ya el reino de las inteligencias sobre las

ruinas de los cuerpos. Nadie se maraville si tanto insistimos sobre la muerte: los vivos ofrecen muy pocos ejemplos de una alma verdaderamente libre. En consecuencia de esto es necesario traerles á la memoria la hora en que ha de ser preciso despojarse de toda sensacion.

El alma que hasta el mismo instante de la muerte está como en un continuo parto, da á luz lo que quisiera haber sofocado, ó sofoca lo que tuvo deseo de haber producido: no menos que con tal extremo la importunan y tiranizan las pasiones y los sentidos. ¡Violencia enorme que hace al alma delincuente, si es tan desgraciada que se rinde á sus persuasiones!

Solo por un verdadero abuso de nuestra libertad se esclaviza el espíritu: nosotros entonces para desmerecer nos servimos de un privilegio que se nos concedió para merecer. Solo hay un corto paso de la libertad al libertinage, y solo el libertinage es el que nos guia cuando soltamos la rienda á las pasiones. ¡Pensemos bien so-

bre esto! ¿Sabemos por ventura todo lo que perdemos profanando un título tan digno de estimacion, como *libertas nullo venditur auro?*

No hay cosa mas admirable que poder condescender ó resistir, y en fin escoger. ¡Que rasgo este de semejanza con el Ser supremo! Pero es un rasgo enteramente desfigurado en todos aquellos que no conversan consigo. Sujetos á las falsas opiniones, á supuestos sobresaltos, y á engañosas seguridades, ellos mismos se aprisionan, y ve aqui como los mortales se ponen grillos y cadenas. Dejan de ser libres en el instante mismo que se creen independientes. ¡Que situacion tan triste! El corazon sufre en sí mismo una segunda naturaleza que perpetuamente contradice á la razon, y el espíritu mira su mejor dote en manos de vergonzosas pasiones. Tengamos mucha familiaridad con nosotros mismos, nunca lo repetiremos demasiado, sabiendo que este es el único medio de no oprimirnos, y de conservar el órden que todas las criatu-

ras deben observar. Es preciso separar el alma del cuerpo, dice Sócrates, acostumbrándola á encerrarse y recogerse en sí misma, y viviendo aquella vida toda espiritual que todos esperamos. Los verdaderos filósofos, dice Platon, trabajan en desatar á su alma; y desean gozar de ella sola.

CAPÍTULO VIII.

Hay muy pocas personas que conversen consigo.

El alma, á un mismo tiempo, es el objeto mas cercano de nosotros, y el mas alejado. El mas cercano, porque forma la parte mas excelente de nosotros, y el mas remoto, porque la perdemos enteramente de vista. Casi todos los hombres desde el primer uso de su razon, comienzan á saludar á su alma, dándose á sí mismos la enhorabuena de tener consigo una guia tan excelente y tan ilustrada, pero á pocos dias se despiden de ella. Remiten para despues de la muerte el

conversar con ella: la encargan que duerma profundamente durante el curso de esta vida, y en consecuencia de esto se valen de los medios mas seguros para no despertarla. Entonces las pasiones ocupan el lugar de esta alma cautiva.

Veo un sin número de filósofos arrogantes y estóicos desterrarse de la sociedad, pasar las noches deplorando la ceguedad de los demas hombres; trabajar por último en la reforma de todo el universo, y veo al mismo tiempo que despues de cincuenta ó sesenta años de estudio, lo que menos conocieron fue su alma. El amor propio era el único sofista á quien no pudieron descubrir, ni vencer. Sus argumentos, que debieron confundirles, no hacian mas que conservar sus errores. Solo trabajaban por su amor propio, y este les persuadia que era por la verdadera sabiduría. El amor propio les prestaba la pluma, y aun la lengua de la virtud: ¡artificioso estratagema con que supo engañarlos! Lo mismo podemos decir de los hé-

roes que por lo comun se despojan de sí mismos, y se cubren con la vanidad. Alejandro con el rayo en la mano vuela de victoria en victoria; hace que admirado en su presencia calle el universo entero, y Alejandro murió sin haber conocido á su alma. Burla de su propio valor se creyó un verdadero héroe, y no fue sino un tirano usurpador de reinos y provincias.

Síganse atentamente los hombres que gozaron una brillante reputacion, y al instante veremos que el mayor número no conoció ni la superficie de ellos mismos. Las riquezas como una multitud de redes de oro encadenan á unos: las dignidades como nubarrones de incienso ofuscan, y aun ciegan á otros. Estos tales son parecidos á aquellos insectos que cortados por medio, el espíritu y el corazon separados para siempre se agitan cada uno á su modo. La inteligencia del uno ya no obra sobre el sentimiento del otro: de aqui nacen aquellos monstruosos errores, y amores delincuentes que se derramaron por todo el universo.

Es cosa asombrosa el ver cuan industrioso es el hombre para ocultarse y perderse de vista. Casi todo lo que se inventa es un cruel obstáculo para sondear el corazon. Las urnas y los sepulcros que deberian restituir al hombre á sí mismo, y que son el fatal escollo de sus grandezas, mantienen su orgullo. Se alimenta con el frívolo privilegio de respirar en un mármol despues de su muerte, y olvida el poco polvo á que prontamente será reducido, por no contemplar sino en un pedazo de bronce decorado con sus vanos títulos y aplausos. ¿La escultura y la pintura no son comunmente artes impostoras que favorecen la ilusion de los que no tienen valor para conocerse? Mas se estima referirse al retrato que lisonjea, que al corazon que dice la verdad.

Cuantos mortales, tantas pasiones que los seducen y ciegan. Lo que puede apartarlos del regreso á sí mismos, y sumergirlos en el abismo de la disipacion jamas deja de agradarles: corren á esto con ansia, la experien-

cia de todos los dias nos lo enseña. Quieren saber todas las lenguas, recorrer todos los paises, conocer todas las artes, las naciones, todos los tiempos, y no se cuida de consultar su alma y observarla. Por todas partes la pasean, sirviéndose de sus facultades, pero sin penetrar jamas su secreto. Todos deseamos ocupar puestos eminentes que llaman la atencion de todo el mundo, y no tenemos valor para mirarnos á nosotros mismos.

Hay entre los mortales inconsecuencias que no se pueden explicar. El hombre está lleno de amor por su propia persona, se complace en sus propias obras, y al mismo tiempo huye de sí mismo. Nuestro cuerpo que siempre habia de ir detras, este cuerpo de quien percibimos todos los dias la corrupcion, recibe nuestros primeros obsequios, y cautiva toda nuestra atencion. Para utilidad suya trabajamos, y para su gloria sacrificamos el tiempo, y á veces nuestras costumbres. Su vestido, su alimento y su reposo, son nuestro único é im-

portante negocio. Muy lejos de evitar su vista, como evitamos la del alma, el artificio ha inventado un medio fácil de columbrar nuestro propio cuerpo. ¡Eh, cuan de moda se ha hecho ya este medio! El niño no se descuida en contemplar la porcion de materia que le rodea, y llega á viejo sin haber considerado una sola vez su alma.

Ya no debemos, pues, extrañar la aversion general con que se mira la muerte. ¿Como se ha de pensar en la destruccion de un cuerpo que se mira como el único ser? ¿Como hemos de figurarnos el horror de un sepulcro en el que no tendrá nuestro cuerpo otros compañeros que tinieblas y gusanos? Sí, no hay duda, el temor es por lo comun efecto de la frialdad é indiferencia con que miramos nuestra alma. Si la conocieramos verdaderamente, y si hallaramos complacencia en su comercio, desearíamos el instante en que ya no dependerá nuestro espíritu de una infeliz masa, que le sujeta acá en la tierra; pero no hay quien piense

que su trato y posesion son una verdadera felicidad.

Sin embargo, y á pesar del amor desordenado por nuestro cuerpo, ignoramos hasta su mas mínima parte. La necesidad de recurrir al alma, y consultarla, ó sobre la circulacion de la sangre, ó sobre el juego de los músculos y nervios, desvía al mayor número de los hombres de aprender la anatomía. ¿Quien habria creido que viviéramos en nuestro cuerpo sin conocer ni el tejido de sus fibras, ni los resortes que facilitan sus movimientos? La disipacion ha sabido hacer á los mortales mucho mas extrangeros de sí mismos, que de los objetos de quienes estan mas apartados. Yo los veo derramados sobre una tierra cubierta de sus fruslerías y bagatelas, siempre ocupados de los otros, y jamas de sí mismos, siempre ansiosos del placer, y nunca del bien de su alma.

Un jóven, desde la edad de quince años, se arroja en un torbellino de placeres. Despues de haber hecho á

sus ojos y oidos cómplices de todos los desórdenes quiere satisfacer sus pasiones, y con esta ansia revolotea de objeto en objeto: las novelas que lee, y los espectáculos que frecuenta son todo su socorro, y toda su felicidad. ¿Será posible en tal carrera verse y conocerse?

Lejos de querer disipar las ilusiones que nos rodean, solicitamos aumentarlas. En cada ciudad levantamos una especie de templo en su honor, consagrando á su culto asiduo brillantes mentiras. Por mas que se protexte y asevere que no se va á los espectáculos sino para reformar las costumbres, la experiencia y la razon nos dicen que no creamos tal cosa. La comedia y la ópera no se inventaron sino para desviar al hombre de sus reflexiones, y de este modo se hacen cada dia mas amigos del mundo, y mas enemigos de sí mismos.

Estamos tan poco acostumbrados á conversar con nosotros mismos, y á hacer descubrimientos en nuestro interior, que empezamos siempre nues-

tra salutacion, admirándonos cuando vamos á ver alguno, y le hallamos solo, y el primer envite es: ¿*como*? ¿*que, estais solo*? ¿*Que haceis solo*? En vista de esto parece que no es permitido el reflexionar. Seria muy conveniente, que á lo menos algunos ratos pensasen los que se precian de racionales.

Pregúntese cada uno ahora, y desembarácese por un instante de los objetos corpóreos, sino se le causa demasiada molestia, y confiese de buena fe que se puede perder ó ganar en las asambleas del mundo. Conversar sobre nodadas, hacer oficio de la calumnia, cebarse con vanos títulos de honor, poner el mayor conato en una reverencia, juzgar de un vestido, juntarse al rededor de un bufete, en que á un mismo tiempo circula el dinero y las pasiones, decidir de todo, no dudar cosa alguna, ¿no es esto lo que se llama brillante compañía? Los ojos y los oidos tienen tambien aqui parte: solo el alma es excluida. Ve aqui como se materializa, y como despues

fácilmente se persuade que el espíritu en nada se diferencia del cuerpo, y que la destruccion del uno lo ha de ser necesariamente del otro. ¡Que bella conversacion! ¡Que preciosa vida!

Y asi cuando se ve el mayor número de los hombres congregados, puede uno traer á la memoria las antiguas metamorfosis: los unos parece que se convierten en troncos de árboles, y los otros en brutos. Este es el juicio que un filósofo hacia. ¿Como es posible puedan vivir asi bajo la tiranía de los sentidos, debiendo ser nuestra vida toda espiritual, ó casi divina?

Acaso creerá alguno que el hombre que lee ó compone vive una vida toda espiritual; pero se puede escribir continuamente, y no expresar sino pensamientos agenos; se puede tambien escribir, y no formar sino líneas groseras. Finalmente, puede uno pintar sus pasiones sin pintar su alma. ¿Si se hubiera sabido bien distinguir lo uno de lo otro, se hubieran visto

tantos libros erróneos esparcirse por todas partes?

Espinosa, ese materialista famoso, conversó mas con los cuerpos que con los espíritus, y los halló tan preciosos para sus ojos, que se atrevió á llamarlos su Dios; tomó una simple refraccion de la luz, por la misma luz. ¿Este sistema adoptado por tantos hombres diferentes, y repetidos diariamente con gusto, seria menos extravagante que si dijese que era absolutamente espiritual? Por este ras se puede venir en conocimiento, de que si cada uno quiere filosofar á su modo, pronto será el universo retiro de insensatos, ó casa de locos. Epicuro, por ejemplo, dió por fruto de sus meditaciones el elogio del deleite que se halla en los sentidos, y los indica como la verdadera felicidad. ¿Y se dirá á vista de estos ejemplos tan propios para humillarnos, que basta estudiar para conversar consigo mismo? Hay muchos autores que estan mas lejos de sí, que del comercio del mundo. Puede ser que aun escribien-

do sobre el alma misma, esté yo ahora ocupado con otro objeto muy diferente. No es posible inquirir hasta qué grado se disfrazan nuestras pasiones, y cuan ingeniosas son para engañarnos.

Seria muy conveniente que estimasen los hombres á su alma, tanto como aprecian un equipage y una joya. Esto parece que no es pedir demasiado. Una muger que cultivara su alma, y la contemplara tanto como hace con su cara, seria digna de nuestros mayores elogios: tan dificil como esto es sacudir el polvo miserable, que revoloteando al rededor nuestro de mil modos diferentes nos fija y nos seduce. Le preferimos á los espíritus, que son los solos dignos de nuestra meditacion. Nos pasmamos á vista de un arco triunfal, de una pirámide, de un palacio: contemplamos en un vestido galoneado de oro, y en un equipage magníficamente adornado. Esa multitud de pequeños entes corpóreos que una artista ha sabido reunir, es la continua perspectiva que miramos.

¡Eh! ¿y cuales son sus resultas?

De aqui nace decir continuamente que se poseen grandes bienes, publicar que es el favorito del príncipe, ó su cortesano, grabar en todas partes, ya en cifras, ya en escudos de armas que uno es oriundo de tal casa, y se cuentan entre sus mayores soberanos y héroes, sin que el orígen del alma se preconice. Parece que por esta parte no es legítimo el nacimiento: se tiene particular cuidado en no hablar sobre este asunto: ¿los títulos de *señoría*, *excelencia y alteza* serán por ventura mas nobles que la inmortalidad de nuestro espíritu?

Las prerogativas del nacimiento, dice admirablemente un filósofo, *que reina hoy, sirven para pocas cosas, ó por mejor decir para nada. Son distinciones extrangeras de nosotros mismos, y que solo condecoran la figura. Mucho mas digno de preferencia son los talentos del espíritu.* Aqui se reconoce el idioma de la Sabiduría. *Un nacimiento ilustre*, dice el célebre Masillon, *no es mas que una disposi-*

cion que dirige á los errores del siglo y á sus usos, un nuevo pecado original añadido al de todos, y alguna vez preocupacion de reprobacion.

Cuando el alma consiga ser el objeto de nuestra atencion, entonces la juzgaremos superior á cuanto el mundo admira; ¿pero quien se atreverá á fijar esta época? Es mucho mas probable que oiremos decir siempre, que á fulano le han destinado para tal empleo, ó que aspira á tal embajada, que oir una sola palabra de los altos destinos de nuestra alma. Toda la ambicion es para vivir en una historia que perece lo mismo que los que la leen. ¿Pero como estos hombres tan zelosos de eternizar su nombre, no han comprendido que el medio mas seguro de hacerse inmortales era familiarizarse mucho con la verdadera inmortalidad, y vivir con su alma en la mas íntima confianza? Dígase á todos los mortales: ya no reflexionareis, pero si jugareis, comereis y dormireis: habrá muy pocos que no acepten esta condicion, y la

celebren por la mas agradable: tan acostumbrados estan á vivir en una perpetua y funesta distraccion de sí mismos.

¿Deberemos admirarnos ahora de que Mahoma, ese famoso legislador, tan ignorante como lascivo, haya arrastrado casi la mitad del mundo? Sin duda, la esperanza de un paraiso carnal sedujo hombres que no estiman sino los placeres del cuerpo. A fuerza de apartarse del alma, se acerca tanto el hombre á los animales, y se ama lo que estos aman. ¡Cuántos habrá entre nosotros que envidian la suerte de los brutos, y que miran á su alma como su propio verdugo, y que por consiguiente quisieran no haberla tenido!

Aquella persona que disfrutaba una fortuna brillante, que veia nacer las flores bajo de sus pies, y revolotear los placeres al rededor de su palacio, acaba de experimentar repentinamente un funesto trastorno: le ha llegado en fin el momento de entrar dentro de sí mismo, y sentirse capaz de refle-

xionar; ¡pero que nueva ceguedad! Se ha atravesado una partida de caza, y ha desbaratado todas las reflexiones: una liebre ha ocupado el lugar del alma, á quien se habia resuelto consultar y seguir.

¡Cuantos pretextos y astucias para impedir la conversacion con nosotros mismos! La guerra, la política, las rentas, las artes, se hacen desgraciadamente en nuestras manos motivos de disipacion que nos apartan de nuestros propios pensamientos, nos sacan de nuestras casillas, y enteramente nos enagenan. Mas se aprecia arrojarse al hierro y al fuego, entregarse al furor de las ondas y tempestades, que vivir consigo, dice Pascal. La ciencia de moda consiste en vivir solo en la exterioridad del alma, y en huir uno de sí mismo diestramente. El hombre mas solitario busca medios para desviar el enojo de su retiro, ó con una multitud de retratos ó imágenes con que adorna su ermita, ó con gran variedad de flores con que matiza su jardinillo: él se prende te-

nazmente á las copias, no teniendo ya originales. Corre incesantemente tras de las criaturas que pueden divertirle, y en defecto de los conciertos y compañías de que se privó, oye el canto de un pájaro que le distrae, ó se aplica á un trabajo que lisonjea su vanidad. Si no halla el justo aplauso que él cree merecer de sus contemporáneos, se figura una nueva generacion que nacerá, y que le desagraviará algun dia de un desprecio aparente.

De este modo, la vista no mas de nuestra alma nos inquieta é importuna. Es preciso para nuestros ojos lo rojo, verde ó violado; para nuestros oidos, patético, sublime ó elegante. No podemos tolerar una pared en blanco ó desnuda, ni un palacio sin adornos, y no cuidamos de hermosear nuestra alma, y de vestirnos á nosotros mismos con la ciencia y la virtud. ¡Cuantas veces, acaso, habremos envidiado la fortuna de los que viven sumergidos en placeres y honores, y lamentado seriamente á los

hombres precisados á vivir desconocidos, y distantes del mundo y de sus regocijos! ¡Juicios temerarios, falsos deseos, que solo pueden ser hijos de un espíritu esclavo de los sentidos! ¿Pero donde hallarémos aquel espíritu de libertad, que superior á la materia, parece se basta él á sí mismo, y no reconoce otros mortales dichosos sino los que reflexionan, y escuchan á su conciencia?

Todos se muestran resentidos á la menor reprension, temen como el fuego los juicios de los hombres, y toleran sin sobresalto la acusacion de su propia conciencia. El universo hormiguea en personas que fundan su felicidad en los discursos del prójimo, como si fuera un gran beneficio tener la aprobacion de un mundo injusto y perverso. Vemos á muchas personas correr de casa en casa, y decirle á uno, se vocifera de vos esta ó aquella cosa, y decirle á otro, amigo se censurán vuestras acciones. ¡Frioleras lástimosas, indignas verdaderamente de un hombre que piensa, y

verdaderamente indiferentes para aquel á quien justifica su conciencia! Ninguno usa estos ridículos dicharachos, y nadie los escucha, sino porque se ignora la preciosa prerogativa de vivir consigo. *Yo me rio*, decia en otro tiempo un filósofo, *de las hablillas, cuentos y chismes. Los hombres bien pueden garlar cuanto quieran. Eh! ¿y que haria el mayor número de ellos sino garlaran? Pero sus palabras ó charlatanería jamas me harán mas impresion que el ruido de las campanas ó el sonido de una flauta. Yo solo temo el grito de mi conciencia: este solo me turba y agita.... La murmuracion nada le cercena á mi esencia: entonces me degradaria, cuando yo me prestara un solo instante á ella.*

Si ponemos ahora los ojos en esa chusma de indiscretos que pueblan, ó por mejor decir, abruman la tierra, ¿que no inferiremos contra la disipacion de nuestros dias? No se revelan los secretos sino, porque se ponen simplemente en los labios, en vez de colocarlos en los mas profundo

del corazon. Todos conocen que entregados como lo estan en poder de las pasiones y de los sentidos, seria preciso andar mucho antes de llegar hasta el fondo de sí mismo. Y por tanto no debe admirarnos que tan fácilmente se falte á la verdad y á la buena fe: un secreto en la lengua no puede dejar de escaparse: por lo regular se pierde entre las palabras.

Para descubrir bien la disipacion de los hombres, es preciso pintar nuestro siglo. Jamas se ha visto un reino mas fecundo de ingenios, ni tampoco mas estéril de hombres sólidos: ¿de donde proviene esta contradiccion sino de la falta de conversacion consigo mismo? Nadie se toma tiempo para unir entre sí muchos pensamientos, y sacar de ellos una consecuencia: solo algunas agudezas y pensamientos vivos hacen la materia de los libros, y de las conversaciones. La primera idea que pasa por el espíritu, se tiene por una demostracion para los ojos del mayor número. Un mancebo de veinte años escribe, y de-

cide con mas satisfaccion y confianza, que si hubiera empleado sesenta años en meditar sobre sus pensamientos, y dejarlos madurar. Todo entre nosotros es corteza, y nada sustancia. Hemos perdido aquel hermoso dia que produjeron las luces de los sabios por no divisar ya sino unos débiles relámpagos. Con solo el auxilio de esta confusa luz queremos hoy dia distinguir el error de la verdad, y no advertimos que se confunde la una con el otro, y que á fuerza de sutilizar se extenúa la lengua misma, y ha perdido la nobleza y energía del siglo pasado. Estos son los pensamientos, estas las expresiones.

El metafisico por excelencia hizo en otro tiempo la investigacion de la verdad, y nosotros hacemos la de la vanidad. Apuramos el cuidado para favorecer nuestra ilusion, y para lisonjear una bajeza orgullosa; en vista de esto, ¿podrá llamarse verdadera gloria la de ensalzar la materia en perjuicio de la alma? Pero por mas que nos ocupemos en contemplar nues-

tros cuerpos, mientras no cuidemos de nuestras almas, es muy cierto no veremos este universo sino como *incógnito*, y todo lo que tiene de importante estará para nosotros oculto. Dice Platon, *que cuando el alma se sirve del cuerpo para ver algunos objetos, entonces se descamina y se turba; porque entonces se divierte en la materia; pero cuando se mira á sí sola, se conduce á lo que es puro é inmortal.*

Ya no debe causarnos admiracion el ver tantos sistemas, que no hacen sino desflorar los objetos. ¡Cuantas historias naturales tenemos que solo merecen el nombre de novelas jocosas! Estas no son mas que fruto de una ojeada, y solō hablan de la corteza de este mundo entero. Con todo se aprecian y se leen, porque los mismos que las admiran son superficiales, y porque, cueste lo que costare, quieren adormecerse en su pereza. ¿Se habria jamas creido que el hombre, dotado de sentimientos y nociones, rodeado al mismo tiempo de objetos capaces de ejercitar sus facultades, no

habia de acertar á pasar su propia vida? El se queja, á la verdad, de que es corta, y con todo dice que son largos los dias. Si la primavera le ofrece el espectáculo de un nuevo mundo recien nacido, lleva la vista hácia el estío, y de este modo sucesivamente de estacion en estacion, se apresura con sus deseos para llegar al término, que teme mucho mas que los mayores contratiempos. ¿Como se podrán explicar estas nuevas inconsecuencias? ¿Y de donde provienen sino del disgusto que halla el hombre consigo mismo, y de un corazon avasallado por las pasiones?

Si el enojo que alguna vez tenemos de la vida, no tuviera por objeto sino la prision de un cuerpo que nos hace esclavos de mil necesidades, sin duda nos haria honor; pero ninguno se enoja sino porque no halla muchas mas necesidades que contentar, y por esto se pone tanto cuidado en aumentarlas. El tocador ocupa hoy casi tanto á los hombres como á las mugeres. La juventud se pasa entre pa-

pilotes y espejos, como si esto no fuera renunciar la cualidad de criaturas racionales, y hacerse esclavos de un peinado vano. ¡Cuantos polvos y licores se han hecho necesarios por el hábito de gastarlos! Las modas han hallado el medio de tener sobre nosotros los mismos derechos que la comida y el sueño.

¡Que espectáculo para los ojos de un filósofo es esta disipacion universal que se absorve casi todas las almas y todas sus reflexiones, no dejándoles á los hombres sino los movimientos de autómatos! Vemos á los que se llaman grandes, y que por lo comun son los mas pequeños, salir pomposamente de sus palacios, y rodar todo el dia con estrépito en magníficos equipages, sin saber lo que hacen, cómo existen, ni á dónde han de ir á parar: ellos comen y juegan, entran y salen, y ve aqui todo lo que da de sí una vida que se cree admirable. No puede uno dejar de extremecerse al poner los ojos sobre tantas personas que hormiguean por nuestras

ciudades, y que reconcentran todo su ser en los límites de esta vida, y en disfrutar algunos miserables pesos ó doblones.

Bien podemos decir que los hombres se juegan un bien real por fruslerías y bagatelas. Compran á costa de su alma, y á expensas del tiempo, placeres verdaderamente indignos de su atencion. ¿No es cosa bien extravagante verlos malgastar unos dias, de los que no tienen mas que el uso, como si fueran suyos en propiedad? Pródigos de veinte ó cuarenta años miserables que les quedan cuando mas que pasar, disponen de ellos tan inconsideradamente, como si se tratase de siglos enteros, y como si esto fuera un caudal inagotable.

Una partida de caza se lleva cinco horas: una comedia se toma tres: un juego cuatro: la comida, cena y el sueño diez: ¿quereis las dos que restan? llevároslas, que estoy cierto que dareis gusto, porque estaban destinadas para la ociosidad ó para el enfado: este es el noble repartimiento de

una vida concedida únicamente para reflexionar. Los que no juegan, fabrican, creyendo que han de ser eternos acá en la tierra. La vista de un palacio le quita al espíritu la memoria de un sepulcro que ya está abierto para tragarse su ambicion, sus proyectos y sus personas, cuando esten mas ocupados con pintores y vidrieros.

El tiempo del estudio y de la conversacion interior, se les ha dado de valde á algunos solitarios que se les tiene por originales, ú hombres inútiles, como si mas de la mitad del mundo, que no hace sino jugar, comer, dormir y pasearse, hiciera grandes servicios á la sociedad. Eh! ¿que le importa á mi prójimo que yo vaya hoy á hacer visitas que no tienen otro blanco que un comercio de frivolidad, ni que yo vaya á incensar á un necio, y admirar á un insensato? Hoy se cree haber merecido el título glorioso de amigo de la patria, frecuentando los hombres, únicamente por ver y ser vistos: somos bien ingeniosos para disculparnos, sabemos

colorear nuestra pereza y nuestro enojo, con el bello pretexto de cumplir las obligaciones de ciudadano. ¿ Pero quien ignora que estos deberes consisten en espiar perpetuamente las ocasiones de obligar, y aun exagerar sobre Tito ? Superfluamente corremos tierras y mares, y visitamos á los hombres, si nuestros corazones no se franquean, y tambien nuestros tesoros, pasaremos por enemigos de la sociedad. El artesano que gana el pan con el sudor de su rostro merece ser preferido.

Confesémoslo de buena fe, una persona á solas con su alma, nos parece un ente de razon. Nos cuesta trabajo el creerlo, cuanto mas el imitarlo. En vista de esto, ¿ deberá parecer extraño que mueran algunos tan ignorantes como nacieron ? Parece que solo ocupamos la tierra para vegetar, pero con mucho menos honor que innumerables árboles que anualmente dan excelentes frutos. Nada precipita mas al hombre en falsos juicios que la disipacion. Todos por falta de reflexion,

se reservan una preocupacion favorita, y se forman un sistema conforme á *sus* inclinaciones!

¡Que cosa tan extraña! nada hay en la naturaleza que no haya servido sucesivamente para apartar al hombre de sí mismo, y desviarlo de toda reflexion. Astros, elementos, plantas, animales, insectos, guerras, todo ha contribuido á sacarnos de nosotros mismos. Los hombres no han pensado que tenian dentro de sí el mejor y mas extenso libro, supuesto que todos han salido de este manantial. Ve aqui lo que ha hecho que hayan perdido de vista los mayores y mas importantes objetos. Ellos han tomado el partido de no reflexionar sobre su miseria, ignorancia y muerte, creyendo compensar de este modo la impotencia en que se hallan de librarse de ellas. Socorro verdaderamente inútil, que no sirve sino de paliar el mal, lejos de remediarle.

Cuando yo comencé el estudio del hombre, dice Pascal, *yo creí hallar muchos compañeros en este estudio, su-*

puesto que es èl mas propio; pero me engañé; hay muchos menos que en el estudio de geometría.

CAPÍTULO IX.

Todos los hombres pueden conversar consigo.

El alma no parece sublime en los unos, y mediocre en los otros, á causa de los órganos del cuerpo, como hemos creido hasta aqui. La misma providencia que no ha hecho dos granos de arena iguales, y que ha tenido gusto en diversificar todas sus obras, del propio modo ha caracterizado los espíritus con distinciones palpables. Los rostros que son tan varios, aunque tienen unas mismas partes, y unos mismos delineamentos, pueden servir de emblemas de nuestras almas. Hay una cadena admirable de espíritus desde nosotros hasta Dios, y cada espíritu lleva en sí una marca de originalidad que evita el parecerse uno á otro. Y asi nuestros

gustos, nuestras fantasías, y nuestras inclinaciones por simpáticas que sean, tienen siempre un matiz que las diferencia.

Pero entre la diversidad de partes de este universo, hay ciertas perfecciones que arrebatan seguramente la admiracion de todos los espíritus. El hombre menos inteligente se agrega al mas docto para tributar su obsequio á las verdaderas bellezas; y para esto le basta tener ojos. Hay unos, es verdad, que los tienen como microscopios, los otros como vidrios de varias haces, y ven los objetos mas ó menos extensos, mas ó menos multiplicados: la perspetiva entonces no depende sino de una distancia relativa á cada uno; pero es siempre cierto que lo bueno y lo hermoso llegan á un punto de reunion, por cualquier parte que se miren.

Nadie puede dudar que el fuego está esparcido en todos los cuerpos, pero es preciso excitarle para hacer uso de él. Lo mismo sucede con nuestra alma y con nuestra imaginacion.

Si no tenemos cuidado de electrizarla quedará como muerta, y no dará calor aunque siempre se noten señales de su existencia.

Yo sé que hay aun paises ingratos, en los que el hombre salvage parece que tiene por sus rivales al oso y al leon; pero hay una especie de filosofia natural y particular en aquellos hombres. Cada uno de ellos se forma una pequeña esfera á su modo, al rededor de la cual circulan pensamientos de placer y de pesar. Sí, no hay duda: no hay mortal acá abajo, por desproveido de razon que sea, que no halle en sí mismo respuestas de su alma, que no esté advertido de cuando en cuando por este sabio aconsejador. Sus ideas, aunque proporcionadas á la debilidad de su cerebro, y á la densitud y grosería de todo su cuerpo bastan para ocuparle. El, á la verdad, no medita sobre el principio de las criaturas, ni sobre las ciencias abstractas; pero reflexiona sobre su propia existencia, y sobre los objetos que la circundan. No levanta su con-

templacion mas allá de los astros, pero considera la tierra de la que es ciudadano.

No sin razon se ha dicho muchas veces que un hombre de talento le hallaba en los demas, se trata solo de elegir el lado luminoso de cada uno para sacar de él alguna utilidad. *No hay ignorante alguno*, dice Fontenelle, *que no pueda enseñar alguna cosa al mas sabio.* ¿No hemos visto personas, á quienes se creia menos capaces de reflexion, poner notas de las que los mismos autores se aprovecharon? De aqui nació que Malherbe leia sus obras á su criada, y Moliere á su criado. Un simple paisano, bajo de un rostro tan grosero como su vestido, habla muchas veces por efecto de la naturaleza, como verdadero filósofo. Puede combinar en sí mismo, calcular y discurrir. ¿Quien le impide que reflexione por la noche del trabajo del dia, sobre el aumento de los árboles que ha plantado, y sobre la cualidad de los frutos que ha cogido? Es imposible que él no experimente en su interior

impresiones del espíritu que todo hombre advierte en sí. ¿No sabe él que la materia tiene por dimensiones lo largo, ancho y profundo? ¿Podrá él ignorar que el todo es mayor que su parte? ¿No tiene una idea de un Ser infinitamente perfecto, que crió todo este universo? ¿No trasluce por fin, de cuando en cuando vislumbres de una alma que le advierte sobre el bien y el mal, que le empeña á respetar el órden, y á cumplir con las obligaciones de pariente, amigo y ciudadano? Ve aqui, sin embargo, como se puede juzgar, existiendo el compendio de todas las ciencias en el corazon del mas sencillo pastor. Aunque limitado por el contorno de su campo, él se representa otras extensiones aun en medio de sus rebaños: él se conoce nacido para su dueño, y para mandar como soberano al cuadrúpedo lo mismo que al reptil: él tiene el arte natural de criticar: da su parecer sobre todo lo que acaece en su aldea: sentencia con equidad sobre muchos acaecimientos, y algu-

na vez da una ojeada mas justa, respecto á muchas acciones que el mas sabio.

No es necesario tener la penetracion de Malebranche, ni la elevacion de Descartes para discurrir interiormente, y bastarse cada hombre á sí mismo hasta cierto punto. Las ideas metafisicas serán siempre para el mayor número de los hombres, lo mismo que la llama del espítitu de vino que es demasiado sutil para quemar un leño. Pero si los hombres de buena fe quisieran acercarse unos á otros, y escuchar la voz de la humanidad, no degradaria el desprecio como lo hace todos los dias á tantas personas: se hallaria en los que se cree son estúpidos, y en quienes mas se desprecia, centellas de una razon que nunca está enteramente apagada. El mal está en que siempre juzgamos por las apariencias: el que no tiene una hermosa locucion, ni un tono de voz agradable, ó una noble fisonomía, al instante nos parece una persona muy ordinaria, y aun persona

de poco ó ningun juicio; ¿pero no faltamos á la razon cuando votamos sobre unas exterioridades tan equívocas? Esto viene á ser lo mismo que juzgar de la savia ó jugo de los árboles por su corteza, y de la cualidad de las aguas por la superficie.

Es muy cierto que algunos órganos viciados pueden impedir á una alma que se comunique á la parte de afuera; ¿pero como sabremos si le impiden el conversar interiormente? Todos los dias sucede que los que piensan mejor, ignoran el arte de hablar bien. La palabra y la escritura son simplemente el vínculo de nuestro comercio con los demas hombres. No necesitámos este ministerio exterior para discurrir bien interiormente. Puede ser que el hombre que escribe, y habla horrorosamente mal, tenga dentro de sí mismo una conversacion maravillosa. Se han visto personas á quienes la operacion quirúrgica que se llama el *trépano*, al parecer les dió repentinamente prudencia y talento, que antes estaban dislocados ó con-

fundidos: suele ser mas bien disipacion que incapacidad, lo que impide á los hombres el instruirse hasta un cierto punto en la escuela de su alma. Ellos sofocan la lógica natural que traemos todos al nacer.

Nuestra primera edad es susceptible de ideas y afectos: la diferencia está solo en los objetos que ocupan á unos y á otros. El ambicioso medita el edificio de un soberbio palacio: el niño el de un castillo de naipes: el rey se ocupa en los medios de examinar é inquirir las fuerzas de un enemigo poderoso, y el pastor en matar el lobo perseguidor de su rebaño. Esto, poco mas ó menos, sucede en las reflexiones de los humanos, y los que sueñan los mayores proyectos, no son siempre los mas sabios.

Sin embargo, es preciso confesar, que la educacion, lo mismo que una segunda vida, extiende las ideas del alma, eleva sus pensamientos, y rectifica sus juicios. Las ciencias que se aceleran, digámoslo asi, en apoderarse del talento de un jóven capaz y

dócil, comunican un brillante vuelo á la imaginacion, y un agradable ejercicio á la memoria. Inmediatamente se forma un hombre nuevo. ¡Cuantos jóvenes hay ignorados y confundidos con el vulgo de quienes admiraríamos hoy las obras, si hubieran entrado en la carrera de las ciencias! Ellos tenian dentro de sí aquella dichosa disposicion que comunmente por falta de medios se queda sin uso. Sin el auxilio de un excelente protector, el famoso Rollin hubiera vivido y muerto un simple artesano. Su alma no se hizo distinta de lo que era: pero hizo compañía con las ciencias, y penetró regiones que antes le eran desconocidas. Siempre oimos alabar la ciencia, y aplaudir la virtud, y sin embargo se sufre que una y otra se marchiten en la pobreza: *virtus laudatur, et alget*. Si los soberanos quieren, con recompensas, y con una proteccion señalada, animar al mérito y sacarle de la oscuridad, inmediatamente veremos renacer el bello siglo de Augusto que echamos menos.

¡Por que el mayor número de las mugeres ordinariamente agrega mucha ignorancia á mucho espíritu! Su alma al parecer no tiene otra ocupacion que andar al rededor de un naipe ó de un embeleco, y ejercitarse en fin á expensas de un mal vecino, sino porque no tiene el socorro de las ciencias. Todo espíritu quiere estar ocupado: el tocador es su biblioteca, si no halla otros objetos que medi-ditar. Cada uno tiene en sí mismo medios de conversar interiormente; pero es preciso alguna vez violentarse mucho para conseguir el fin.

Todos hallan molestia en oir lo que no se habla á los sentidos, y lo que los hombres no aciertan á entender. El silencio de las criaturas abruma al mayor número de los hombres. Si uno busca compañías quiere que sean inquietas y bulliciosas: si lecturas que sean superficiales, esto es, de moda. Y asi el grande arte de reconciliar á los hombres consigo mismos, es inspirarles cuanto antes el gusto del retiro, y el placer de co-

nocerse. Será en vano que un jóven se familiarice con Horacio, Virgilio ó Ciceron, y mas en vano el aprender de memoria los mas bellos pasages de la historia antigua y y romana, si él huye de sí mismo, y se ignora.

El mayor y mejor fruto que la juventud puede sacar de sus estudios, es saber hallar alguna vez un cierto vacío en las compañías, y separarse de cuando en cuando, y guardar algunos intervalos para reflexionar con libertad. Una memoria cargada de palabras griegas y latinas, un espíritu erizado con silogismos, hacen por lo comun al alma lánguida. Mas estima esta verse en sí misma, que en objetos que menosprecia ó condena. Nunca será excesivo el cuidado que pongan los maestros en inspirar á sus discípulos el amor al recogimiento: deben enseñarles á formar dentro de sí mismos una soledad impenetrable á los asaltos del mundo enemigo. No es preciso, ciertamente que se hagan misantropos, ni adustos ó intratables,

sino que trabajen en hacerse amables y reflexivos al mismo tiempo. Esta especie de metafisica se ha de hacer poco á poco el grande estudio de los jóvenes. En tal caso no llevarán á su alma con enojo, antes sabrán aprovecharse de ella á cada instante.

Yo no sé por qué con tanto furor se les enseña á los jóvenes á ser gramáticos, oradores ó filósofos, antes de instruirles de lo que son: *prius est esse quam esse tale.* Es preciso ser antes de ser este ó aquel. ¿Pues por que se ha de desmentir este axioma en el modo de obrar? Me parece que ninguno barniza una tabla antes de hacer la tabla. Yo quisiera, pues, que se comenzase enseñando á los hombres en qué consiste su esencia, su dignidad de hombre; y qué distincion hay entre su cuerpo y su alma: entonces no los veriamos salirse fuera de sí, esto es, despojarse de su propia naturaleza, por ir á mendigar cualidades extrangeras. Comencemos á edificar la casa, y despues la adornaremos: *prius est esse quam esse tale.*

Los que desde sus tiernos años han estudiado mil autores sin estudiarse á sí mismos, pueden aun rectificar esta educacion defectuosa. No tienen que hacer otra cosa sino darle oidos al grito de su alma: ellos se amistarán con ella, y con un continuo obsequio la desagraviarán del menosprecio con que la habian tratado hasta entonces, y asi la encontrarán muy digna de sus afectos. De cuando en cuando se suscitan entre los libertinos ideas de turbacion y dolor, que llegan á envenenar la pretendida dicha de que ellos tanto blasonan. Estos no son sino penetrantes remordimientos sobre los desbarros de una vida del todo desordenada, ó representaciones graciosas de la virtud. Es preciso entonces estar atento, dejar obrar al alma en silencio, y permitirles libre curso á las reflexiones.

Hay en todos los hombres nociones primitivas de su existencia, de un Ser supremo, y tambien del bien y del mal. De estas verdades, generalmente conocidas, nace aquella multitud

de consecuencias que se derraman infinitamente, y forman el dilatado número de las ciencias. A cada uno en particular le toca el meditarlas, entenderlas, y hacer despues la aplicacion conveniente. Nada nos prueba mejor la facilidad que tienen los hombres de conversar interiormente que el amor á sus intereses. Entonces los vemos separarse de las compañías, retirarse en sí mismos, y entregarse por último á infinitos cálculos, recelosos de no engañarse. En vano van sus amigos á verlos, entonces son inaccesibles para todos.

La privacion del placer es el mas seguro medio de acercarnos á nosotros mismos, luego que nos hemos apartado. Es preciso que callen los sentidos y las preocupaciones para oir las voces de la verdad. Los conocimientos mas simples se nos escapan cuando los sentimientos son muy vivos. Solo repasando en el secreto gabinete del corazon todas las vanas alegrías á que uno se entrega, se conoce su vacío y su nada. No

excitando entonces la sensacion nuestro afecto, no nos queda sino una ligera idea del placer que nos parece mucho mas ligero; porque esta es la diferencia de los placeres y pesares pasados. La memoria de los primeros nos aflige, y el pensamiento de los segundos nos consuela y regocija. Díjolo el príncipe de los poetas por los peligros.

Olim meminisse juvabit.

Por mas que se intente sofocar al alma, ninguno podrá jamas derogar sus derechos. Los delirios mismos del que nos parece un estúpido, nos anuncian que es capaz de conversar interiormente.

CAPÍTULO X.

La conversacion consigo mismo es el grande arte de conversar con los otros.

No hay hombre, por elevado que sea su nacimiento ó dignidad, que no esté obligado á tributar su respeto á la sociedad. El público, censor siempre severo, prodigioso cúmulo de ojos y oidos, no sufre que ninguno se presente á él con exterioridades ridículas y groseras. Quiere que los discursos que le dirijan, y los escritos de que es juez, esten sazonados con talento y urbanidad. ¡Que seria del género humano sin esta sabia precaucion! Desde luego no seria otra cosa que un comercio de personas extravagantes que no se encontrarian sino para chocar unas con otras, y no se hablaria sino para satirizarse.

La educacion que anticipadamente y con razon se le da á la juventud,

es un obsequio que se tributa á la sociedad, pues teme cada padre presentar un hijo ignorante ó vicioso. Debemos temer con mas fuerte razon, ofrecernos al público antes de haber hecho caudal de las buenas cualidades que él exige; ¿ pero de donde hemos de sacar esta especie de perfeccion, tan necesaria para vivir en buena inteligencia con nuestros iguales? El colegio nos hace alocados ó pedantes: nuestros maestros nos enseñan á conocer á Alejandro y César, y apenas nos hablan de nuestros contemporáneos. Un estudiante sabe las costumbres de los griegos y romanos, é ignora las de su propio suelo: la atencion que todos tenemos de ocultarnos á nuestros parientes, es otro nuevo obstáculo: usurpándoles una parte de lo que somos, les quitamos enteramente los medios de formarnos. Quedará, pues, reservado á nosotros mismos el cuidado de doblarnos á gusto de aquellos que frecuentamos.

El alma nos dará avisos importan-

tes: ella está mejor que nadie en la confianza de nuestro carácter, de nuestras inclinaciones, y de nuestro humor: ella conoce cuál es el juego de nuestras pasiones, y el uso que hacemos de nuestros sentidos; últimamente, ella se ve á sí misma, y por consiguiente nos enseña el modo como debemos tratar á nuestro prójimo.

No haya miedo que se arrojen á la aventura los pensamientos cuando uno los ha consultado fielmente consigo mismo. El sabio nos encarga con justicia que demos muchas vueltas á la lengua antes de declararnos: él sabia mejor que nadie, que la reflexion debe preceder siempre á nuestras conversaciones.

No hay cosa tan útil al hombre como hallar sobre los labios el pincel de su propio pensamiento: entonces por este medio explica de un modo del todo corpóreo una cosa absolutamente espiritual, y manifiesta su interior á los hombres con tanta facilidad como si fuera trasparente. Este método es necesario. ¡Que cosa mas admira-

ble que comunicarnos las ideas con el auxilio de un sonido! ¡sonido maravilloso! Este es el vínculo de las naciones, la voz de la fama, el remedio de los males, el sainete y sazon de las compañías y festines, de modo, que sin él la naturaleza parece muerta.

Pero es preciso usarle oportunamente. De este modo se consigue evitar tantas palabras temerarias, y tantas disputas contenciosas que no pueden dejar de turbar la prudencia y la dulzura. Nadie debe llevar á la conversacion pública sino mucha cortesía y condescendencia. Todos saben que no nos toca dominar á otro sino por via de insinuacion: que es preciso formarse un carácter conforme á mil diferentes genios, y respetar hasta un cierto punto las opiniones de otros.

Si tantos hombres constituidos en dignidad hubieran reflexionado seriamente, ¿se harian tan inaccesibles á los desgraciados? ¿Dejarian en una antecámara á sus propios hermanos

consumirse de pesar y enojo, y se despojarian de la humanidad, por cubrirse con una vana máscara de grandeza? Su alma, sin duda alguna, les haria ver hombres verdaderos, y respetables ciudadanos en aquellos mismos que no se dignaban ver. ¡Eh¡ ¿desde cuando se ha hecho gloria el desconocer á nuestros iguales?

¡Que diferencia tan notable entre el hombre que solo mira las exterioridades, y aquel que entra dentro de sí mismo! El primero se cree un centro á donde todo va á parar: el segundo un manantial que debe correr por todas partes. Aquel constituye su gloria en rechazar al necesitado, y en no conocer otros instantes que los del placer ó fantasía: el otro va á buscar el mérito en medio de la pobreza, y deja sus propios negocios por oir á sus hermanos y socorrerlos. Sabe que para los ojos del mayor número de los grandes una audiencia pública, no es mas que un espectáculo de vanidad, y que los desgraciados no se juntan alli sino para incensar, tem-

blando á una deidad que en fin aparece, y á ninguno remedia. Y asi estas sabias reflexiones le merecen el título precioso de amigo del género humano.

En cada modo diferente de conversar con los hombres se entrevee el comercio del alma como aquella que nos guia. Ya se aconseje ó proyecte, ya se obedezca ó mande, es preciso, ante toda comunicacion exterior, disponer las cosas interiormente. Esos hombres famosos, que ya rayos de guerra, ó ya ángeles de paz, afirmaron el trono de los soberanos, y la felicidad de los pueblos, no sacaron ciertamente su prudencia y su política del seno de la disipacion, y de los placeres. No se les vió derramarse por los reinos, de quienes fueron unos como salvadores, sino despues de haberse desprendido de la soledad, y del recogimiento. No hay que temer que se pongan los ojos en el hombre voltario y disipado cuando se trate de elegir algun árbitro ó medianero: todos van naturalmente al que prefie-

re el comercio de su alma á cualquiera otra compañía. Este es el héroe que se destina, y con razon, para grandes empresas.

No se puede dar á conocer cuanto trabaja el alma que se consulta para mantener aquella dulce armonía que debe reinar entre los humanos. Aqui medita vastos proyectos, alli busca los medios de ejecutarlos. ¿Es preciso asistir en visitas ó conversaciones? Se tiende primero la vista sobre las personas que se han de tratar, y se impone la precisa ley de callar lo ridículo de unos, y tolerar las preocupaciones de otros: bosqueja interiormente la conversacion que ha de tener á la parte de afuera: se prevalece contra el enojo, tan comun entre las gentes de mundo; y en fin, compone de modo sus sentidos, que á ninguno hace traicion, ó con una risa indiscreta, ó con un ademan inconsiderado.

¿De donde nace que aquel jóven se presenta siempre en una tertulia, ó concurrencia con los ojos extraviados, que toma un aire decisivo aun

en presencia de sus maestros, y apenas se digna responder á las preguntas que se le hacen? de que ignora el arte de pensar, y no ve que la decencia y cortesía deben ir delante de cualquiera persona que se ofrece al público.

La verdad, que forma esencialmente el carácter del hombre honesto, es la alma de la sociedad. Ninguno deroga esta ley, ni altera este respeto comun, que es preciso usar mútuamente, sino aquel que se aparta continuamente de su alma, del verdadero Mentor á quien debe seguir. Si no se reflexionara, jamas se conciliaria la sinceridad con la condescendencia. Sin embargo, hay un medio que nos mantiene entre los dos escollos de contradecir ó mentir. ¡Cuantas obligaciones hay de sociedad mucho mas importantes y delicadas de lo que se imagina, y de las que nos instruye el sentimiento íntimo! ¡Cuantas circunstancias, en las que tenemos necesidad de toda nuestra razon!

Hay una condescendencia que de-

genera en vergonzosa esclavitud, y que el juicio nos inspira que la despreciemos, aunque sea de última moda. ¿En donde faltan preciosas ridículas, jugadoras eternas, que pretenden tener derecho para disponer á su arbitrio del tiempo de todos? Es preciso absolutamente idolatrar á las unas, y perder los dias y el dinero con las otras: la reflexion nos librará de estas miserias: ella á nadie presenta en las tertulias ó concurrencias sino con un aire filósofo que no disgusta aun á las personas mas disipadas. Yo he visto bastantes veces en círculos brillantes, hombres que no hablaban del juego sino para burlarse de él, de las modas para criticarlas y hacerse querer mas que otros. Tenian libertad para aparecerse, y desaparecerse cuando se les antojaba: de este modo se mantenian exentos de toda servidumbre aun en medio de la servidumbre misma, y su ejemplo probaba evidentemente que se puede frecuentar el mundo sin dar en sus trabas ó prisiones: basta presentarse uno por lo

que es, y conservar bien su carácter. A veces no se necesita mas que una agudeza ó prontitud sazonada para desconcertar todo el aparato con que se tratan los usos ridículos. Seria cosa muy feliz si se pudiera desembrollar con la misma facilidad el interior de los hombres.

El mundo hormiguea en embusteros, que se sirven de la máscara de la amistad, y que es preciso observarlos de muy cerca. Ciertamente es querer exponerse á crueles remordimientos el entrarse de repente en compañías que no se conocen. El alma entonces se huye como á pesar nuestro, y las pasiones que se apresuran en ocupar su lugar nos conducen á muchos peligros. Ya entonces no estamos en el regazo de la franqueza, candor y cortesía, antes bien nos vemos asaltados de ficciones, chismes, traiciones y calumnias. El uno viene á sorprender nuestra bondad contra un amigo antiguo, el otro á sacarnos un secreto para abusar de él. El comercio con nuestras almas nos preser-

va de estos peligros, y nos obliga á hacer anatomía del corazon y talento de los que hemos de tratar. El que sabe conversar interiormente jamas se acompaña con amigos sin enviar delante de sí una luz capaz de penetrar hasta sus entrañas. Es preciso que preceda siempre una duda metódica á cualquiera nuevo enlace. Cuando se trata de vivir en otro, y multiplicar su ser, nunca será demasiado el exámen y brujuleo que se haga de las personas con quienes deseamos formar tal intimidad. Los enlaces ó conexiones que no son sino obra de una simple entrevista, ó se hacen lazos peligrosos, ó roturas ruidosas. El furor toma muchas veces el puesto de la amistad, y ya no vemos sino un enemigo, cuya sangre debe correr á tierra, en aquel mismo que poco antes habiamos adorado repentinamente.

Encuentro un hombre que me abruma á cortesías; se da la enhorabuena de conocerme; quiere visitarme todos los dias; me agrega al núme-

ro de sus mejores amigos: si yo me rindo á sus primeras demostraciones, bien pronto me veré precisado á arrepentirme. Este mismo sabrá luego que yo vivo sin fausto y sin riquezas, que yo no llevo una comitiva de muchos criados, que no habito palacios, finalmente, que voy á pie. Ya tiene bastante para hacer otro concepto: desde entonces se afrenta de verme, me huye, y aun se extiende hasta dudar de mi probidad, y de este modo me veo altamente despreciado de aquel que el dia antecedente me acarició é incensó tanto y cuanto.

La conversacion interior nos enseña á mirar con precaucion el primer acogimiento de un rico que ignora todavía nuestra medianía: nuestra propia reflexion nos persuade que jamas nos midamos sino con gentes de nuestra fortuna y estado, y que raras veces hay que ganar en el trato, ó comercio con un hombre amigo de riquezas y honores: nuestra reflexion asimismo pesa el mérito de una persona que hemos visto; contrapesa sus

sentimientos con la reputacion que dicha persona ha adquirido, y se determina á amarla, no obstante haber oido hablar de ella, opinando, y con razon, que una virtud sin enemigos es muy pequeña virtud. Si se juzgara siempre de los hombres, segun los representa la envidia, seria preciso privarnos del comercio de las personas mas amables. No sin vergüenza de la humanidad, tenemos todavía presentes aquellas crueles sátiras compuestas contra los mas sabios y mas hombres de bien. Si sus expresiones eran exactas y sus acciones inocentes, se les acusaba la intencion.

Estas son, sin duda, circunstancias delicadas, en las que toda la razon debe servir de luz. La prevencion tan ordinaria, es efecto de un juicio demasiado inmaturo, y se consigue librarse de él, cuando hay la precaucion de no escuchar sino la voz de la equidad que habia en nuestro interior; pero un lisongero que es el que posee mejor el arte de engañar, se hace oir, y sobre todo de los gran-

des, que creen tan ligeramente el mal que se les dice de los otros, y se persuaden con mucho gusto el bien que se dice de ellos mismos.

El alma puesta en medio del santuario de nuestro interior, obra muy de otro modo. Lejos del estrépito de las pasiones y perjuicios, pronuncia que la crítica y los elogios son siempre inmoderados, y que el partido mas prudente es suspender el juicio. Sin todas estas reflexiones preliminares se habla al aire, se decide á la aventura, y se entra uno en una sociedad, como en el primer camino que se encuentra.

Si no se tratase sino de oir simplemente palabras, y articularlas cuando se conversa con los hombres, se podria discurrir antes de pensar. En tal caso la lengua no seria mas que un instrumento, que lo mismo que las campanas y las flautas, solo produciria vanos sonidos; pero la conversacion, siendo como debe ser, y como acostumbramos formarla, supone muchas cualidades del talento y del co-

razon. Es preciso figurarse un cúmulo de genios, ó caractéres tan diferentes como los rostros; una multitud de pasiones que hacen su papel alternativamente, y alguna vez todas juntas; un monton de opiniones que se contradicen unas á otras; una mezcla de bien y mal que ocupa sucesivamente; una confusion de ideas de fortuna y grandeza, ordinarios manantiales de esperanzas y desesperacion; un número infinito de proyectos, ya apetecidos, y ya despreciados, y en fin, un comercio de enojo, alguna vez entreverado de suspiros y bostezos: En medio de este aparato confuso, debemos aprobar ó condenar, reir ó lagrimear. Toda la habilidad consiste en saber hacer el papel oportunamente, y no equivocar ninguna de estas obligaciones; de otro modo se cometeria el crímen de lesa sociedad, que aunque muy comun en nuestros dias, no por eso hallará indulto en el tribunal de la prudencia y de la urbanidad. Pero se han mudado los tiempos: la juventud, esclava en otra

edad de toda decencia y decoro, hace gloria suya hoy de despreciar igualmente al público y las leyes.

Es poco menos que infalible hallar en cada compañía ó tertulia alguno de esos originales que llamamos *petimetres*. Solo con verlos y oirles una media palabra, se les gradua inmediatamente por el azote y martirio de la sociedad; se fuerzan para extinguir su poco juicio, conforme quieren hacer brillar el ingenio. Si por desgracia encaminan la palabra á algun hombre poco afortunado, se retractan inmediatamente con un aire desdeñoso; en medio de un círculo ó concurrencia numerosa, levantan su carro triunfal, donde galoneados de oro, y abrumados de diges, que han apreciado mas que á su alma, muestran que son ricos y majaderos al mismo tiempo. Este justamente es el hombre del siglo, el hombre de moda, el hombre que al parecer no tiene otra cabeza que la peluca. ¿Se encontrarán estos hombres admiradores entre los que conversan interiormen-

te? ¿Estos tales no se desterrarian del comercio del mundo, si entraran dentro de sí mismos? Pero esto seria hacerles demasiada violencia. Las personas de este calibre ordinariamente son hijos de familia perdidos que no dan ya con su razon, que se conocen muy poco ó nada, y se rien por lo regular de su propio retrato.

La presencia de su figurilla que ellos pasean, como furiosamente por todas partes, no es el solo mal regalo que hacen á la sociedad: sin duda no se sentiria fatigada en verlos; pero ellos la sobrecargan con una multitud de insípidas novelas, en las que se ensalza el vicio como virtud, y donde se confunde el alma con el mecanismo de los animales.

No puede sino esperar su degradacion y sonrojo el espíritu, por parte de unos sugetos que solo conocen su exterioridad, y no aprecian otra cosa que los sentidos. A lo menos ellos mismos se hacen justicia, creyéndose dignos de habitar solo entre los brutos, y sin duda harian únicamente su

sociedad, si cada animal no tuviera una vida regulada. Pero las palomas son castas, y las hormigas laboriosas; y ve aqui el embarazo.

Los paganos que jamas hicieron ver otra cosa que algunos rayos de su alma, se creyeron dioses: nuestros *petimetres* que nò conocen sino sus cuerpos, se creen animales. Muy bien, pues desde ahora los declaramos tales, supuesto que ellos apetecen ansiosamente tan alta dignidad, y por consiguiente les suplicamos que roan yerba, balen y relinchen, y no incomoden mas á la sociedad humana. Yo soy aqui su intérprete y nò temo que me desmientan.

¿Se derramarian tantos y tan malos libros en el público, y se leerian, si cada uno rindiera á su alma, y á la sociedad el honor que se les debe? Nuestra alma es imágen del Ser Supremo, y merece todo nuestro obsequio; la sociedad es una copia fiel de nosotros mismos, y pide toda nuestra atencion. El Criador se pinta en nuestro interior, y nosotros nos pin-

tamos despues á los ojos de los demas. A nosotros nos toca impedir que los sentidos nos desfiguren estas pinturas, ó que la sombra de las pasiones no las haga desaparecer enteramente. Todo consiste en manejar con destreza el punto de vista, temerosos de chocar con un público á quien todo hombre debe respetar; pero son pocos los que solicitan ganar al prójimo, pues vemos que ellos se pierden á sí mismos.

De aqui nacen esos monstruos que parece no tienen lenguas, ni oidos sino para oir y hablar en ofensa del público. Siempre dispuestos para chocar con cuantos encuentran, no respetan su alma, ni la de sus hermanos. Vemos que corren de casa en casa á inquietar familias y embrollar amigos: este es el deleite en que se ceban. ¡Que horror concebirian de tan infame conducta, si entraran dentro de sí mismos! Su mismo corazon, inmediatamente seria su propio acusador, y tambien inexorable juez.

¡Que bella escuela nos ofrece nues-

tra alma para aprender á servir, y disculpar á nuestro prójimo! Si tantos hombres que se hacen reformadores del universo, hubieran recibido algunas de sus instrucciones, ¿no serian mas dóciles, mas accesibles y mas pacíficos? Solo por falta de meditacion, y por falta tambien de vivir consigo, se lleva á todas partes el mal humor, y vuelven sus armas contra unos y otros, cuando seria mas justo las volvieran contra sus apetitos y preocupaciones. Eh! sin ir á buscarlas fuera, hallaremos bastantes reformas que hacer dentro de nuestra casa, si somos tan zelosos del bien; pero esto no acomoda á la ansia que los hombres tienen de dominar; los que han nacido para servir y obedecer, creen desagraviar su condicion juzgando á sus amos y señores; quieren contrarestar con esta autoridad delincuente, la legítima autoridad de sus superiores.

¿La conversacion interior podrá empeñarnos jamas en semejantes conversaciones? Solo una disipacion uni-

versal que puebla las ciudades de tantos hombres, cuya ocupacion diaria es no tener alguna, piensa de esa manera. Es preciso necesariamente que hablen ya que no piensan; que observen á los otros, pues se olvidan de sí mismos. Una alma abandonada á la impetuosidad de las pasiones, y al error de los sentidos, ¿tendrá por ventura tiempo de pesar las palabras que ha de librar al público?

¿Por que vemos tantas cartas que deberian ser retratos del corazon, desmentidas con las obras y discursos? La pluma solo traza líneas que el espíritu niega, ó cuando menos las ignora. Quiere un hombre escribir, y se confia enteramente del movimiento de los dedos, y del hábito de pintar palabras, y al mismo tiempo la disipacion le impide que piense lo que escribe, y si acaso piensa es solo para disfrazarse. ¡Cuantas cartas hay en las que son forzados los sentimientos, y reprimido el estilo! Se conoce por ellas que la alma que las dictó no tenia libertad. Y asi la mayor afrenta

que puede hacerse al mayor número de los hombres, es carearlos con sus propias cartas; apenas acertarian á conocerse por los rasgos de semejantes pinturas.

El desgraciado disfraz de nosotros mismos, es el que nos impide siempre el cumplir con las obligaciones de la sociedad. Todos se ofrecen presurosamente á prometer lo que no quieren cumplir, y asi faltan á su palabra, y pecan en esto contra la probidad. Basta una seria reflexion para librarnos de estos despropósitos que verdaderamente pueden llamarse disminuciones de la hombría de bien. Aquel que entra dentro de sí mismo, no se empeña sino en lo que puede y debe ejecutar: este tal quiere que el sí de la lengua sea el del corazon: de otro modo cualquiera que sea el grado que tenga se hace despreciable, y se le aplica lo que dice un excelente autor: *Es muy necio carácter el no tener alguno.*

Los beneficios deberian ser el mas dulce vínculo de la sociedad, pero se

conversa poco hoy dia de este modo. Es preciso subir muy arriba, y andar muchas lenguas para hallar bienhechores verdaderos; todos temen tanto derramar los bienes temporales, cuanto se ama disipar los de su alma. Si, por casualidad se hace algun favor, es con tanta escasez que destreye todo el mérito de la generosidad. Hay demasiadas personas, cuyo corazon es mezquino, por el hábito que tienen de no elevar jamas sus sentimientos. Estas ignoran aquella verdadera grandeza que proporciona las liberalidades á las condiciones, y que mas bien quiere se diga, eso es demasiado que no eso es bastante. Se distribuyen bienes, y no se conceden gracias sino por hacer se sienta la superioridad. Basta pedir el socorro de alguno para decaer inmediatamente de su condicion ó estado. Parece que ya no pueden existir en un hombre á quien se favorece, aquellas mismas cualidades que se notaban antes, como si la pobreza arruinara repentinamente el nacimiento, los talentos y las virtudes.

Esto supuesto, ¿extrañaremos que se hallen tan pocas personas agradecidas? Sin duda el agradecimiento se hace gravoso para los que hallan bienhechores tan reservados. ¿Como he de quedar yo agradecido á un hombre que apenas me ha dado la preferencia sobre una miserable moneda de oro, ó sobre una simple carta de favor que se le sacó por fuerza? Queda uno avergonzado cuando reflexiona que debe alguna correspondencia á personas extravagantes y soberbias, que no conceden sus favores sino á una ruin bajeza: en este caso se olvida cuanto mas antes al bienhechor para tener mas razon de despreciarle, y este, á mi ver, es todo el agradecimiento que se les debe.

¿Quieres conseguir gracias del que consulta su alma, y se familiariza con los grandes sentimientos que ella inspira? Hazle saber no mas tu intencion, y al instante serán cumplidos tus deseos. Mas le obligarás á él que él á tí, ofreciéndole ocasion de favorecerte. Este tal no tomará de su dig-

nidad y riquezas sino la facilidad que ellas le prestan de poder socorrer á su prójimo: dará gracias á cualquiera que le lleve desgraciados para socorrerlos. Su corazon se hará el asilo de todos los que padecen.

Al contrario, ¿que sucederá con una persona entregada á la sociedad, si antes no ha sacado de sí misma motivos para merecer el título de generosa, y aquel que por último se concede á las virtudes? Sus servicios no serán sino reprensiones del necesitado: sus promesas vanas palabras: sus procederes imprudencias y contrariedades, y su vida un círculo vicioso de frívolas diversiones. Ya no hay tiempo de observarse á sí mismo en medio de un mundo que nos asedia, á menos que no sepamos huir de la confusion oportunamente, pues de lo contrario llega á morir el hombre sin conocerse.

De aqui resulta que los hombres que viajan, pocas veces se aprovechan de lo que podian aprender. Este método de conversar con todas las

naciones se convierte en una disipacion que nos saca de nosotros mismos, y no nos deja tiempo para reflexionar. Se embarca con gran priesa á un jóven en el comercio de todas las naciones con un ayo ignorante ó necio. Camina el jóven, y no halla sino ocasiones de perderse de vista: cree que una simple ojeada, puesta en una estatua ó en un retrato ha de darle una ciencia universal, y que luego podrá votar en el asunto como pintor, escultor y arquitecto: se persuade que deslumbrando á los extrangeros con sus trages y boato, con quienes no tiene otra relacion, va sobre sus costumbres á mejorar las suyas repentinamente; pero él no advierte que entonces está su alma mas lejos de él que su patria, y que la ha visto mucho menos que lo que va viendo al paso. De este modo, privado del resplandor de esta antorcha, lleva sus defectos á todas partes, y no logra virtud alguna.

¡Que diferencia tan grande habria, si hubiera aprendido antes á conversar consigo mismo! El habria vuelto

á su patria cargado de excelentes riquezas: habria tomado prestadas la solidez de unos, y la política de otros, con que hacerse útil á la sociedad: habria comenzado deponiendo toda preocupacion, respetando la forma exterior de cada gobierno, y conformándose con los usos del pais.

No obstante toda esta utilidad que se puede sacar de los viages, no son tan necesarios como se cree. Es muy fácil aprender cada uno en su misma casa las costumbres de todas las naciones. Algunos hombres doctos y conocedores del mundo han enriquecido el público con relaciones muy exactas, y todos los europeos, tan vecinos unos de otros, se conocen mútuamente. La mayor ventaja que se puede conseguir con esto, es apartar á los jóvenes de los malos ejemplos; pero si ellos encuentran en su casa sólidas instrucciones, quédense en ella, y empleen preciosamente un tiempo, cuya mejor porcion se pierde en los caminos públicos. Si se viaja muy temprano, nada se puede observar, y si

se hace en edad mas adelantada se desvia uno de profesiones que es preciso abrazar entonces, y no se logra otra que la de viagero: se arriesga, por último, á coligarse con aventureros, ó juntarse con insensatos, que confunden ellos mismos el hombre galante con el vago. Conversemos con nosotros: veamos el mundo remoto en la historia, en la geografia, y pensemos que el que llevamos en nosotros mismos nos servirá mas que cualquiera otro, cuando queramos observarlo.

Sin embargo de lo dicho, se podria viajar de un modo excelente, modo tan poco usado, que apenas se conoce. El sabio Cardenal Quirini supo practicarle, pero con todo el suceso que se podia esperar de su gran talento. Ni los edificios, ni las estatuas, ni las pinturas (objetos que se hallan á cada paso, y de los que cualquiera puede tener copias á la vista) fueron los que principalmente fijaron su atencion: él no hacia mas que verlos al paso, y solo procuraba la utilidad de tratar á los sabios, y contraer amistad con

ellos. Su correspondencia, y sus bibliotecas le parecieron siempre preferibles á una contemplacion estéril de medallas y bajos relieves. No habia hombre famoso que él no fuese á buscar en Holanda, Alemania, Francia, Inglaterra é Italia. La atencion en leer sus obras precedia siempre á sus visitas. Puede consultarse sobre este asunto la vida del ilustre Quirini, compuesta por él mismo, y luego se convencerá cualquiera, que es mucho mas útil frecuentar sabios, que examinar mil antiguallas, en las que todo el mérito consiste en estar desmoronadas, ó llenas de roña; pero cuanto mas los hombres tienen el furor de rejovenecerse, y el cuidado de evitar los ancianos, tanto mas se complacen en ver pinturas viejas, y en jactarse de la antigüedad de sus familias.

En cuanto á la mútua correspondencia entre las naciones, establecida por el comercio, se reconoce en ella ser obra del alma, siempre amiga de la sociedad. Sus reflexiones, y sus consejos son los que llevaron los viageros

á todas las partes del mundo para ir á sacar de ellas secretos y riquezas. De aqui es, que la *conversacion consigo mismo* ha puesto á cada uno en estado de poder decir con certeza: ahora para mí estan poblados los mares de navíos, los caminos públicos llenos de correos, se trae el oro del Perú, el café de Arabia, se dan batallas, se defienden las fronteras, y se castigan bribones.

Por todas partes vemos esta individualidad en la que entramos nosotros: ¿cuantas veces, conversando con nosotros mismos, hallamos medios de conversar con los otros? La sociedad exige que no dejemos que se escape cosa alguna de las que requiere el bien público. Si escuchamos atentamente á nuestra alma, seremos tan buenos ciudadanos como verdaderos filósofos, y sabremos distinguir el amor á la disipacion del de la sociedad. La desgracia está en que confundimos lo uno con lo otro casi siempre, y que ninguno quiere tener por enemigos del género humano, sino á los que no se

comunican con persona alguna; ¿pero de qué utilidad puede ser un hombre que solo piensa en fruslerías y bagatelas, y pasea su ociosidad y enojo de casa en casa? Es preciso creer, sin que valga contradiccion alguna, que este es menos amigo de sí mismo y de sus hermanos, que el solitario mas retirado.

Dividido el universo en cuatro clases diferentes, solo ofrece una especie de hombres que se aplican con utilidad, con alegría, y en una palabra, filosóficamente, y aun esta clase consta de muy pocos sugetos. Todos los demas malogran toda su vida en el flujo y reflujo de las frioleras y monadas del siglo, ó se entregan á estudios que, sin consecuencia y sin método, se hacen peores que la ignorancia misma, ó en fin confunden la soledad con la misantropía, y se confederan con esta como con la verdadera filosofia. Conversemos con nosotros mismos, y sabremos ser serios y festivos, oficiosos y reflexivos; pero hay innumerables jóvenes que creen conversar consigo, cuando se abandonan á su mal

humor. Esta ilusion crece cada vez mas y mas, con tanto extremo, que si continúa, perderemos la filosofia, y solo tendremos hombres enemigos de la sociedad. El alma tal cual debe ser, le parece al sabio un jardin esmaltado de todos colores; pero el alma desfigurada por las pasiones y la preocupacion, se hace el asilo de la turbacion y del enojo.

CAPITULO XI.

Del modo de hacer á los sentidos y las pasiones propias y convenientes para la conversacion consigo mismo.

Nosotros, sin duda, no estamos obligados á reconciliarnos con las pasiones y los sentidos, porque de lo contrario se sospecharia que las mirabamos como un funesto regalo del Criador, ó que habiamos querido formar un hombre imaginario. El espíritu tan íntimamente unido á la materia, no podria habitar un universo terrestre sin conocer los objetos corpóreos. Solo despues de la muerte ocu-

pará el lugar de este un comercio absolutamente espiritual, separado en un todo de los sentidos. Actualmente estos nos dan á conocer la bondad de los cuerpos que pueden servir para la conservacion del nuestro, y nos esparcen por medio de una sociedad que debemos cultivar, y finalmente son ministros de aquellos placeres que el Ser Supremo quiso adherir á las necesidades de esta vida.

En vez de examinar la propiedad de cada alimento, y de estudiar la esencia de cada perfume, es un camino un poco mas corto aprenderlo por el gusto y el olfato. El hombre oprimido del hambre no tiene tiempo de discurrir, es preciso que coma. Cuán en vano intentaron los estoicos obstentarse insensibles al placer y al dolor: cuán en vano quisieron mostrarse indiferentes á todo lo que llama la atencion y afecto de la humanidad; la experiencia habitual desmentia altamente su extravagante filosofia, y el menor picazo de una mosca les quitaba cada dia discípulos.

Uniendo el Criador las almas á los cuerpos, no pretendió colocarlas sobre bultos ó moldes de metal ó hierro. Dió por compañera al espíritu una carne flexible, compuesta de músculos y nervios, orejas y ojos. El amor del órden exige, pues, que sintamos el dolor como un mal, y el placer como un bien; pero quiere al mismo tiempo que no hagamos de tal sensacion nuestra desgracia, ni nuestra felicidad. Por un trastorno deplorable se ha hecho el tirano de nuestro corazon el comercio con los entes corpóreos, y aqui es donde todos debemos lidiar contra el cruel imperio de nuestras pasiones; estas comunmente se hacen enemigos poderosos, cuya fuerza y astucias es necesario conocerlas para poder librarse de ellos.

Si cada pasion combatiera sola, se pudiera destruir su imperio fácilmente; porque las pasiones aisladas y sin un perfecto concierto entre sí, no podrian sostenerse mucho tiempo; pero se fortalecen unas con otras; las mas distantes se acercan, y las mas fuer-

tes socorren á las débiles. Su marcha ordenada se asemeja á la de un ejército que se dispone para el ataque: ellas se hacen señoras de la imaginacion, á quien rinden violentamente; despues por medio de los espíritus animales, que se derraman por todas las partes del cuerpo, se introducen hasta el corazon: este sintiéndose sitiado por todos lados, y hallando una dulzura aparente, bajo de este nuevo yugo, se retira con la afrenta de ser vencido.

Sin embargo, no teniendo la institucion de las pasiones y sentidos nada de malo, y haciendo al hombre capaz de merecer, síguese que se puede, y se debe regular su uso. El célebre Senault en su tratado de las pasiones, se propuso la dichosa metamorfosis ó transformacion de las pasiones en virtudes, y la cosa es muy posible. Este es el grande arte que distingue al prudente del temerario, al pacífico del turbulento, y al virtuoso del malo, arte que en todos los tiempos fue el estudio de los verdaderos filósofos.

Emplearon la vida en apartar las imágenes impuras de su imaginacion, y tener el corazon en sus manos, temerosos de alguna sorpresa.

Nuestra vida debe pasarse de este modo en conseguir diariamente victorias contra las pasiones y sentidos. Si triunfamos por esta parte, mereceremos, no hay duda, muchos mas elogios que todos los vencedores que abrasaron ciudades, y arruinaron pueblos y provincias. La verdadera razon borra de sus mausoleos el título de *Grande é Inmortal*, para ilustrar con ellos al héroe que sabe vencerse á sí mismo.

¿No es á la verdad un espectáculo encantador, y mucho mas brillante que el que comunmente se admira, el ver un Príncipe, por ejemplo, establecer en sí mismo un sabio gobierno y mantener en él una sabia política? Este no impone ley alguna, sino despues de habérsela impuesto á sus pasiones y sentidos: hace que esten con el mayor respeto á su lado, del propio modo que sus soldados. Esta di-

chosa situacion le pone enteramente en libertad, y le libra de innumerables sujeciones gravosas. Aunque repentinamente se viera despojado de sus riquezas y dignidades, de sus cortesanos y palacios, hallaria dentro de su alma mucho mas de lo que habia perdido. Los sensuales sentirian mas que él esta pérdida aparente, mientras que él la juzgaria una verdadera ganancia, y se regocijaria interiormente de no tener que gobernar sino á sí solo. Su corazon mas grande que el universo, le desagraviaria prontamente de algunas provincias, y de algunas ciudades que le habia arrebatado el capricho de la suerte.

De aqui resulta, que jamas será excesiva la resistencia contra los esfuerzos del cuerpo en favor del espíritu; es preciso acostumbrarse á no creer las relaciones que hacen los sentidos de los objetos terrestres. Hay un cierto órden del que es muy peligroso separarse, y que, bien observado, conserva toda la superioridad del espíritu. Los sentidos entonces no hacen

mas que obedecer, y no se atreven á tomar el tono imperioso que á sola el alma le pertenece.

La Música, por ejemplo, ha herido nuestros oidos y nuestra imaginacion, nos hemos dejado vencer del primor de algun Maestro, nos sentimos absortos, y ya hemos concebido la idea de abandonarnos á esta arte. Si no tenemos cuidado de velar sobre el esfuerzo que estas impresiones pueden hacer en nuestro espíritu, no estimaremos ya sino el talento de los músicos. En tal caso, tomado absolutamente este partido, todos los dias tendremos clavados los ojos en notas, toda la armonía del universo nos parecerá menos hermosa que el mas infeliz concierto. Dado que despues reconozcamos nuestra ilusion, el dominio que ya habrá adquirido sobre nosotros, supeditará cualquiera reflexion. No pensaremos que, si es permitido tener una idea de la música, es fuera de toda razon aplicar toda el alma á ella, y fijar todos sus pensamientos sobre un simple instrumento,

y no tener ya oidos sino para óperas, arias y tonadillas.

¡A donde no irán nuestros sentidos como arrastrados, al oir dulces conciertos en un soberbio palacio; en el que por todas partes brilla el esmalte y el oro, en el que la armonía y la profusion de los festines concurren igualmente á exhalar el imperio del placer y la afeminacion! Entonces se siente nuestro corazon víctima de nuestros oidos y de nuestros ojos, y como fuera de nosotros, revolotear sobre tantos objetos encantadores. Ya se transforma en todo lo que le llama la atencion, y ya se apresura á beber ansiosamente el deleite. Pero oigo que la razon le grita: prestemos atencion á sus voces, y conseguirémos la victoria. Inmediatamente la razon nos hace ver una multitud de disgustos y zozobras que roen las entrañas de los habitantes del palacio, y un vacío formidable que los ha desnudado de todas las virtudes, al mismo tiempo que ha vestido sus salas de espejos y exquisitas colgaduras. ¡Oh que dicha!

entonces recobramos un corazon que, por su extravío é inconstancia, iba á precipitarnos en un abismo de peligros.

El hombre que siempre ha de velar sobre sus sentidos, debe tambien desconfiar de su imaginacion, y fortalecer, digámoslo asi, aquella parte débil de sí mismo, para defender el resto de la plaza. Tenemos la ventaja de que nuestra alma no puede ser conmovida sin sentirlo, porque siempre advertida por un cierto aviso de que esté sobre sí, tiene tiempo de examinar. El movimiento de los espíritus animales es una voz que grita, *que vá el enemigo*, Esto no sucederá á la verdad durante la emocion que debe juzgar el espíritu: su funcion es detenerle antes de toda reflexion: el grande arte consiste en hacerlo con sagacidad y prudencia. ¿Cuantas veces sucede que la imaginacion á fuerza de querer hacer resistencia contra alguna ilusion, se abandona mas á ella? Hemos visto personas que por último cayeron en violentas tentaciones, por haberse obstinado en rechazarlas con

demasiado calor, á embates del espíritu. Un enemigo nunca se muestra mas inflamado que cuando se fomenta mas su furor: la indiferencia ó frialdad es á veces el mejor medio de aplacarle.

Algun regreso casi insensible hácia un objeto desprende al alma del mal que la aficionaba, y que quizá la hubiera arrastrado. Se divierte la atencion de un placer momentáneo, dice Malebranche, con la idea de la eternidad; este contraste inopinado de dos objetos tan contrarios, forma una especie de rebulsion en los espíritus, y en toda la máquina. Si hay cuidado de no separar jamas estos dos pensamientos, no se sentirán ya en el interior ciertas impresiones del mal, y se hallarán al mismo tiempo medios oportunos para deshacerlas: es preciso, por decirlo asi, bombear al alma, y saldrá de ella con que extinguir el fuego de las pasiones. Pero ignoramos los socorros que tenemos interiormente, por negligencia en no usar de ellos, asi como los moradores de las ciuda-

des andan diariamente sobre fuentes de aguas vivas que corren por las entrañas de la tierra, sin saber aprovecharse de ellas: se dejan abrumar de los calores del sol, y no trabajan en templarlos, sacando un remedio que les ofrece la naturaleza.

Podemos decir al intento, que las pasiones son aquellos domésticos que hacen el papel de nuestros enemigos. *Inimici domestici ejus*. La mejor inteligencia que se puede tener con ellas, nunca ha de hacernos olvidar, que pueden hacerse nuestros tiranos. Esta desgracia sucede con bastante frecuencia luego que el alma les permite una cierta familiaridad. Nadie puede negar que su comercio es seductor y engañoso; porque los sentidos saben disfrazarse de mil modos diferentes: ya se muestran tímidos, no atreviéndose á regular su rumbo sino sobre la rectitud de nuestra intencion: ya nos adormecen con referencias agradables de lo que han oido, ó por una perspectiva que desatendimos, y ellos tienen la sagacidad de representarla.

La imaginacion tarda poco en prestarse á sus deseos, y ella se hace condescendiente, hasta el extremo muchas veces de ser su esclava. ¿Con que elocuencia un personage famoso no nos ha pintado el desórden que nuestra imaginacion introduce esforzadamente en su retiro? *Yo tenia descarnados los miembros con las austeridades*, dice San Gerónimo, *yo no era sino un esqueleto, y vivia privado del comercio de los humanos; cuando la memoria de los espectáculos de Roma vino á atormentarme cruelmente. La representacion de aquellas fiestas, y de todos los objetos que habia visto, excitaba en mi interior una rebolucion contra mi espíritu.*

Una aplicacion séria, y sobre todo el estudio del Hebreo, le concedió la calma á este ilustre solitario. A fuerza de cautivar su imaginacion, la hizo dócil. Del propio modo, con un trabajo continuo conseguirémos repetidas victorias de nuestras pasiones y sentidos.

Casi todos los hombres saben resis-

tir á la fuerza: el amor propio, sin duda, los sostiene en este combate, pero ceden inmediatamente á la insinuacion. Comunmente nos entregamos á discrecion á todos los que nos acarician y lisongean. El sabio sabe muy bien desconfiar de estos artificios peligrosos; huye y se defiende de los peligros del deleite.

¿Puede dudarse que la fuga en ciertas ocasiones es mas gloriosa que una victoria casual? Cualquiera se lo persuadirá fácilmente, si el desgraciado hábito de juzgar de las cosas por el acaecimiento, no hiciera agravio á nuestras reflexiones. Todos quieren avanzar siempre aun á costa de perecer: sin embargo, el cuerpo por el cuidado que tiene de evitar el menor araño, ó huir el menor sobresalto, deberia servirnos de maestro. Nuestra alma tiene bastantes choques que temer: dividida entre lo que ella se debe á sí misma, y al turbillon de la materia sometida á sus leyes, no puede permitir al alimento, ni al sueño que excedan de sus derechos. A ella

le pertenece regular precisamente la cantidad, recelosa de concederles demasiado á los sentidos, que nunca dicen bastante. Sabemos, por una funesta experiencia, que el espíritu padece alguna vez paralisis, vaidos, y tambien delirios violentos, por haber dejado que el cuerpo se embruteciese con destemplanzas.

¿Cuantas veces el vino, ese enemigo furioso, no hizo frenético á los hombres mas tranquilos? Él hierve en nuestro interior con mucha mas fuerza y erupcion que en las cubas ó tinajas, donde cubierto de espuma, arroja su primer fuego. El amor es otra pasion que, cuando parece nos lisongea, se hace nuestro mas cruel verdugo. ¡Cuan en vano los poetas, y los forjadores de novelas hacen todos sus esfuerzos para darnos de él bellos retratos! Estos no son sino ficciones agradables en los libros, que solo pueden hacer hombres verdaderamente desgraciados. El amor es un sacudimiento que inquieta al alma, y un fuego que la oscurece y la devo-

ra: él se apaga casi tan pronto como se enciende, y no le deja al corazon sino la afrenta de haber sentido demasiado, ó el pesar de no sentirle mas y mas. Si puede causar por un instante placer, es mezclado con otros innumerables ratos de desesperacion y amargura, que da con bastante abundancia y prodigalidad. La ambicion no tiene agrado alguno para el hombre que se entrega á ella : sea cualquiera el empleo que consiga, solo se ocupa en las dignidades que espera lograr , y asi se le ve errar perpetuamente por cargos que no son para él , y jamas piensa en el que á él le pertenece. El tiempo presente no es su blanco, y asi no vive esperando vivir. En cuanto á la cólera, esta manifiesta su fealdad al instante en los rostros : ojos extraviados, cabellos erizados y boca llena de espumarajo, denotan la turbulencia en que pone á la razon.

Todas las veces, pues, que nos atrevemos á sujetarnos á las pasiones, ponemos grillos pesados á nuestra dulce

y preciosa libertad. Nuestro corazon está expuesto al saqueo: la mas vil criatura corporal tiene derecho para pretender su conquista, y aunque perecedera, nos precisa entonces á adorarla como inmortal, é inmediatamente, ya sea por encanto ó por hábito, no solo ofrecemos incienso á este grano de materia, sino que le divinizamos. Hay gentes á quienes un naipe ocupa mas que todo cuanto se ve y se piensa, y que cambiarian todas las virtudes del universo (si estuvieran en su mano) por un frívolo adorno ó vestido, por un equipage, y por una dignidad.

Yo no me admiro ya de que los cuerpos, en vez de darnos cuenta de su fragilidad, se atrevan á zumbar en nuestros oidos que intentan hacernos dichosos. Los hombres siempre fuera de sí, no pueden hallar aquella inteligencia secreta, ni aquel oido del corazon, que sabe juzgar de la armonia de las criaturas, ó de su disonancia. Basta que ellas hablen mal para que su conversacion nos encante. Es-

tos desórdenes acaecen porque no sabemos guardar un verdadero medio, ni mantener aquel admirable equilibrio que debe haber entre nuestro espíritu, las pasiones y los sentidos.

La ansia vehemente de adelantarnos, no seria ya sino una honesta emulacion, necesaria en el comercio de la vida, y el deseo de conservar nuestros bienes, y aun el de mejorarlos una gran prudencia y justa economía. La imaginacion en ciertas ocasiones nos inspira un temor racional, y no expondria al hombre á sustos pusilánimes, ni le representaria espectros ó fantasmas, cuya impresion se hace sentir de un modo terrible en lo profundo de la noche, ó en cualquiera oscuridad; porque solo la demasiada familiaridad con los sentidos es la que ha podido hacer á algunos hombres visionarios. No pudiendo perder la idea de los cuerpos, creen que ven á sus parientes ó amigos ya muertos, revestidos nuevamente y abultados. Ellos se figuran verlos tales cuales eran cuando vivian; con la misma talla, y el mis-

mo rostro; de manera que estas ilusiones mas bien se habian de llamar apariciones de los cuerpos, que de los espíritus.

Si estuviéramos mas desprendidos de la materia, procediendo de buena fé, ¿podriamos jamas pensar que seria decoroso á la grandeza del Ser Supremo, haber reservado al alma una inmortalidad para hacerla volver al mundo á romper muebles, cerrar y abrir puertas, correr cortinas, y por último hacer cosas que en el mas infeliz viviente se tendrian por locura? Eh! ¿los hombres no se devoran y destruyen bastante unos á otros, sin que tambien hayan de ser atormentados por difuntos aparecidos? ¿Que es el comercio de los hombres tan agradable, para que unos puros espíritus no puedan estar sin ellos? Dígase que amamos excesivamente las cosas sensibles, y asi no queremos que un espíritu exista sin su cuerpo, cuando ya no le tiene, y se despojó de él. No necesitamos figuras y sombras, pues de otro modo nos inclinariamos á creer

que habia una cierta correspondencia de pensamientos, y comunicacion de ideas entre nosotros y los muertos. ¿No son los delineamentos del rostro el sonido de la voz, y en fin un comercio corporal, el que echamos menos en nuestros amigos ya difuntos? Yo bien me temo que el comercio con su alma es el que menos nos ocupa.

¿Por que las gentes del campo se persuaden mas fácilmente que han visto lobos ahulladores, sino porque siempre ocupados en la custodia y defensa de los animales, que siempre tienen á la vista, conservan mas viva impresion de ellos en el cerebro? Si viviéramos entre gigantes, creeriamos que los muertos se aparecian en forma de gigantes. Todas nuestras visiones hacen progresos á proporcion de las preocupaciones que hemos recibido, y de los objetos que miramos. Puede ser que el *Vampirismo* no se haya acreditado tanto en la Hungría, sino por un esfuerzo vehemente de la imaginacion y de los sentidos. Este ha sabido persuadir á innumerables hom-

bres que los muertos salian de cuando en cuando de sus sepulcros, y venian á chupar la sangre de los vivientes. ¿Cuantas pruebas se han alegado en testimonio de este prodigio ya explicado fisicamente, y ya teológicamente? Pero lo cierto es, que todos estamos dispuestos para favorecer la mentira. A puro escuchar el lenguage de los cuerpos, todos en fin se determinan á formar juicios sobre lo que ellos relatan, con tanta seguridad como si fueran infalibles.

De aqui resulta el espíritu de probabilidad tan funesto entre los doctos: de aqui dimanan tantas verdades confundidas con los errores; de aqui provienen aquellas injusticias tan contrarias á la razon que nos precipitan en dudas formidables. ¿Se ha tomado sin exámen la defensa de un malvado? Es preciso sostenerla. ¿Se ha condenado un inocente? no se debe retroceder. ¿Nos ha disgustado el autor de un libro? pues su obra, aunque sea admirable, es preciso que nos disguste. ¿Se ha abrazado una secta contra toda ra-

zon? pues se ha de seguir hasta el último aliento. Aun en el mas sabio se notan tristes vestigios de estas infelices preocupaciones. Parece que los sentidos, deseosos de reducirle, se vengan sobre su espíritu, porque sus placeres no han hecho impresion en su cuerpo, y ve aquí de donde nace la gran dificultad de hacer que un hombre preciado de devoto se desimpresione de su preocupacion. Podemos decir, generalmente hablando, que el orígen de todos estos males asciende muchas veces hasta nuestros mas inmediatos parientes.

Yo veo desterrado un hijo por su propia madre de la casa en que nació: menos dichoso que un animal doméstico al que queremos criar nosotros mismos, va á ser presa de una aldeana mercenaria y grosera, de quien compra bien cara la leche y las preocupaciones. No volverá este infeliz niño á su casa sino con la cabeza llena de cuentos los mas extravagantes. Estas primeras impresiones se extienden, se fortalecen, y ve ahí desde en-

tonces salir al gran teatro del mundo un nuevo amigo de los sentidos. Las preocupaciones adquieren cada dia nuevos discípulos. La primera edad no es tan indiferente como se cree. Todos recibimos fácilmente las ideas de las personas que nos mantienen con su propia sustancia, y participamos de sus inclinaciones y preocupaciones, del propio modo que de su sangre que se hace nuestra.

¿No es cosa bien lastimosa el ver con cuanta aceleracion se le da una crianza absolutamente sensual á los niños? ¿Se les dice jamas que admiren su alma, y se les hace á lo menos traslucir los socorros, y la excelencia de un ser racional? Acordaos que descendeis de tal y tal sugeto, que mañana poseereis grandes riquezas, y llegareis á grandes honores; este es el primer idioma que se les enseña. La inmortalidad de su espíritu, y la comunicacion íntima que debe tener con Dios, no les parece que son objetos bastante importantes.

Casi todos los que han escrito me-

jor de la educacion, no han reflexionado sino en recompensas ó castigos sensibles, y de este modo no hacen de los niños sino unos esclavos de los sentidos. Y asi el mayor número de los cuidados de educacion comienzan estableciendo la pequeña felicidad sobre un bello vestido, sobre un embeleco, sobre una flor, y sobre una fruta. Un maestro ilustrado astutamente debe apartar la vista de su discípulo de los entes corpóreos, y aplicarle cuanto antes á que ponga atentamente la mira en objetos espirituales. Es preciso que le repita frecuentemente que la figura de este mundo es pasagera y de corta duracion; que nada hay grande en el mundo sino nuestra alma: es muy necesario que le pinte vivamente la infelicidad de un hombre que solo piensa en fruslerías ó bagatelas, y que se encierra todo entero en los límites de esta vida miserable.

Ya no debe admirarnos si tantos hombres hacen tambien corporal su espíritu. El hábito que contraen casi al nacer de no estimar, ni aficionarse

sino á la materia, los conduce hasta este exceso. Aqui, sin duda, venia bien el examinar si la educacion particular es preferible á la educacion pública; pero dejaremos esta cuestion indecisa, para decir solamente que todo padre debe trabajar por sí mismo en formar el corazon y el espíritu de su hijo. Hay sin duda aqui mas relacion por esta parte, que por la de un extraño, que por lo comun solo trabaja por el interes.

Ciertamente nada es tan peligroso, como no cuidar mucho de las costumbres de la juventud; pero es preciso advertir al mismo tiempo, que esta vigilancia no se muestre demasiado en lo exterior: esto haria sospechar á los niños un mal, que acaso no pensarian ellos. Malebranche quiso hacer ver en Dios todas las cosas, y hay algunos preceptores que todo lo hacen ver en el diablo. Considérese, qué extraña contradicion.

Una cierta facilidad, que se debe llamar libertad del espíritu, es la situacion mas favorable para los jóve-

nes. Hablo de una libertad que los eleva sobre sus estudios, y les representa á sus preceptores, no como verdugos, sino como unos buenos amigos, y que los llevan al bien con gusto, y no con áspera sujecion. De nueve ó diez años todos destinados al estudio del latin, y de una filosofia, que por lo comun solo enseña palabras, ¿no se podrán ahorrar algunos ratos para el estudio de sí mismo? No se trata ahora de que se entreguen los muchachos á especulaciones de que no son capaces; basta precaverlos contra el abuso de los sentidos, y enseñarles á sacar alguna cosa de su propio caudal.

No dudo que habrá alguno que diga no es permitido á un muchacho pensar si no tiene en las manos á Virgilio ó Ciceron. Son ordinariamente las respuestas que dan á quien les pregunta, sacadas de estos autores, como si la primera edad no fuera capaz de prontitudes y preguntas. Este modo de criar la juventud la acostumbra á no reflexionar, y á perder de vista el al-

ma, por no emplearse sino en produc-ciones agenas, y esta, sin duda, es una grande desgracia, pues se siente sofocado el espíritu, casi en el mismo instante de nacer. Sale un jóven del colegio, en donde ha empleado diez años en aprender una lengua muerta, y en la que todavía tartamudea, sin tener la mas leve noticia de su cuerpo, ni de su alma; ¿no se reformarán en un siglo tan ilustrado como el nuestro los elementos de la filosofia?

No habiendo dependido la primera educacion de nosotros, es menester á lo menos trabajar en corregir lo que pudo haber en ella defectuoso. El verdadero medio es abstraer todo lo que se hubiere aprendido, para retirarnos á lo mas íntimo de nosotros mismos. Alli, cerrando los ojos á todo lo que no sea nuestra razon, consultaremos silenciosamente esta guia ilustrada: veremos entre los conocimientos que tenemos, los que debemos retener, y los que es necesario dejar: conservaremos las ciencias, y despreciaremos las preocupaciones. Cuanto mas con-

traria nos parezca nuestra razon á las opiniones del mundo, entonces debemos creer que estamos en el camino de la verdad. Este rumbo demasiadamente trillado parecerá impracticable á los que solo buscan los placeres de los sentidos; pero está lleno de atractivos para los hombres, que solo estiman en sí mismos la facultad de amar el bien, y conocer la verdad. ¿Quien no creeria, al ver cada dia tantos sistemas nuevos, que nunca los sentidos y preocupaciones tendrian menos autoridad? Sin embargo síganse estos sistemas, y se verá que los unos no tienen certidumbre sino un medio siglo, y los otros un siglo entero cuando mas. Mientras la novedad agrada, tiene algun séquito en las escuelas, y se hace respetar. Pero la verdad para quien todos hemos nacido, y á la que tarde ó temprano hemos de restituirnos, recobra sus derechos, y disipa como el humo el edificio que parecia inmortal. Un filósofo sistemático por lo comun es peligroso: mas ocupado de sus propias ideas que de la razon, á quien

hace doblar á su gusto, toma por el iris lo que solo tiene los colores de una prisma. Ya lo hemos visto, es preciso dejar los sistemas á un lado, y buscar la verdad en la verdad misma; pero esto no se acomoda bien con la vanidad. Se da principio diciendo, yo pienso como Descartes, ó como Locke, antes de mirar si estos autores pensaron bien, y se cree, que al abrigo de esos grandes nombres ninguno pueda errar; sin embargo es mucho mejor hallar la verdad, pasando por insensato á los ojos de la multitud, que tener reputacion de sabio abrazando el error.

Yo no hallo ya el hombre en medio de precauciones y vanidades, lo mismo que entre papilotes, erizones y modas. El hombre que es hombre habita en su propio corazon, lejos de la mentira, y frente á frente de la verdad: este es su sitio y morada, y se hará enteramente despreciable, si tiene la osadía de buscar otra cosa.

CAPÍTULO XII.

La conversacion con nosotros mismos nos introduce en la conversacion con Dios.

Aunque es tan maravillosa nuestra alma, como se ha ponderado, sin embargo, ni es, ni puede ser nuestro último fin. Si es un todo respecto á la nada, dice Pascal; tambien ella es nada respecto á el infinito. Arrojada en un cuerpo por algunos dias, desterrada en un rincon de este universo, sujeta al error y á la vanidad, no puede ignorar su dependencia y flaqueza. El espíritu ó ingenio mas extenso y mas perspicaz, lleva consigo señales de imperfeccion que no se pueden ocultar. Solo acercándonos al Ser Supremo é increado, hallamos en nuestras almas verdaderos títulos de grandeza que, por tan preciosos, merecen toda nuestra estimacion.

El alma puede subsistir independiente del cuerpo; pero no puede vi-

vir sin relacion con Dios. Esta íntima union parece imaginaria á los hombres de carne y sangre. Sin embargo, como dice San Agustin, y como nos lo repite nuestra propia conciencia, la Sabiduría eterna habla á las criaturas en lo mas secreto de su corazon. Hay una voz interior que, sin el socorro de las palabras, se da á entender de un modo inteligible en lo mas profundo de nosotros mismos. A esta escuela interior llamo yo á los hombres. Olviden, pues, el universo sus pasiones y su propio cuerpo, y ellos oirán su voz.

Por admirable y encantador que se muestre á nuestros ojos el espectáculo del cielo, de la tierra y de los mares, y aunque habituados á representarle siempre á los que queremos convencer de la existencia de Dios, el espectáculo del hombre es para el hombre mismo mucho mas eficaz y persuasivo. Sin duda nuestra alma, sola ella, criatura inmortal acá en el mundo, tiene mas proporcion con Dios, que no tienen con él las plantas que se

marchitan, y los astros que se eclipsan: somos muy disipados y amantes de los objetos terrenos, para sacarnos fuera de nosotros, y fijar nuestra vista sobre un mundo absolutamente material. Cuantas veces, no queriendo servirnos de él, sino como de un medio que nos condujese á Dios, le hemos amado como nuestro último fin.

Cada cuerpo del universo nada tiene que no sea bueno; pero nuestras pasiones, y nuestros sentidos despojan á las criaturas de su primitiva hermosura, y las revisten de un falso lucimiento, ú oropel que nos seduce: solo juzgamos de las criaturas segun nuestro gusto y fantasía: de aqui proviene aquella multitud de errores en los que al parecer está el mundo inundado. Esto supuesto, es mas fácil hallar á Dios en nosotros mismos, que en las cosas exteriores. ¡Quien podrá traernos mejor á la memoria un objeto que su fiel retrato! La alma es esta imágen de Dios, siempre subsistente, en medio de nosotros, y que no podemos desconocerla. ¿Donde habia de

encontrar ella la idea de lo infinito y de lo eterno, sino en el Ser increado que ella representa? Estas perfecciones estan muy apartadas de los entes criados, y no podemos ver el infinito, sino en el infinito mismo. Es preciso ciertísimamente que él exista, luego que tenemos idea de él, asi como lo que piensa actualmente en nosotros, es preciso que sea en la actualidad algo.

Fuera de esto, los deseos insaciables que tenemos de unirnos al soberano bien, prueban invenciblemente que es uno solo. Todos los hombres le buscan y desean, y los mas relajados, aun en medio de sus placeres delincuentes, se agitan por seguirle. El mal está en que eligen medios que los apartan de él, en vez de aproximarlos. ¡Seria posible que un bien tan constantemente deseado, y tan universalmente inquirido, no fuese sino quimera!

¿De que nos servirán nuestra inteligencia y nuestro amor, si no sentimos dentro de nosotros vivas impresiones de un Dios, á quien debemos el homenage, y fiel obsequio de estas

dos facultades? Seria preciso, ó aplicarnos solo á conocer y amar criaturas imperfectas y perecederas, ó acusar de ciega á una naturaleza que nos sobrecargó inutilmente de conocimiento y amor: pero no, uno y otro deben dirigir la reflexion hácia el principio inmutable y eterno, que da á todas las cosas ser, vida y movimiento. Inmediatamente que volvemos la reflexion á otra parte, hallamos un vacío formidable dentro de nosotros. No hay mañana alguna en que no intenten persuadirnos nuestros sentidos que van á satisfacernos, y todas las noches reconocemos que nos han engañado.

El alma, aunque inmortal, no miraria su propia inmortalidad sino como un peso terrible, si no existiera un ser por excelencia, que ha de valerle por todos los objetos terrestres en el instante mismo de la muerte. Nuestros espíritus no tienen en sí socorros para satisfacerse plenamente, y es preciso no menos que todo un Dios para llenar su capacidad, y que con bellezas eternas los desagravie sobreabundante-

mente de las hermosuras pasageras.

De este modo, sola el alma bien examinada y bien sondeada, es una demostracion completa de la presencia de un Dios, y de su intimidad con nosotros. ¿Que proporcion puede haber entre una sustancia totalmente espiritual, y unos alimentos, sonidos, colores y olores, si el gozo de estos objetos no fuera una ocasion de merecer otro fin, y de hacer un buen uso de nuestra libertad? Todos los hombres que han hablado mas dignamente de la Divinidad, nos han enviado á la escuela de nosotros mismos. Sabian por experiencia, que el silencio y el recogimiento son como dos alas que nos balancean entre las pasiones y los sentidos, y nos conducen al Ser increado. San Agustin no tuvo otro objeto en sus soliloquios que llamar al alma hácia aquel que la formó.

Si esta alma viene ahora á considerar el cuerpo al cual la unió el órden del Criador, sentirá prontamente el poder que ella tiene de extremecerlo á su gusto, de precipitarlo de una ex-

tremidad á otra de los espíritus animales, de alargar ó encoger los nervios, y de dilatar los músculos. Tanto poder sin duda debe asombrarle. Ella no se acuerda de que jamas le hayan enseñado las reglas de este mecanismo, y sabe muy bien que ella no es el autor, supuesto que ignora el *como*, el *cuando* y el *por qué*. Entonces es preciso que esta alma vea necesariamente como fuera de sí, una fuerza superior que obra en ella, que la aplica á tal accion, y que la inclina á tal movimiento. Hasta la menor agitacion del dedo pequeño le hace palpable al hombre que reflexiona la accion de Dios sobre las criaturas, y cubre de confusion (si es verdad que los hay) á todos los ateistas. A proporcion que nuestro corazon se comprime ó se dilata, prueba la operacion de una Sabiduría infinita, que nos conserva, sacándonos incesantemente de la nada, en la que siempre estamos prontos á caer. Cada vez que yo despierto me miro á mí mismo, no sin asombro, y creo que en aquel mismo instante acabo de na-

cer de nuevo, y entrar en un nuevo mundo. Entonces la impresion del Criador eterno me llena de reconocimiento.

El sello de la Divinidad gravado en el fondo de nuestras almas, y palpable en todos nuestros movimientos, jamas puede ser borrado. Es preciso quitarles á los mortales todo su conocimiento, y todo su amor, y reducirlos á la simple circulacion de la sangre antes de sofocar en ellos la idea de un Ser verdaderamente infinito. No hemos podido respirar sino por gracia suya, ni movernos sino por su poder. ¿De donde habriamos aprendido á amar naturalmente la virtud, á respetar el órden, y á detestar el mal, sino á la vislumbre de una luz indefectible que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Esta luz es la que nos abre los ojos de cuando en cuando, nos desembaraza de nuestros propios sentidos, y se comunica secretamente con nosotros. ¿Sin esta maravillosa comunicacion se hubieran reunido jamas los hombres en la comun adoracion de un

Ser supremo? Todos los hombres en este culto exterior no son mas que unos intérpretes de su propia alma, y de sus interiores movimientos, y no hacen sino pintar exteriormente lo que Dios pinta en su interior, desde el primer instante de su concepcion.

¿Como es posible ver tantos homenages y sacrificios ofrecidos por todas partes y regiones del mundo, sin reconocer que es necesario un instinto secreto, verdadero móvil de este culto universal? Unos adoran las plantas, y otros las serpientes: estos verdaderamente son supersticiosos, horribles; pero al mismo tiempo miserables criaturas, que confiesan su impotencia, que sienten toda su necesidad, probando evidentemente que la fábula no es otra cosa que la religion desfigurada.

El hombre, que es tan soberbio, se habria reservado para sí mismo, no lo dudemos, el incienso de todo el universo: cualquiera se habria atrevido á estimarse el centro de la verdadera gloria, y de la soberana felicidad, si no se hubiera visto precisado á confe-

sar, como á pesar suyo, la existencia de un árbitro absoluto, á cuya voz todo se disuelve, todo se encadena, y la nada misma obedece. Se han visto mortales que pretendieron ser tenidos por dioses; pero esto jamas fue otra cosa en su idea, que una asociacion á una Divinidad por excelencia. Era conveniente que Dios imprimiese en nuestras almas caractéres de él mismo, para no dejarnos en la incertidumbre, respecto de un artículo que nos es tan importante.

Descartes, que raciocinó tan perfectamente en sus meditaciones, habló sobre este punto como órgano del alma; y Locke al contrario, como eco de los sentidos, quiso hacerlos un honor que jamas han merecido. La idea que todos tenemos del Ser infinito, trae su orígen de este mismo Ser: yo veo al que me ha criado independiente de toda sensacion, y sin el favor de los sentidos. Despues de todas estas reflexiones es preciso salir como fuera de sí, y considerar este universo como unas personas que acaban de lle-

gar. Es inevitable examinar, como si el cielo y la tierra acabasen de ofrecerse á nuestra vista, y jamas hubiesemos oido hablar de ellos: entonces se notaria sobre cada objeto un rayo de luz celestial, y no habria ya el riesgo de creer á este mundo eterno y divino. Hallariamos en nosotros mismos respuestas, que nos librarian de confundir el Criador con la criatura.

Yo os contemplo brillantes estrellas, y á tí tambien Sol luminoso como producciones de un Ser incomparable. ¡Que hermosura no tendrá aquel que derrama sobre vosotros tanto explendor y magnificencia! ¡Sobre vosotros, que no habeis de durar sino algunos dias! Nada hay en este universo que no pueda arrebatar nuestros sentidos, y en fin absortarnos cuando comenzamos á hacer uso de la razon. Aqui la tierra, como nadando en medio de un fluido, transforma su polvo en flores, en oro, diamantes y zafiros: allá el firmamento, suspendido por una mano invisible, varía á cada instante sus exquisitas decoraciones.

Estos, sin duda, son admirables puntos de vista, ¡ quien no se admirará al contemplarlos! Pero por muy hermosos que sean, no le ofrecen al alma el motivo de sus mas sublimes meditaciones. No por cierto; no es en medio de los torbellinos solares de donde saca sus mas nobles ideas: es sí, en medio de su esencia é inmortalidad: aqui es donde descubre mayor grandeza que en cualquiera otra parte: tan superior es nuestra alma á todo cuanto vemos. Las nociones solas que tiene de su orígen y destino, son para sus ojos torrentes de luz, que salen del seno de la Divinidad.

Esto supuesto, dentro de nosotros mismos hallamos medios para conversar con Dios con una santa familiaridad. Cuanto mas nos acercamos á él, tanto mas deseamos unirnos íntimamente á este Supremo Ser. En este dichoso comercio, es donde sin cesar celebramos haber perdido de vista las vanidades de la tierra, y de habernos desprendido de las pasiones y los sentidos; últimamente de nuestro propio

cuerpo para vivir una vida toda celestial y casi divina. ¡Que espectáculo tan bello es una alma elevada hasta el Ser increado! Es una prisma que reune en sí todos los colores: un cristal que recoge en un solo punto todos los rayos, y que junta todo lo que puede calentar, hermosear é ilustrar. Vemos entonces elevarse el espíritu con un noble vuelo sobre globos luminosos, y dejar en la tierra todo afecto terreno como despojos mortales, que dentro de pocos dias ó instantes serán para él extrangeros.

No hay duda, el hombre elevado á la contemplacion de Dios, se hace ciudadano del cielo: alli tiene su conversacion, y ya no se ocupa sino en romper de cada vez mas y mas el comercio con la materia, y desprender de este barro sus ideas y sus afectos. Por donde quiera halla rasgos del Ser Criador: le mira en la variedad de rostros, que teniendo todos unas mismas partes, y el mismo órden, jamas se asemejan enteramente: en aquellos fieros animales que no se atreven á de-

clarar la guerra á los humanos : en la sucesion de noches siempre recientes, y jamas interrumpidas : en aquellos inmensos receptáculos de granizo, nieve y lluvia suspendidos sobre nuestras cabezas : en aquella distribucion admirable de bienes y comodidades propias para cada pais, y en la captividad de los mares, precisados á sofocar en el fondo de su lecho la violencia de su furor y bramidos.

Luego solo la densa nube de nuestras pasiones es la que nos impide ver á Dios, ¡pero ay, cuan densa y dificil es para romperla! De esta dificultad, que pide esfuerzos, que no queremos practicar, nacen tantos retratos estravagantes que se han hecho de la divinidad. En vez de contemplar aquello que nos la representa, corremos tras de objetos caducos y perecederos.

¿Si Espinosa se hubiera consultado á sí mismo, y no á los cuerpos que le rodeaban, habria creido groseramente que la materia es la divinidad esparcida por todas partes? ¿Si los ateistas hubieran observado bien la esen-

cia y grandeza de su espíritu, habrian podido desconocer un Criador, viendo en sí mismos una perfecta imágen? ¿Si los deistas hubiesen comprendido bien que el alma es la obra mas primorosa de Dios, la hubieran juzgado indigna de su atencion?

La mayor desgracia que puede suceder al hombre es salirse siempre fuera de sí, y vagar como aventurero por medio de innumerables objetos terrestres que nada le hablan, aunque le gritan: *nosotros somos tu Dios*. Es preciso que entonces él mismo se engañe, ó que viva como una bestia. Los filósofos no desbarraron por falta de haber contemplado el sol y los astros; antes bien los contemplaron demasiado; por falta de considerarse á sí mismos erraron. En esta escuela interior se halla la solucion de innumerables dificultades que no ofrecen los libros, aun los mas sabios y los mas metódicos; la experiencia de todos los dias nos lo enseña. El incrédulo vive y muere en medio de los mas fuertes argumentos, sin sentirse conmovido, porque no quie-

re regresar á sí mismo, y porque se fia sin escrúpulo de los bosquejos de algunos metafisicos bastardos que nos pintan á Dios de un modo muy ridículo. ¿Cuantos libros hay escritos sobre este asunto, en los que se destruye la razon cuando se cree ensalzarla mas?

¿Pero podremos dejar de conocer, entrando en nuestro interior, que nuestra naturaleza se ha corrompido, que nuestra alma no pudo salir, tal cual es de las manos del Criador, y que ha sucedido algun desórden en el universo que le ha inclinado al mal? El hombre sujeto á la muerte, se hace un enigma inexplicable, si no se admite un pecado, orígen funesto de todos estos males. Manés mismo lo advirtió, admitiendo dos principios, que aunque ridículos, prueban á lo menos que es preciso necesariamente reconocer un trastorno del orden acá abajo.

La Providencia se justifica á los ojos de un filósofo que medita: conoce que Dios no es paciente, sino porque es eterno: conoce la necesidad de otra vida, que lo pone todo en su lugar, y

que da recompensas á los virtuosos ahora humillados, y castigos á los malos que estan hoy con honor; porque los unos parece que no tienen derecho á esta tierra, sino para hallar en ella una triste sepultura, y los otros parecen dioses de este universo.

No pretendemos dar á entender que la alma sea capaz de dar solucion á todas las dudas y dificultades: no le pertenece á una vida, mezclada de lo inteligible y de lo sensual, poder penetrarlo todo; porque si por una parte se eleva, por otra se abate; fuera de que es justo que el espíritu despues de la muerte, halle verdades que no pudo conocer, y verdades demasiado sublimes para que se comunicasen á los sentidos. Este mundo no puede ser sino una imágen muy imperfecta del que hemos de ver por toda una eternidad. Si entonces no lográramos mas que acá en el mundo, seria inútil el morir, y entonces nuestro espíritu no hallaria una felicidad digna de su fin, ni de su esperanza. Basta que conozcamos que las miras del hombre deben

someterse á las del Todopoderoso, y que la verdad esencial y primitiva debe tener por caudal propio suyo la justicia y todas las perfecciones. Si entonces no podemos conciliar contradicciones aparentes, acusemos á nuestra flaqueza y debilidad, y ningun poder, pensando que para comprender á Dios es necesario ser el mismo Dios.

Desde la primera reflexion que produce el alma, se nota la extravagancia de aquellos falsos filósofos, que estimaron mas decir que el mundo era eterno, que darle el honor de haberle criado un Ser independiente, como si no hubiera mas dificultad en lo primero, que en lo segundo. Esto mismo sucede con los que niegan que una alma absolutamente espiritual pueda obrar sobre la materia cuando admiten un Dios puro espíritu, y motor soberano de un universo totalmente terreno. Estas son unas contradicciones que por lo comun no paran, ó suspenden á los hombres, y que sin embargo son mucho mas fuertes que aquellas que advierten en el órden regulado del mundo.

El espíritu que medita las grandes verdades, y que conoce toda la pena que le cuesta el desprenderse de los sentidos y de las pasiones, y por último el restituirse á sí mismo, no duda de la necesidad que tienen los hombres de una revelacion. Concibe por su propia experiencia, que aunque son carnales, y no entrando casi nunca en su interior, deben fuera de sí, ó exteriormente ver y palpar, digámoslo asi, la ley que les instruye. Fue preciso que el Verbo se hiciera sensible á los mortales, que ya solo preguntaban á sus sentidos, dice Malebranche, y que reconociesen un Dios en tres personas que, aunque infinito y absolutamente incomprensible en este modo, no lo es mas que de otro. La infinidad ni la incomprensibilidad no pueden ser ni mas ni menos grandes de cualquier modo que se consideren.

La sublevacion que ha causado en los hombres, y sobre todo en los grandes, la humillacion aparente de un Dios que se hizo semejante á nosotros, no pudo tener otro principio que sus

pasiones y sus sentidos. Ellos juzgaron del Ser soberano como juzgarian de sí mismos: porque el oro y los palacios les parecian objetos admirables, y creyeron que Dios habia de juzgar del propio modo : ¡lastimoso raciocinio! Nada era mas digno de la grandeza de aquel que no podia crecer en la elevacion, (y que veia como un grano de arena todas las cosas criadas) que despreciar todo el explendor de las riquezas, y de los honores mundanos , y dejárselos á los que son tan necios , que hallan su gusto y delicia en esas bellas quimeras. Si el filósofo las desprecia , ¿que idea debe Dios tener de ellas?

Este sin duda era lugar oportuno de estendernos sobre la necesidad y verdad de una revelacion, si autores célebres no nos hubieran ahorrado este trabajo. Nos contentaremos con enviar á nuestros lectores á las varias obras que tratan fundamentalmente esta materia.

Nuestro intento no es otro que dar á conocer que la conversacion con nosotros mismos nos conduce á la con-

versacion con Dios. El Ser soberano está tan íntimamente enlazado con nuestras almas, que podemos decir que Dios es el lugar de los espíritus, asi como los espacios son, en un cierto sentido, el lugar de los cuerpos. Ha sido necesaria toda la corrupcion de nuestro corazon para robarnos la presencia del Ser infinito, en quien cada uno halla el movimiento y la vida. Apenas se deja ver la primera luz del dia, cuando nuestros sentidos impacientes de volverse á juntar con las frivolidades que perdieron de vista durante la noche, se apresuran en arrojarnos en medio del tumulto de los placeres y negocios, y desde entonces nos arrastra un torbellino. Vuelve la noche y nos retiramos con la cabeza llena de las locuras y delirios que por el dia nos ocuparon. De este modo se pasa la vida en una perpetua distraccion y olvido de nosotros mismos, y por consiguiente de Dios, de quien nos apartamos incesantemente; *longè peregrinamur à Domino.*

¡Que útiles conclusiones se derivan

de la conversacion interior que el hombre tiene consigo! Ya hemos visto como de grado en grado que él se eleva, y llega por fin hasta la eterna verdad: él la busca al principio en sí mismo, en donde reside mas que en otras partes; despues la contempla al rededor de sí, en innumerables objetos que la representan. ¡Que venturosa ocupacion! Entonces se halla el hombre como inmenso, y perdiendo de vista todo lo que se llama instante, se sumerge en la eternidad. Puede verse un compendio de esta sublime conversacion al fin de las conversaciones de San Agustin: alli es donde este Padre tan superior al resto de los hombres suelta las alas de su vasto ingenio. Pregunta á las ciencias, á los cálculos, á los colores, á los sonidos, como otras tantas voces de la Divinidad. Forma por este admirable medio aquellos soliloquios, en los que el alma, trayendo al fondo de sí misma todo lo que le han dicho, ó representando los sentidos, conversa con Dios, y lo tiene mas presente que á este mismo universo expuesto á sus ojos.

El abandono, digámoslo asi, que hacemos de los entes corpóreos para admirar mejor los espirituales, es aquella verdadera metafisica que debemos estudiar. ¿Hay cosa mas hermosa y estupenda que viajar por el mundo intelectual, y hallarse en compañía de todos los espíritus que viven ahora fuera de sus cuerpos, ó con sus cuerpos? Aqui es donde se aprende que hay dentro de nosotros un poder para elegir y juzgar, independiente de las sensaciones, y que este poder forma absolutamente la esencia de nuestro ser pensativo ó pensador: aqui es donde no se mira ya á un hombre sin riquezas ni honores, como un vil objeto, sino como una alma íntimamente unida con Dios. ¿Es preciso que la atencion de lòs mortales se agote sobre hermosuras verdaderamente corruptibles, y que no lès quede algo para considerar las que son incorruptibles?

Juntamos todos nuestros sentimientos de admiracion en favor de una miserable pirámide, que habrá subsisti-

do dos mil años, y miramos con indiferencia y frialdad nuestra propia inmortalidad, y la de nuestros semejantes. Dios solo, centro de todos los espíritus, nos manda con el amor del prójimo, que él mismo nos inspira, respetar otros como nosotros en todos los humanos: quiere que sus vivas imágenes reciban tributos de un homenage relativo á él mismo. Esta es la moral sublime que se agrega á la metafisica, y de donde se derivan tantos conocimientos y tantos preceptos, y asi podemos decir con razon, que estas dos ciencias, que en algun modo entran una en otra, son la semilla de nuestras luces y virtudes. Las Matemáticas, aunque tan excelentes, solo se refieren á ángulos, cuadrados, círculos, líneas y puntos; la Física se limita á los cuatro elementos; la Medicina á los cuerpos; la Retórica á simples palabras; solo la esencia de los espíritus es la que, dilatándose hasta el mismo Dios, no conoce tiempos ni límites, y es una esfera totalmente divina.

Esta Metafisica se adquiere conversando con Dios. ¡Cuantos hombres grandes hay que no tuvieron jamas otras lecciones que esta maravillosa comunicacion! y con todo, no obstante su excelencia y su necesidad, la abandonamos por ir á sociedades frívolas, y alguna vez delincuentes. Parece que se nos ha impuesto ley de no hablar de la Divinidad. No sale de nuestra boca el santo nombre de Dios, sino por sorpresa ó por interjecion. No tenemos valor para pronunciarlo sino en los peligros. ¿Pero de cuando acá hay tanta flaqueza para invocar el Ser soberano, conversar de sus infinitas perfecciones, y contemplar las hermosuras eternas? Todo cuanto vemos, y todo lo que amamos, ¿no es obra de Dios? ¿y nosotros mismos aliento suyo, y su retrato?

Los gentiles á lo menos habian de servirnos de ejemplo en este asunto. ¿No hemos visto que en todos sus libros han impreso rasgos de la Divinidad, empleando la vida en sacrificios?

¿Creyeron los romanos que perderian algo de su verdadera grandeza porque anunciasen por todas partes el respeto debido á sus dioses? Sus filósofos hablan de ellos, sus guerreros los invocan, y sus emperadores les erigieron templos y altares. ¡Desgraciado é infeliz aquel que no abre los ojos á la luz sino cuando el rayo se desprende con el relámpago, y que se priva de conversar con Dios! Separémonos del tumulto mundano de las pasiones y de los sentidos, y hallaremos á Dios, de quien tanto nos alejamos, aun teniéndole dentro de nuestro corazon.

¡Pensamientos sublimes, útiles remordimientos, preciosas inspiraciones, verdaderos órganos de la Divinidad, apoderaos del alma de todos los mortales, y ocupad el lugar de los frenéticos amores, y de las afrentosas frivolidades que los avasallan y ocupan! ¡Sed vosotros sus delicias, y que no reconozcan otros placeres que los de seguir vuestros atractivos, y escuchad vuestras lecciones, aprovechándose de ellas!

Si la *conversacion consigo mismo*, que ha sido el asunto de esta obra, no nos hubiere conducido á Dios, verdadera luz de los espíritus, nada habrá que merezca preferirse á las conversaciones comunes. Los hombres mas sabios y mas discretos no son otra cosa que címbalos retumbantes, y vanos sonidos, cuando no van acordes con la verdadera armonía de los cuerpos y de los espíritus, que no puede ser otra que el mismo Dios.

¿Nos veremos precisados á mirar de este propio modo á Marco Aurelio, filósofo, emperador? Sí por cierto; y aunque seamos inclinados á elogiar su magnífico tratado de las obligaciones de sí mismo, no por esto podemos disimular los sofismas que contiene esta obra: de otro modo se nos reprenderia, y con justa razon, de no haber combatido unas preocupaciones sino para introducir otras. No lo quiera Dios. Los doce libros de Marco Aurelio, esto supuesto, no son sino una moral desfigurada con innumerables

opiniones contrarias á la inmortalidad de nuestros espíritus, y á la verdadera esencia de la Divinidad. En ellos se ve un príncipe que escribe con estilo noble, y un amigo del género humano que instruye con cordialidad; pero se nota al mismo tiempo un filósofo que desvarra, y se sale del camino.

En lugar de comenzar su obra diciéndonos que aprendió de sus padres y preceptores las obligaciones de pariente, ciudadano y amigo, seria mejor dijera que habia consultado fielmente á su alma, y que habia conocido su inmortalidad y su union con un espíritu puro, independiente y absoluto. Tengamos ahora lástima de la filosofia pagana, y demos aplausos á la nuestra. Aquella rodeada de un aparato pomposo de grandes principios y sublimes lecciones envilece nuestra propia existencia, y ésta, con una aparente sencillez, nos ensalza mas allá de los astros y los tiempos. ¡No es cosa bien estupenda conducir al hombre al mas alto grado de perfeccion

para reducirle despues á la vil condicion de un insecto, ó de un reptil! ¡Que extraña conclusion! ¡Que caida tan infeliz!

Hay una obra inglesa conocida con el nombre de *Caracterichs*, que por su rumbo y su plan podria considerarse como una conversacion consigo mismo: pero este libro, aunque es hermoso, no merece mejor acogimiento que los tratados de Marco Aurelio. El autor nos da ideas de una Divinidad muda é indolente, que deja errar á los humanos á su gusto; y la conversacion interior nos hace ver un Dios siempre tranquilo, pero siempre oficioso.

Si queremos aprender cual es el verdadero comercio con Dios, es preciso recurrir á los escritos de San Agustin. Congréguense todos los filósofos, y sáquese la quinta esencia de sus obras, jamas se hallará en ellos una tan profunda metafisica, y una tan sublime filosofia, como las de este Padre. Casi todos los principios de Descartes, y de Malebranche, no son otra cosa que

unos pequeños arroyos que se desprenden de aquel fecundo manantial.

De aqui es queestos célebres personages reconocen un Doctor universal en este hombre incomparable. Solo ha habido un autor tan temerario, como ignorante, que se haya atrevido á decir que San Agustin no era filósofo. Todo su defecto no es otro que haber vivido muchos siglos antes que nosotros, y nohaber podido aprovecharse de las experiencias y descubrimientos hechos en estos últimos tiempos. Y en igual caso nosotros mismos en nada somos filósofos, porque nuestros nietos descubrirán seguramente muchas cosas que ahora nos son absolutamente desconocidas.

Pero dejemos estos malos raciocinios, y veamos en San Agustin cómo la conversacion con nosotros mismos nos introduce en la conversacion con Dios, y cómo ésta nos une íntimamente con él.

"Yo erré por medio del universo, » dice este padre hablando con Dios,

„lo mismo que una oveja que se des-
„carreó. Yo he trabajado mucho, y no
„he omitido diligencia alguna para
„hallaros fuera de mí cuando habita-
bais dentro de mí mismo... He en-
„viado mis sentidos delante de mí co-
„mo mensageros y embajadores, con el
„fin de buscaros, y nada hallaron, por-
„que buscaban importunamente por
„fuera lo que estaba en lo interior (1):
„estos sentidos, sin embargo, no sa-
„ben, ¡oh Dios mio! por donde habeis
„entrado en mi interior (2). Los ojos,
„dicen, si este Dios no tiene color, no
„ha podido entrar por este cami-
„no (3): los oidos dicen lo mismo que
„el gusto y el tacto, si no tiene soni-
„do, cuerpo, ni gusto, él no se ha
„comunicado por nosotros (4)."

(1) Misi nuntios meos omnes sensus exteriores, ut quærerent te, & non inveni, quia malè quærebam foris quod erat intus.

(2) Et tamem ipsi ubi intraverit nesciunt.

(3) Oculi dicunt, si coloratus non fuit, per nos non intravit.

(4) Aures dicunt, si sonitum non facit, per nos non transibit; gustus dicit, si non saputit, nec per me introivit.

"Yo, finalmente, pregunté á la tierra, al mar, á los abismos y á los animales si acaso alguno de estos objetos era mi Dios, y ellos me respondieron, búscalo sobre nosotros, que nosotros no somos tu Dios (1)."

"Me encaminé despues al aire, al cielo, á la luna, á las estrellas, y todos me respondieron: te engañas; nosotros no somos tu Dios (2). Ultimamente, yo dije á todo lo que circunda á mi cuerpo, ¿me asegurareis vosotros que no sois mi Dios? pues referidme al menos alguna cosa de él (3). Todas las criaturas gritaron entonces con voz esforzada: Dios es el que nos ha hecho (4)." Y

(1) Interrogavi terram si esse Deus meus... interrogavi mare & abyssos, & reptilia quæ in his sunt, & responderunt: non sumus Deus tuus, quære super nos.

(2) Interrogavi flabilem aerem, interrogavi cœlum, lunam & stellas; neque nos sumus Deus tuus, inquiunt.

(3) Et dixi omnibus his quæ circunstant foris carnis meæ, dixistis mihi de Deo meo quod vos non estis, dicite mihi aliquid de illo.

(4) Et clamaverunt omnes voce grandi, ipse fecit nos.

despues de todas estas investigaciones añade San Agustin : " yo hice regreso „ dentro de mi propio corazon, yo le „ sondeé, y me pregunté á mí mismo, „ quien era yo (1)."

Esta descripcion infinitamente superior á toda elocuencia profana, nos demuestra patentemente que nosotros somos las criaturas mas cercanas á Dios, y que hallamos dentro de nosotros mismos respuestas de la Divinidad, que no pueden darnos todas las criaturas. Aqui vemos á San Agustin abandonar por último todas las investigaciones del universo, y volverse hácia su alma, persuadido de que Dios se hace sentir alli mas vivamente, y con mas eficacia que en todo el conjunto de las demas criaturas.

La conciencia es, sin duda, una escuela interior, mas instructiva sobre este asunto, que todos los colegios del universo, en los que un ridículo

(1) Et redii ad me, & intravi in me, & ajo ad me, tu quis es?....

uso ha permitido poner en cuestion si Dios existe: *¿an Deus existit?* ¿Se habria jamas creido que se reduciria á problema una verdad tan cierta, y tan íntimamente gravada en nuestra alma, aunque esto se baja con buena intencion? ¿Quien imaginaria preguntar al mediodia, si era de dia entonces? Proposiciones tan notoriamente conocidas pueden producir infinitas dudas, ademas de que una thesis no hace mas que desflorar los asuntos sin profundizarlos, y se extienden lo mas sobre categorías universales, grados metafisicos, silogismos en *baroco*, y apenas se dicen algunas palabras de la existencia, de la sabiduría y de la providencia de un Dios. ¡Eh! ¿por que sobre los años de filosofia no se destina uno entero al único y necesario estudio de la religion? ¿Habrá jamas objeto mas importante? Los jóvenes de este modo no se dejarian prender en los lazos que por todas partes arman los libertinos y los incrédulos: inmediatamente veriamos desapare-

cerse los sofistas, y despreciados sus argumentos, pues como lo nota el grande Bossuet: *la Religion solo teme ser ignorada.* Pero esto no es estilo, y el mayor número de las cosas del mundo se hacen por estilo. Se apura la atencion de un pobre estudiante sobre términos latinos, y no se le da sino una idea muy ligera de Dios, y del culto que él mismo ha establecido entre nosotros. Este uso es tan de moda, que todos se admiran al oir que un seglar cita algun pasage de la Escritura sagrada ó santos padres, y al contrario se aplaude al que hace alarde de haber leido á Epicuro y Espinosa, y se tienen por ridículos á los que hablan de San Basilio ó de San Agustin. Sin embargo, ¿cuantos seglares han sacado de estos manantiales la metafisica y la moral que nos transmitieron?

¿Creeremos despues de todas estas reflexiones que habremos conseguido vuelvan sobre sí los hombres, y que se les haya caido el cendal que

los cegaba? No sin duda, y aunque no se da prescripcion contra nuestra alma, la disipacion tiene demasiado predominio sobre los débiles mortales, para que pueda esperarse de ellos el regreso á su propio corazon. No será poco, si tienen valor para leer este libro hasta el

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.


PODER LEGISLATIVO





